Un análisis de la nueva generación de pur sang argentinos: EN LAS CINTAS DEL NACIONAL

(pág. 16)

China: veinte años de régimen y el infarto del Dictador. Un informe exhaustivo: LA ERA DE MAO

(pág. 36)

periscopio

AÑO I, Nº 2 – BUENOS AIRES, SETIEMBRE 30, 1969 – $ 150

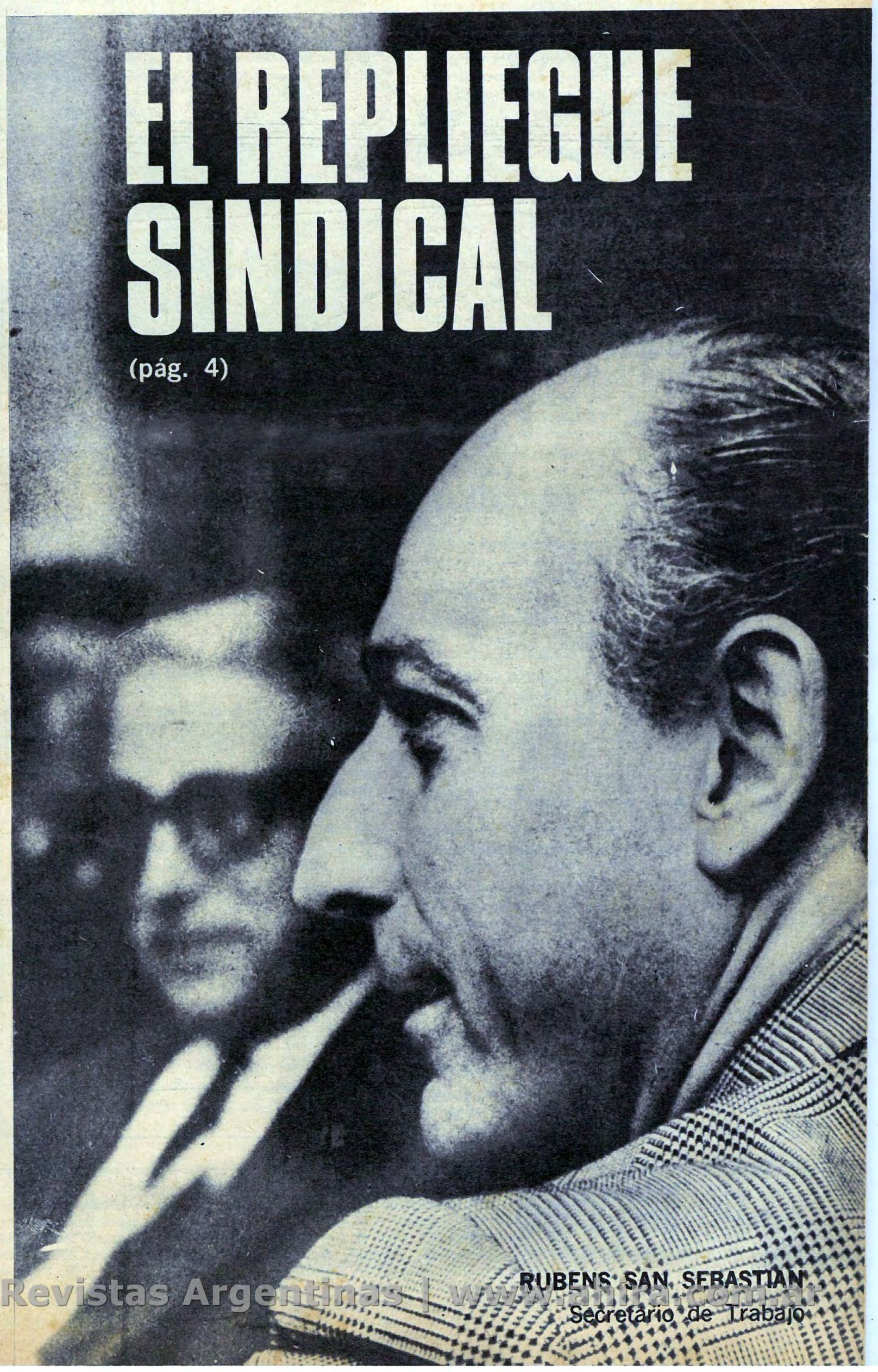
EL ECLIPSE DE NASSER

(pág. 44)



EL REPLIEGUE SINDICAL

(pág. 4)



RUBENS SAN SEBASTIAN
Secretario de Trabajo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las noticias

Intervención en Río Negro

Buenos Aires, 22 — El general de brigada Roberto Vicente Requeijo, comandante de la III Brigada de Infantería, con sede en Curuzú Cuatiá, fue designado Interventor Federal en la provincia de Río Negro, en sustitución del Gobernador Juan Antonio Figueroa Bunge, que había asumido sus funciones el 21 de agosto pasado y renunció a ellas un mes después. En los fundamentos del Decreto, el Poder Ejecutivo Nacional explica que se encontraba "alterado el normal funcionamiento" de las instituciones rionegrinas y que sus autoridades no lograron superar los "problemas generados con motivo del cambio de un Comisionado Municipal de Cipolletti". Dos días después, el general Requeijo prestó juramento en Viedma; según *La Prensa* ha solicitado su retiro del Ejército.

Muerte de López Mateos

México, 22 — Falleció en esta capital el ex Presidente Adolfo López Mateos, que ejerció su mandato desde 1958 a 1964. Nacido en la Ciudad de México, el 26 de mayo de 1910, fue uno de los líderes más populares del país. En 1965 sufrió una delicada enfermedad que hizo crisis en 1967, con un ataque cerebral; desde entonces vivía en estado de postración.

Falsa alarma en el Colón

Buenos Aires, 22 — Suspenden la función nocturna del teatro Colón; según el comunicado oficial, se tomó la medida tras recibirse una denuncia anónima que señalaba la existencia de una bomba en el edificio. El motivo fue otro: a último momento, las autoridades del Colón advirtieron que una de las piezas del concierto, *Volveremos a las montañas*, del compositor chileno Gabriel Brncic, se basa sobre un texto del desaparecido guerrillero boliviano Guido "Inti" Peredo.

Manuscritos de Hemingway

California, 23 — Tres novelas, 19 cuentos, 33 poemas y 11 ensayos de Ernest Hemingway fueron descubiertos por dos profesores de la Universidad de Penn. Charles Mann, jefe de la biblioteca, y Philips Young, expertos en las obras de Hemingway, hicieron el hallazgo de ese vasto material inédito mientras revisaban 20 mil páginas de manuscritos en la biblioteca del Banco de Nueva York.

Nuevo jefe republicano

Washington, 23 — Los Senadores republicanos eligieron líder de su bloque al liberal Hugh Scott, poniendo fin a décadas de dominación conservadora. El candidato derrotado es Howard H. Baker (hijo), de Pensilvania, al que Scott venció por 24 votos contra 19, para cubrir la vacante del legendario Everett M. Dirksen, muerto el día 9.

Avión supersónico de pasajeros

Washington, 23 — El Gobierno aprobó el plan para construir un avión supersónico de pasajeros con capacidad para 300 personas, según lo anunció el Presidente Nixon. Respecto a la preeminencia de los Estados Unidos en el terreno aéreo, dijo: "Quiero que los Estados Unidos continúen al frente del mundo en este asunto".

El sucesor de Ho Chi Minh

Tokio, 24 — Ton Duc Thang fue designado Presidente de Norvietnam. Ganador del premio Lenin en 1955, cuenta con 81 años de edad y ejerció la Vicepresidencia durante el mandato de Ho Chi Minh. A su vez, el ex Embajador en Moscú y jefe de la junta de control del comité central del Partido Obrero de Vietnam (comunista), Nguyen Luong Bankg, pasó a ocupar la Vicepresidencia.

EL GOLPE BOLIVIANO

Por fin, el jueves pasado, el hombre fuerte de Bolivia, Alfredo Ovando Candia, se convirtió, sin quererlo, en Dictador; ese día, un golpe militar derribó a Adolfo Siles Salinas, el abogado que completaba el período abierto en 1966 por René Barrientos, quien murió hace 5 meses.

Sucede que desde 1964, cuando las Fuerzas Armadas derrocaron a Víctor Paz Estenssoro, era cosa decidida que este achacoso general de 51 años, presidiera la República no bien los hados se mostraran favorables; es que al motín, Ovando prefería el camino legal de los comicios.

El jueves 25, sus primeras declaraciones en el Palacio Quemado lo retratan, de la boca para afuera, como un "nacionalista de izquierda", ansioso de pisar los talones a la Revolución Peruana.

Cetrino, enjuto, carcomido por las úlceras, Ovando fue amigo de Paz Estenssoro hasta noviembre de 1964; entonces lo derrocó, de acuerdo con el Vicepresidente Barrientos. Más audaz, su socio acopió el favor de los campesinos y se lanzó a las urnas en 1966; el prudente Ovando lo dejó pasar y hasta lo apuntaló en la crisis



Alfredo Ovando Candia.

guerrillera (1967) y en el turbio "caso Arguedas" (1968). Bien entendido, existía la promesa oficial de que Ovando sucediera legalmente a Barrientos en 1970. En mayo de 1968 lanzaba su candidatura ante los labriegos: "Sólo Dios ha de quitarme la decisión de luchar por ustedes".

Dios se interpuso, como es normal; en abril pasado, la muerte accidental de Barrientos colocó el poder en manos de Siles Salinas, un aristócrata, pero también un renovador de la legendaria "rosca": pensaba empujar a Bolivia por la ruta de la civilidad. Y si no obstaculizó las aspiraciones de Ovando, tampoco Siles las favorecía; en síntesis, desconoció el arreglo Ovando-Barrientos. Pero hacia julio, el general Armando Escobar Uría presentó su candidatura y los epigonos de Ovando vieron en el impensado rival una hechura de Siles.

En agosto, Ovando temió que el Presidente lograra para Escobar los votos del proscripto Paz Estenssoro. "El Ejército no vacilará —advertía Ovando el 25 de ese mes— en cumplir su misión histórica si algún candidato militar pactase con los políticos enemigos de Bolivia." Cansado tal vez de que le birlaran el poder, Ovando, que veía crecer una coalición imponente, debió aprovechar un pretexto baladí (lo acusaron de recibir dólares de los petroleros texanos) para avanzar con sus tropas sobre La Paz. [R. A.]

Protesta azucarera en Tucumán

San Miguel de Tucumán, 24 — Objetan los azucareros el criterio adoptado para la distribución de cupos en la producción local. El mismo se refiere a la resolución 471/69, que dispone la cantidad de 22.160 toneladas de azúcar correspondientes a esa provincia, de acuerdo con lo previsto por la Ley 17163.

Polleras cortas, no

Avellaneda, 24 — Las alumnas de la Escuela Nacional de Educación Técnica de Sarandí deberán alargar sus polleras por orden de la dirección del mencionado establecimiento. Sin embargo, los padres, conscientes del uso de la vestimenta de sus hijas, se sintieron amoscados por la forma en que se tomó la determinación, pero el cuerpo de profesores prefirió excusarse.

Inmigrantes que viajan a su tierra

Buenos Aires, 24 — Un primer contingente de 850 inmigrantes españoles partió de visita hacia España, como parte de un operativo del Gobierno español. Por vía aérea y marítima, mil quinientos españoles visitarán su tierra natal; para conseguirlo, debieron acreditar por lo menos 25 años de residencia en la Argentina.

Secuestro de cuadros

Buenos Aires, 24 — Personal de la sección Defraudaciones y Estafas secuestró 67 cuadros de propiedad de Armando March. Entre ellos, valuados en 60 millones de pesos, hay telas de Spilimbergo (3), Victorica (2), Pettoruti (1) y Castagnino (1). La obra de Pettoruti, ejecutada en 1925, fue tasada en 4 millones de pesos. El secuestro se produjo en la Galería Rubbers y en el Banco Municipal de Préstamos.

Adiós a Rodolfo Biaggi

Buenos Aires, 24 — Falleció en esta ciudad el conocido director Rodolfo Biaggi, cuya popularidad de los años 40 le endilgó el apodo de *Manos brujas*. Causa de su muerte: una insuficiencia renal.

Condena a un periodista

Buenos Aires, 24 — El Juez Leopoldo Insaurralde condenó al director del periódico *Segunda República*, Luis Alberto Rivet, a un año de prisión, cincuenta mil pesos de multa y medio millón "en concepto de indemnización por daños morales al jefe de la Policía Federal, general Mario A. Fonseca". Este había querellado a Rivet por un artículo publicado en el primer número del periódico citado (abril, 1968) con el título de "En sordina", en donde le formulaba imputaciones incompatibles con su función.

ADEPA: Sin libertad de prensa

Buenos Aires, 26 — La séptima Asamblea Anual de ADEPA (Asociación de Entidades Periodísticas de la Argentina) emitió una declaración en la cual, tras enumerar las agresiones sufridas por periodistas y las clausuras de semanarios, expresa en su artículo segundo: "No existe libertad de prensa en la Argentina".

periscopio

APARECE LOS MARTES

Director - Editor:

VICTORIO I. S. DALLE NOGARE

Publicación de la Editorial Primera Plana S. R. L. (Capital: $ 10.000.000). Perú 367, Pisos 1°, 10, 12 y 13. Buenos Aires, República Argentina. Teléfonos: 33-8576/70, 34-8018/10. Telegramas: Pripla Baires. Telex: 912-1999. Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa, Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas y Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidores - Capital Federal: Rubbo S. C. A., Garay 4226. Interior y Exterior: SADYE S. A., Belgrano 335. Impreso en talleres gráficos Rotog-Arg S. A. I. C., Bolívar 1753, Buenos Aires. Precios: $ 150 por ejemplar. Número atrasado, $ 200. En Uruguay: $ 100 oro; en Paraguay: 90 guaraníes. Suscripciones: Argentina, $ 8.000 por año; exterior, vía ordinaria, 30 dólares. Prohibida la reproducción parcial o total. Hecho el depósito de ley. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 1.013.000.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



HELIO FERNANDES

La barba encanecida, la frente ensanchada por la calvicie, las leves arrugas, no alcanzan a disimular su jovialidad esencial, su espíritu nervioso y animado. Cuando se saca los lentes, unos ojos inquisitivos caen sobre el interlocutor; entonces, en medio de la charla, Helio Fernandes, 46 años, dispara sus ideas y convicciones con un fervor manifiesto.

El martes pasado, a la noche, el Gobierno de Brasil clausuró *Tribuna da Imprensa*, uno de los más influyentes diarios del país. La Policía de Río detuvo a Fernandes, su director, y lo sometió a un largo interrogatorio, antes de dejarlo en libertad. El cierre de *Tribuna* es, en lo que va del año, el máximo ataque llevado contra la prensa brasileña.

También, un símbolo de los tiempos que corren allí: *Tribuna*, cuyo propietario era Carlos Lacerda, fue el ariete derechista del movimiento militar que en abril de 1964 derrocó a João Goulart. Meses después, *Tribuna* —y Fernandes, y Lacerda— comenzaron a reñir con la Dictadura Castelo Branco y a evolucionar hacia posiciones liberales. En 1965, Fernandes, que postulaba una Diputación por Guanabara, sufrió el veto del régimen y quedó despojado de sus derechos civiles. Le esperaban otras sorpresas: cárcel, destierro, persecuciones.

Días antes de la clausura de *Tribuna*, Fernandes dialogó extensamente en Río con un enviado especial de PERISCOPIO sobre la actualidad brasileña. He aquí una síntesis de esa entrevista.

—¿Considera usted que la sustitución de Costa e Silva entraña un cambio sustancial en la política de la Revolución? ¿Advendrá una etapa más dura?

—La Revolución de 1964 se perdió por su exceso de ambiciones y su casi total incapacidad de decisión verdaderamente revolucionaria. Se habló mucho de Revolución, pero nadie hizo aquellas cosas que diferencian a una Revolución de un golpe de Estado. La Revolución brasileña continúa luchando en la oscuridad, buscando librarse de las complicaciones que ella misma sembró en su camino, sin haber conseguido, hasta ahora, una definición, un objetivo concreto, una orientación, una filosofía.

En el plano interno es aparentemente socialista, pues grava el lucro de manera drástica, aumentó bárbaramente el impuesto a los réditos y se inclina por los salarios altos. Pero sólo son apariencias, pues en la realidad ha permitido, y hasta protegido, la concentración de capitales, principalmente con la creación de los llamados incentivos fiscales, que sólo benefician a los grupos privilegiados.

En el plano externo, la Revolución brasileña es más virgen que nunca, pues no se tomó ninguna medida efectiva para evitar la expoliación del trabajo nacional, cuyo producto continúa siendo sacado fuera del país, bajo el disfraz de *royalties*, dividendos, amortización de capital, etc. Todas las formas que el capitalismo inventó para expoliar a las naciones subdesarrolladas continúan floreciendo en Brasil. Al parecer, el Gobierno se debate en una terrible confusión ideológica y filosófica, confunde estatismo, capitalismo, nacionalismo y socialismo, todas las formas de gobierno hasta ahora conocidas. La única realidad de Brasil, en 1969, es que el Gobierno todo lo puede y en todos los niveles: el económico, el financiero, el político, el administrativo, el militar. No hay oposición ni liderazgo de ningún tipo. Y, como no hay oposición, el Gobierno se deja llevar por la deformación de su propio optimismo o pesimismo. No existe autocrítica ni crítica opositora. Esto no es un régimen democrático, evidentemente, y el más perjudicado por la falta de diálogo es el Gobierno.

—Comentó usted que, pese a haber sido encarcelado por el Gobierno, admiraba el gesto de Costa e Silva cuando, ya enfermo, trató de imponer una nueva Constitución. Le ruego se explaye sobre esto.

—La pregunta es muy personal y es la única que responderé en un tono personal. Un hombre como yo, que a los once años no tenía qué comer ni dónde vivir, que dormía sobre una mesa de billar a cambio de barrer un vasto café y restaurante, y que a los 46 años se ve en la contingencia de transmitir recuerdos sobrantes de una aplicación ilusoria de la violencia, no puede tener odios ni rencores. Al contrario, la violencia y la injusticia sólo consiguieron despertar en mí el sentido de la generosidad y la grandeza de juicio. De ahí que, no obstante haber sido detenido tres veces y desterrado a esa isla maldita que es Fernando de Noronha (todas bajo el Gobierno Costa), haya elogiado el gesto emocionante del Presidente.

No habría adoptado esa actitud si Costa siguiera al frente del Gobierno, fuerte y consolidado; podría ser interpretada como adhesión o arribismo. Mi actuación, aun en el combate (soy un combatiente nato, por vocación, convicción y formación), no lleva otros fines que los de exaltar y construir, incluso cuando deba destruir primero para construir después. Como Bernard Shaw, puedo decir que pagué por mi derecho a decir la verdad, o lo que creí la verdad.

Esa capacidad de ser siempre yo mismo me ayudó a conquistar la posición que hoy ocupo en el proceso brasileño. Y me permite refirmar la posición que siempre defendí: *el periodista no conspira*. En contra o a favor, no importa cómo, usa su arma, que es el diario. En el caso de Costa e Silva, olvidé todos los agravios e injusticias; sería repugnante que, admitiendo la grandeza de su gesto, no hubiera tenido el coraje de ensalzarlo porque el rencor me dominase.

—¿Cuál es, para usted, la salida política?

—La mejor, o la única salida para Brasil, sería una pacificación general, con el restablecimiento de un Gobierno democrático sólido e indivisible, y la revisión de los castigos de 1964 y hasta una amnistía general. Creo que todo esto es impensable, ahora, y lo será por mucho tiempo. La reapertura del Congreso, tal como se la proyectaba, era apenas un *beau geste*. Desde el punto de vista práctico, considero que más vale un Congreso cerrado pero altivo, a un Congreso abierto pero acobardado, sin facultad de decidir. La Constitución de 1946, cuyo sistema establecía la independencia y armonía entre los tres Poderes, era económicamente reaccionaria aunque políticamente aceptable. Fue enterrada en 1964, sin que nada la reemplazara, salvo un Ejecutivo que pretende ser fortísimo y ejercita su fuerza melancólicamente, sin atacar los grandes problemas nacionales.

Lo hemos dicho y repetido con insistencia: sería preferible una Dictadura nacionalista a esta Dictadura de fachada, que ejerce la fuerza por la fuerza, sin ningún objetivo ideológico. Tal como está, caminamos hacia una Dictadura de derecha por el temor a una de izquierda. Ni una ni otra sirven a los grandes intereses nacionales.

—¿Cree usted que el Gobierno, con su intransigencia, ha forjado una oposición dura?

—No. La oposición no existe en Brasil. Los actos de terrorismo son meramente episódicos y circunstanciales, inexpresivos, por grande que sea su repercusión. Los asaltos a los Bancos, el secuestro del Embajador de los Estados Unidos, sólo favorecieron al Gobierno. No hay la menor posibilidad (una en un millón) de que esos grupos derriben al Gobierno. La que podríamos llamar oposición está sin jefes, apática, llena de miedo.

Por ello también cabe un reproche a los líderes del movimiento de 1964, que apartaron de la vida pública a algunos elementos que tenían prédica y los sustituyeron por personas menos calificadas. No acuso ni defiendo a los que tomaron el poder en 1964. Examino, como analista, lo que aconteció.

Hubo en 1964 un movimiento victorioso. Justas o injustas, eran lógicas las punciones; eso no importa en un proceso político. Lo insensato, y así ocurrió, era liquidar a todos los líderes y no reemplazarlos. La Revolución del 64 tiró una bomba sobre los jefes civiles; pero, junto con los muertos que no fueron sepultados, quedó abierto un cráter que tampoco fue cerrado. Es alrededor de ese cráter donde se debaten los militares que tomaron el poder.

Resultado: todos ellos se convirtieron en unos estrategos de borde del abismo. Puesto que intentan no caer en el abismo, es evidente que no pueden adoptar las grandes medidas exigidas por el desarrollo nacional. Somos un país de 90 millones de habitantes que no puede ser gobernado por la expectativa sino por la realidad. Al país no le interesa lo que va a suceder, sí lo que está sucediendo. Mientras no se cierre el enorme cráter abierto en 1964, nadie gobernará este país. A los muertos civiles de entonces, la Revolución sumó sus propios muertos, como Lacerda, Mourão Filho, Cordeiro de Farias y otros.

¿Cómo es posible gobernar con políticos de tercera o cuarta división, reclutados para entrar en la cancha en lugar de los expulsados?

—¿Cuál es su opinión respecto de la actitud del Gobierno por el secuestro del Embajador de USA*?*

—La actitud del Gobierno fue la peor posible. La situación, sin duda, era difícil. Pero un Gobierno no puede aceptar ultimátum, internos o externos. Los externos comprometen la soberanía del país, los internos comprometen la autoridad del Gobierno, desgastan su fuerza. Pero considero que el Gobierno no puede ser intimidado por teléfono, sin una reacción, una contraofensiva. Claro que esa contraofensiva no debe ser posterior sino anterior. E

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL REPLIEGUE SINDICAL

por Bernardo Guillén

En la tarde del viernes, las líneas estaban tendidas, cargadas las armas y el dispositivo sindical montado: una gestión de última hora evitó el choque frontal. Las paritarias, que ya tambaleaban, se han salvado. Una cruel disyuntiva para la dirección cegetista.

Esta es "su" huelga. No porque él la quiera —¿quién la quería, en realidad?—, sino porque le cabía la responsabilidad de dirigirla en el nivel más empinado. Fue, en los últimos cinco años, el mayor doctrinario del sindicalismo peronista, la "máquina de pensar" de Augusto Timoteo Vandor: junto al féretro de *El Lobo*, todas las miradas convergieron sobre él.

Este hombre moreno, juvenil, más bien bajo, con la misma aptitud para la discusión intelectual que para el diálogo campechano, nació el 22 de mayo de 1925 en San Francisco, Córdoba —"en la parte vieja, la que se hunde", aclara—, y fue bautizado con el nombre de Miguel. Miguel Gazzera, "Gazzerita".

Desde los cuatro años conoce los riesgos de una huelga, siente las necesidades del hogar proletario. Hoy revive esos sentimientos, mientras trata de convencer al cronista de que "todas las instancias se han cumplido" y "no nos quedaba alternativa".

—¿Está seguro, Gazzera? ¿No se repetirá el caso del 1º de marzo del 67? La CGT fue a la lucha y se rompió los dientes.

—Nunca se sabe. Pero entonces, como ahora, nos fue impuesta. Los dirigentes, si no cumplimos con nuestro deber, dejamos de serlo.

—Por lo tanto, es para defender sus posiciones.

—No. Ésa es una fase anterior. La llamamos defensa pasiva. La burocracia sindical se protege a sí misma. Ésta es la defensa activa: los cuadros medios empujan a la conducción; es la clase como tal la que se yergue; el combate se plantea en un contexto político.

—¿La insurrección, Gazzera?

—Tampoco: los sindicatos no sirven para eso, son un aparato de negociación, actúan dentro del sistema. La huelga es parte del regateo. La tercera fase se puede calificar de lucha activa. Ongaro pretende derrocar a Onganía, nosotros no.

—Pero ayudaron a tumbar a Illia.

—Yo critiqué esa política.

—Según el Gobierno, ustedes "se enancan en un proceso del que no son promotores" y, "en el mejor de los supuestos, no saben a dónde los conduce".

—Puede ser. Toda acción importa un riesgo. Lo aceptamos. Podemos ser rebasados. Lo que no podemos es ausentarnos de la lucha, desertar: si no actuamos, salimos del movimiento obrero, nos convertimos en oficialistas, en nadie; habría un vacío de poder en los sindicatos. ¿Con quién trataría el Gobierno?

—Pero ustedes no repudian el extremismo.



Miguel Gazzera: Lo que no fue.

—No es problema nuestro sino del Gobierno. Hay también un extremismo de la otra parte, si no se ofrecen soluciones. ¿Por qué ellos usan el extremismo y nosotros no deberíamos hacerlo? Como en el yudo, hay que desviar la fuerza, volverla contra el agresor. El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Se ríe y embucha un café.

El tembladeral estadístico

En diciembre de 1968, el Presidente Onganía promete restablecer las comisiones paritarias; al parecer, el anuncio no hace feliz a las centrales empresarias ni a la prensa liberal: se murmura contra el origen peronista de esa institución, creada por la Ley 14.250 (año 1953).

No vuelve a mencionarse la cuestión hasta después de los disturbios de mayo. Por fin, el 22 de agosto, el Decreto 4686 convoca 488 paritarias para que discutan los salarios y condiciones de trabajo que regirán el año próximo, del primero al último día. La reglamentación ulterior las divide en cuatro grupos; cada uno debe reunirse a principios de mes, desde el 1º de setiembre; a los treinta días, si no llegan a una avenencia, laudará la Secretaría de Gobierno y su decisión será obligatoria.

Rubens San Sebastián exulta: por fin, la Revolución adopta una política laboral. Desde luego, no excitará la imaginación popular; se conocen sus límites; es un instrumento del *statu quo*. Los neófitos que, de 1958 a 1966, pontificaron sobre la redentora alianza del Poder Militar con el Poder Sindical esperaban iniciativas más audaces. Por lo menos, la creación de ese Consejo Económico Social que los dos radicalismos previeron en sus programas desde 1945, y que ni Frondizi ni Illia se atrevieron a implantar.

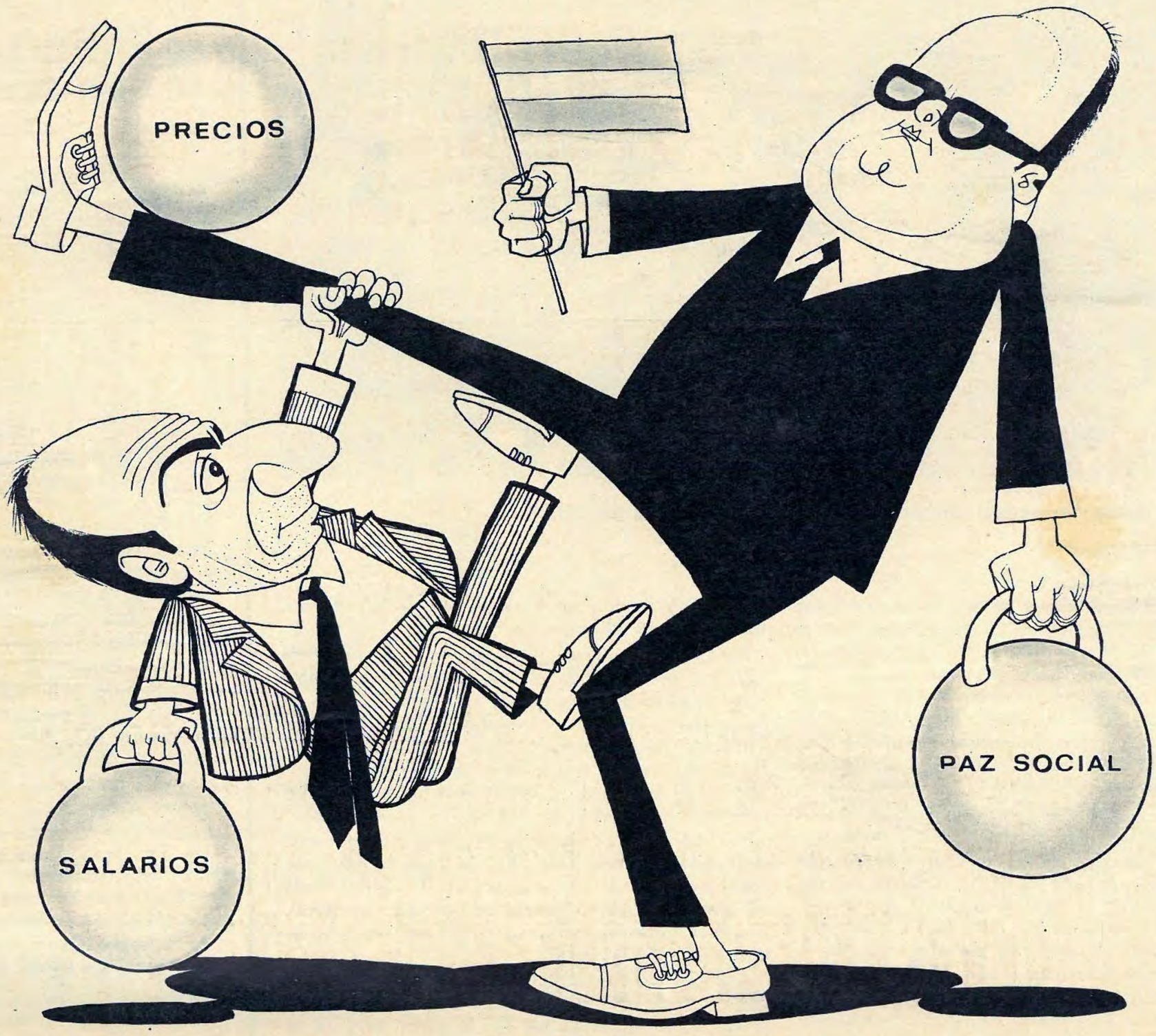
"Ahora tendremos algo que ofrecer", soñaba San Sebastián.

El sistema adoptado le traía gratos recuerdos. Hace más de diez años, en una paritaria, un empresario le reprochó irónicamente al otro sector: "¿Ustedes siempre piden y nunca *se ponen* con nada?" Los representantes obreros propusieron cuarto intermedio; el funcionario actuante lo otorgó; ellos invitaron con un café. El convenio se firmaba esa misma noche. Aquel funcionario era el actual Secretario de Trabajo; a partir de ese éxito, inició una rutilante carrera burocrática.

La verdad es, sin embargo, que esta vez no tenía

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aunque la pose tan cómica
se basa en la matemática,
más que una prueba económica,
es una prueba acrobática.



mucho que ofrecer. En una directiva publicada el 4 de setiembre, el Ministerio de Economía previno contra la ilusión de toda mejora salarial que comprometiese la relativa estabilidad monetaria. Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos, en los ocho primeros meses de 1969 el costo de la vida no había aumentado sino un 3,6 por ciento. El salario real, este año, sería equivalente al de 1966, si es verdad que la actividad económica se ha intensificado (7,4 por ciento en el primer semestre), después de la declinación sufrida en 1967 y 68. Teniendo en cuenta los pronósticos para el año próximo, en lo que se refiere a la elevación del producto bruto y del costo de la vida, todo lo que se podía conceder era un 10 por ciento. El economista Carlos Moyano Llerena, asesor de Krieger, copartícipe del prestigio obtenido por el plan de estabilidad, aventura un 12 por ciento.

Las estadísticas oficiales no merecen mucho crédito en las esferas sindicales. Hace unos meses —recuerdan—, mientras el CONADE (Consejo Nacional de Desarrollo) registró, para 1967/8, un encarecimiento del costo de la vida computable en un 16,2, el Ministro Krieger no admitía sino el 9,6. Hubo, entonces, una explicación oficial: en el primer caso se tomaban los promedios anuales, en el otro se calculaba de diciembre a diciembre. Estas disquisiciones metodológicas no convencieron a los trabajadores, que no las entienden. Para ellos, no hay otro indicador que las asiduas quejas de su mujer, cuando vuelve de la feria.

La disputa podría continuar indefinidamente. Lo que parece escapar a cualquier duda es que la participación del sector de ingresos fijos en el ingreso nacional —unos 8 millones de personas— se contrae como la piel de zapa desde 1950. Era del 51 por ciento en aquella fecha; en el 53 bajaba al 50,4; en el 57 caía al 47,5; en el 60 no llegaba sino al 41,5, y en el 68 al 38 por ciento.

Los sindicalistas suponen que sus pérdidas han sido trasladadas —como utilidades— al sector del capital; les sorprendería mucho saber que se han convertido en gastos del Estado, no siempre productivos.

Sea como fuere, la rehabilitación de las paritarias llevó cierto sosiego a las fuerzas sindicales.

El 7 de agosto, cuando Valentín Suárez —delegado gubernamental en la CGT— recibía a la Comisión de los Veinte, accedió sin reservas en ese punto, entre los cinco que le reclamaban.

San Sebastián, a su vez, descontaba el éxito. El 8 de setiembre —con una demora de ocho días, debida a discrepancias entre diversos órganos de poder— inauguraba la primera serie de negociaciones; la postergación de los intereses obreros desde 1966 —dijo— fue "la cuota de sacrificio que el país les reclamaba en favor de la tan ansiada estabilidad". Por supuesto, los trabajadores se preguntaron si ellos no eran también el país. Pero "en 1970 —clarineó el Secretario— ya no será el Estado el que fije por ley los salarios". Esto supone olvidar la obligatoriedad del laudo, en caso de desacuerdo entre las partes.

A puertas cerradas*

Como en los viejos tiempos, la doble burocracia gremial —empresaria y obrera— se aprestó, con fruición, a justificar su existencia.

Al parecer, ambas partes son conscientes de que la decisión no está en sus manos, que el Estado recurre a ellos —e intenta enfrentarlos —con el único fin de engalanar la naturaleza autoritaria de su política de ingresos. En la mayoría de las paritarias convocadas para el mes de setiembre, la cordialidad era la nota característica.

Un redactor de esta revista asistió, por ejemplo, a la negociación entre el sindicato de los matarifes (Federación Gremial de la Industria de la Carne, Derivados y Anexos), y los representantes de la CAP (Corporación Argentina de Productores de Carne).

Los unos se sentaron a un costado de la mesa alrededor de su líder, Constantino Zorila, frente a sus empleadores, conducidos por el doctor Alberto Rimoldi; en la cabecera, el funcionario Salvador Emmanuelli, veinte años presidiendo paritarias.

Zorila pidió un 64,4 por ciento sobre las actuales remuneraciones; pero ni él mismo parecía tomarse en serio. "Nosotros estamos un 27 por ciento debajo de los otros obreros industriales", aducía. Rimoldi no se empleaba a fondo: "Por el bien del país, las partes deben actuar con la mayor responsabilidad y equilibrio, hallar fórmulas que se concilien con las reales posibilidades de la industria".

El aumento solicitado no es imposible, perseveró Zorila. "Resulta del estudio que hicimos del salario-hora del obrero de la carne en el 65 y 66, ponderada la pérdida de poder adquisitivo en los años siguientes". El entendimiento era tan utópico que prefirieron derivar hacia la provisión de equipos de trabajo, desde el cuchillo al guardapolvo.

A menudo, los negociadores apelan a la camaradería y al humor. "¿Por qué —propuso un delegado obrero— no vamos a discutir a Plaza de Mayo, echándole alpiste a las palomas?" Sin aceptar la invitación, festejaron el chiste; fue un momento de tregua; después volvieron a entonar sus respectivos salmos.

Tanto o más sedante era la atmósfera en el salón contiguo, donde Enrique Ramón Micó, 51 años, dos hijos, pulseaba con Mario Luparia, 51 años, cinco hijos, director gerente de la Casa Muro y secretario de las Grandes Tiendas. FONIVA, que agrupa a las costureras regenteadas por el dócil José Alonso, reclamaba el 40 por ciento y participación en las ganancias.

—¿Qué le parece, Micó, el partido que jugó River? —preguntó Luparia.

Buen hincha de San Lorenzo, el representante obrero comentó un gol; la humorada eliminó la división de utilidades con que sueñan las costureras.

"A veces, tenemos paritaria con asado" —confesó Luparia ante el periodista—; ellos nos invitan a su recreo de Punta Chica, o lo hacemos nosotros." Su oponente diserta sobre la "sensibilidad social" de los empresarios: "Sobre todo, cuando les pedimos para la obra social". Estos dos hombres negocian entre sí desde quince años atrás; cuando entran en clima, abandonan la solemnidad, se tutean. En una ocasión, cuando el gremio estaba por entrar en conflicto, todo se arregló en un desfile de modelos.

En la Dirección Nacional de Relaciones del Trabajo nadie se asusta porque los obreros del chacinado se apuntaron con el 100 y los viajantes de comercio con el 200 por ciento. "La libertad es libre", comentó alguien risueñamente.

Sin embargo, este ameno tinglado comenzó a tambalearse la semana pasada, cuando la Comisión de los Veinte, con ceño adusto, amenazó con una huelga de 36 horas para el 1º y el 2 de octubre. Motivo: un petitorio de cinco puntos (liberación de presos gremiales, restitución de sindicatos y de la CGT, aumento de emergencia, levantamiento del estado de sitio) había quedado sin respuesta después del paro del 27 de agosto.

Es que el conflicto ferroviario de Rosario y Córdoba, con sus secuelas —tres muertos, actos de sabotaje y terrorismo, convocatoria militar—, había encrespado nuevamente al movimiento obrero. En las regionales cegetistas de ambas ciudades, vandoristas y ongaristas lograron su unidad orgánica, una aspiración aparentemente quimérica en el ámbito metropolitano. La presión del interior —patente, también, en Tucumán— impuso el despliegue de finales de agosto, que fue apenas discreto en la Capital.

Esta vez —se admitía generalmente el viernes pasado— "hay clima". Hasta los participacionistas se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



¿Y ahora?: La conducción sindical sale de la Casa Rosada, en la noche del viernes 26.

aprestaban a holgar. Cinco de sus capitostes (José Alonso, Angel Peralta, Rafael Negrete, Pedro Alvarez y Estanislao Rosales) visitaron, el día anterior, el despacho presidencial. Economía más amplia y libertad de los presos, era su reclamo. "El Presidente nos escuchó con suma atención", dijo Alonso a los periodistas. Por su parte, no podían hacer otra cosa que convocar a asamblea y someterse a la voluntad mayoritaria, sin duda belicosa.

La emergencia era grave, no sólo porque muchos ferroviarios habían desatendido la convocatoria, exponiéndose a los rigores del Colegio Militar, sino porque la nueva jornada de lucha incluiría concentraciones y desfiles. El CONASE, ampliado con la presencia de los Gobernadores cordobés, santafesino y tucumano, sesionó durante diez horas el miércoles y el jueves. El Presidente reunió, además, al Comité Militar (que integran los tres Comandantes y el jefe del Estado Mayor Conjunto). Un severo comunicado de la Presidencia resumía en nueve puntos las medidas a aplicarse; el primero enunciaba: "Reprimir con energía, incluso con el uso de las armas de fuego, todo intento de alterar el orden público".

Los sindicatos se hallaban en una encrucijada fatal. En el lenguaje de Miguel Gazzera, debían ir a la lucha activa o volver a la defensa pasiva, de la tercera fase a la primera, de la insurrección al regateo.

Una vida

Esa es la dramática alternativa que, al caer la tarde del viernes, cuando unas ráfagas frías descuelgan la primera lluvia primaveral, se debate en el pecho de "Gazzerita", que lleva tres años escribiendo todos los comunicados de las 62 Organizaciones —comunicados que exhortan al Gobierno a emprender la Revolución prometida—, y ahora comprende que, definitivamente, esa Revolución no es la suya.

Gazzera es producto de sí mismo, dicho sea sin mengua de su padre, don Miguel, jubilado en la fábrica de fideos Tampieri. No había cumplido los veinte años cuando —el 15 de mayo de 1944— participó en la fundación del sindicato fideero en su pueblo natal; el paternalismo político de Juan Perón lo arrimó a Buenos Aires y en 1947 se alistaba como secretario adjunto de la Federación.

Un 17 de octubre, el de 1952, afirma su independencia: José G. Espejo, Secretario General de la CGT, cosecha una silbatina al aparecer en el balcón, junto al Líder: el pope del gremio del vestido, Antonio Valerga, organiza en el Luna Park un acto de desagravio; él, Gazzera, se opone, ante el asombro de los genuflexos. "Es necesario —dice— reemplazar a los hombres que han cumplido su ciclo." Hay un tumulto, repetido más tarde en el Comité Confederal: por fin, Perón recibe a los gremialistas en Olivos y propone la renuncia de toda la dirección de la CGT. El promotor del escándalo será elegido secretario del Tribunal Arbitral, un órgano encargado de dirimir los entuertos sindicales. No sólo: el día de su matrimonio recibe la visita del boticario Eduardo Vucetich, nuevo Secretario General, quien le comunica que Perón ha resuelto obsequiarle una casa. "Agradecí el gesto, pero no acepté."

Prefirió alquilar un dormitorio, comedor y cocina en Junta y Laguna, donde mora aún hoy, con su mujer y dos hijos. "Allí comí los mejores ravioles de mi vida", contó una vez San Sebastián; entonces, todavía no era Ministro.

Conoció a Vandor en el 54, cuando *El Lobo* no era sino un protegido de Rafael Colace, quien había defenestrado a la vieja dirección. Ahora, a través de los cristales empañados, evoca a su amigo muerto: "Hablaba poco, entonces; pero observaba mucho". En el 55, juntos fueron huéspedes obligados de la Marina de Guerra en el barco Buen Suceso —"¡qué nombre!"— fondeado en alta mar.

Por su parte, conocerá la Penitenciaría, la cárcel de Esquel, Caseros, Villa Devoto; toda aquella actividad turística concluye a principios de 1958, cuando su gremio lo elige Secretario General; enseguida, alienta la formación de las 62 Organizaciones y ocupa la Secretaría de Prensa.

Ese año integra el secretariado del Movimiento Obrero Unificado, fugaz alianza de peronistas, independientes y comunistas. Es él quien anuncia, el 28 de agosto en Plaza Once, la ruptura con Frondizi, "por no haber cumplido el pacto con Perón". A partir de ese momento, aboga por la línea dura; aun contra Vandor, sempiterno acuerdista. "Estuve alejado de él casi un año", musita con sentimiento. Quizá piense que, si *El Lobo* estuviera vivo, otra vez se verían frente a frente.

Después de todo, Vandor no dejó heredero. La noche del viernes, eso se vio con más claridad que nunca. Atraída por sagaces intermediarios, la mayoría de la Comisión de los Veinte se deslizó entre los granaderos de la Casa Rosada y depuso incondicionalmente las armas: obtuvo, apenas, la promesa de que se estudiará su petitorio de cinco puntos.

El Presidente no los recibió sino cuando se comprometieron a recomendar al Plenario la suspensión del movimiento. La audiencia —que duró de las 20.25 a las 22.05— se concertó a pedido de los visitantes, confesaron ellos mismos al salir. Escurridizos, se negaron a revelar lo tratado. Entre el tumulto de camarógrafos y periodistas, el presidente de La Fraternidad, Cesáreo Melgarejo, respondió desolado, contrayendo el rostro como un conejo.

Estaban exhaustos: habían aguardado dos horas en la antesala de la Secretaría de Difusión y Turismo, donde un mozo renovaba los pocillos rituales. Eran doce al pricipio, pero el mecánico José Rodríguez, el estatal Juan Roberto Horvath y el telefónico Jorge Guillán se retiraron disgustados.

Lindo palacete, la sede de la UOEM: antaño pertenecía a los Lezica. Medio centenar de sindicalistas se encerraron tras las puertas de roble de un salón que era, entonces, capilla familiar. A las 2.30 se votó: 27 por el levantamiento del paro, 12 contra y 2 abstenciones. En realidad, ya desde el jueves la mayoría estaba por la "retirada elástica".

Gazzera renunció inmediatamente a la Secretaría de Prensa de las 62 Organizaciones y Jorge Paladino a la dirección local del peronismo. La Comisión de los Veinte se diluía como un terrón de azúcar.

Comenzaron a marcharse, uno tras otro. Llovía mansamente; el viento tironeaba de los cabellos a los árboles; la noche se murió de tristeza. Junto a la vereda se veían decenas de automóviles de buen porte; casi todos, modelos de los últimos tres o cuatro años.

La discusión había abundado en ideas fúnebres. "Si vamos a la huelga, nos fusilan", clamaban unos; "No queremos morir colgados por nuestros compañeros", objetaban otros. ⊖

Hace un año, cuando un grupo de expertos del Instituto Di Tella comenzó a investigar la marginalidad en la Argentina, la revista *Patria Grande*, vocero de la "izquierda nacional", denunció el proyecto como "una forma de penetración del imperialismo".

Para los acusadores, estudiar los polos sociales de tensión —es decir, los grupos marginales— significaba abrir la panoplia, permitir que el enemigo se apropiara de sus mejores armas y atajase, con ellas, el proceso de cambio. El enemigo era "la CIA", un proteico espía que en este caso se ocultaba tras una fundación norteamericana, proveedora de subsidios para investigación social.

Después de largas y altisonantes discusiones, la cuestión quedó fijada en un interrogante clave: ¿a quién aprovechaba esa clase de estudios, que trazó un límite riguroso entre bandos inconciliables, una virtual línea de fuego? ¿Dogmatismo? Quizá no, si se tiene en cuenta la importancia del tema. ¿Neurosis académica? Tampoco, si se atiende a la explosiva situación que generan los marginales en América latina.

El concepto de marginalidad ha sido enriquecido por los sociólogos agrupados en el DESAL (Centro de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Católica de Chile), que animan el jesuita belga Roger Wekemans y la señora Betty Cabezas. Alude a los individuos y grupos confinados en los linderos de un área cultural predominante; entraña una nota de disociación, de desajuste, y cierto grado o forma de desarrollo anómalo. Tales grupos llegan desde el sector "atrasado" de esa estructura dual que caracteriza a los países en tránsito hacia metas industriales. Generalmente resulta una fuerza explosiva, invasora, que incorpora al proceso la violencia irracional.

Los habitantes de las villas miseria argentinas, como de las *favelas* de Río y los barrios *callampa* de Santiago, las *barriadas* peruanas y las *limonadas* guatemaltecas no participan, apenas, de los beneficios de la comunidad nacional. De origen rural, analfabetos, pobres, de salud precaria, subsisten como mano de obra no especializada, un subproletariado que oculta su desempleo con la venta callejera de chucherías, el cajón de lustrar u otras actividades ocasionales.

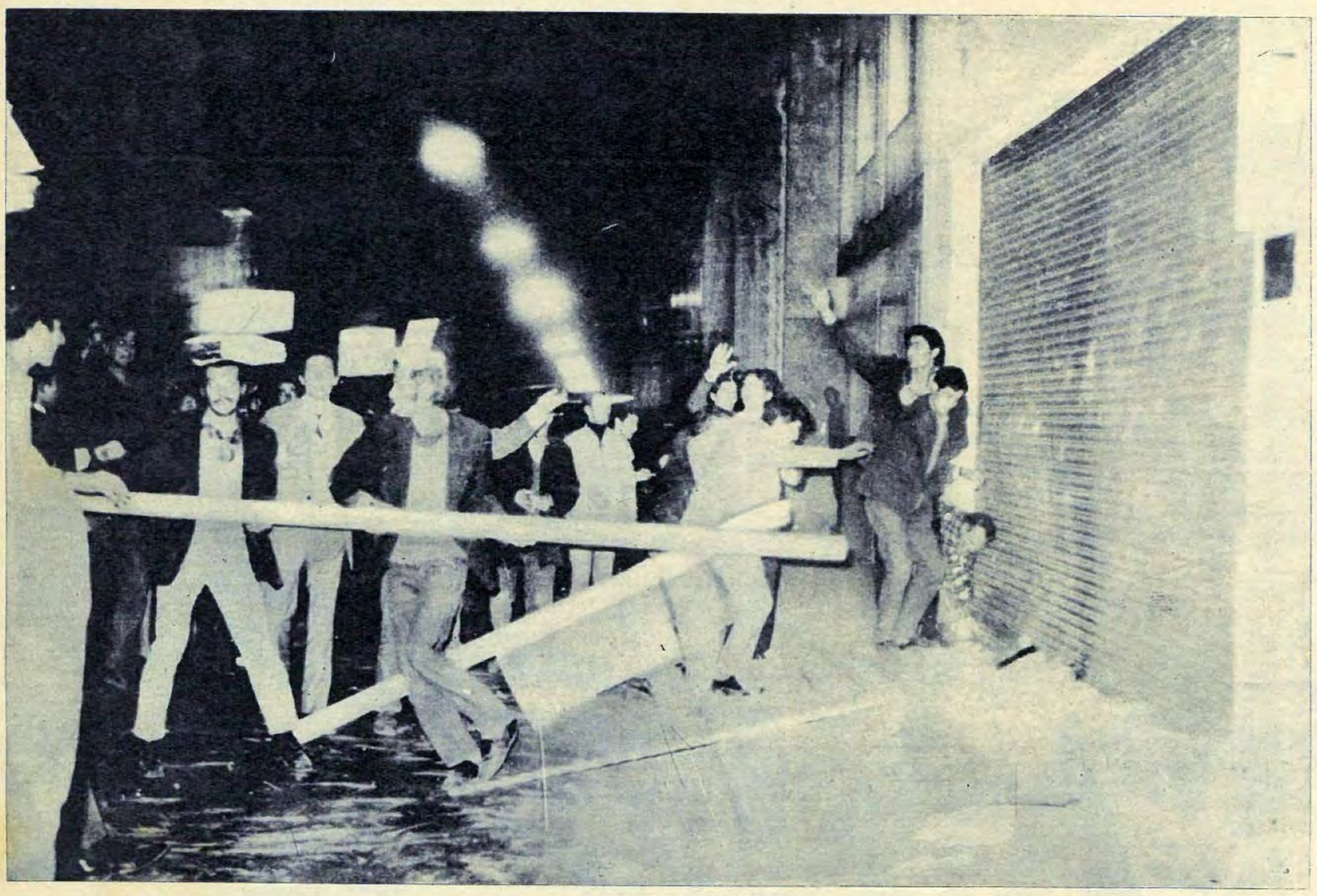
Las cifras reflejan una curiosa distorsión: algunas capitales poseen un sector terciario (servicios) casi tan vasto como el de los Estados Unidos; si en un caso es indicio de riqueza —la productividad de los sectores primario y secundario (productos básicos y manufacturas) es tan alta que la economía se proyecta a lo superfluo— esa hipertrofia, en América latina, no señala más que parasitismo y frustración. En el cordón urbano, el ingreso medio es hasta de 800 dólares, comparable al de los pueblos meridionales de Europa; pero basta alejarse unos kilómetros de San Pablo, de Santiago, de Buenos Aires, para tropezar con individuos que no alcanzan un ingreso anual de 80 dólares.

Es allí donde se acumula la pólvora. Los marginales no se proponen, quizá, abatir la hegemonía de la *élite*, urbana, cosmopolita y próspera: sólo atinan a destruirla simbólicamente. Se ensañan con los automóviles, los escaparates del comercio, todo lo que evoque la idea de lujo o de holgura. El pillaje, el incendio, la agresión a los transeúntes con corbatas son, para ellos, una especie de fiesta, una liberación.

Los argentinos suelen envanecerse de contar con índices sociales aceptables, aunque los económicos revelen un persistente estancamiento. Poco a poco, con dolorosa sorpresa, descubren que eso tampoco

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MARGINALIDAD



Desmanes en Rosario, el 16 de setiembre: ¿Quiénes son, de dónde vienen?





Betty Cabezas y el Padre Wekemans: Una investigación social.



Rosario, el mismo día: La destrucción era una fiesta.

es cierto. Hace unas semanas, un orador oficial indicó cifras de analfabetismo y semianalfabetismo (instrucción primaria incompleta) que rayan en el 50 por ciento de la población en edad escolar; si se añade el reanalfabetismo (adultos cuya forma de vida no los obliga a preservar el conocimiento adquirido), vemos que buena parte de los argentinos viven, culturalmente, en las tinieblas. El déficit habitacional ha sido estimado en dos millones y medio de viviendas. La regresión sanitaria se expresa con las endemias que han reaparecido en los últimos años. También nosotros, en suma, tenemos una América latina metida en las entrañas, y las mesas redondas de televisión que semanalmente halagan nuestro ego colectivo importan una verdadera complicidad con el atraso.

Un día se probarán, tal vez, las habituales referencias genéricas a planes subversivos de origen extranjero; aun entonces, faltaría explicar cómo es posible que un puñado de agentes arrastre a vastos sectores populares hacia criminales aventuras, mientras todas las fuerzas del orden establecido no parecen capaces de contrarrestarlas. Atribuirles un talento tan diabólico y un valor tan temerario puede, a la larga, resultar un boomerang: la gente sencilla cree naturalmente en los héroes.

Sin duda, hay extremistas en la Argentina —como en cualquier país del mundo—, los cuales se ejercitan en una estéril lucha de clases que, por ser ajena a la psicología nacional, logra exiguos progresos. Lo que más importa es cortarles su comunicación —si existe— con los marginales, cuya violencia primitiva puede ser instrumentada, administrada en forma certera y oportuna por profesionales de la subversión.

El pecado de origen del sindicalismo argentino —su creación desde el Gobierno— puede explicar, hasta cierto punto, su actual abatimiento. No milita en él ni la quinta parte de la fuerza de trabajo; las elecciones en los gremios se celebran en medio de una increíble soledad; si las organizaciones perduran es porque la ley convierte a las empresas en agentes de retención y porque los sucesivos Gobiernos, interesadamente, les otorgan tributos arrancados a los trabajadores, afiliados o no. Un reciente asesinato y un escándalo bancario alumbran torvamente una realidad que nadie ignora; el pistolerismo, la venalidad, tienen nutridos antecedentes, que datan de la década peronista, cuando no de la última.

Pero en el interior, sobre todo —donde los agremiados se conocen mejor y no manejan importantes sumas de dinero—, parece surgir una generación de dirigentes medios no contaminados. Para serlo, deben conquistar la confianza de sus compañeros y luego, validos de ella, negociar con los factores de poder; si toleran la violencia, si la dejan derramarse, evaporarse, no tienen nada que ofrecer a cambio de las concesiones que reclaman.

La lucha sindical es doblemente ardua, porque exige una vigilancia atenta sobre los grupos marginales, cuyo eventual predominio no puede interesar sino a los beneficiarios del statu quo y a los maniáticos de la represión. Cuando engloba el terrorismo, el sabotaje, se separa de la opinión pública, pierde su apoyo, se extingue. La guerrilla urbana es tan desatinada como la rural, vencida en Colombia y Venezuela, en Bolivia y el Perú, en todas partes.

La semana pasada, el Ministro Imaz debió reemplazar al Gobernador Figueroa Bunge, de Río Negro. El vecindario de Cipolletti, próspero, amigo del orden, ha sabido evitar el desborde de elementos marginales, y así inscribió en la historia de estos años la primera protesta victoriosa. ⊖

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS DUEÑOS DE LA ALIANZA

por Hugo Gambini



Juan R. Queraltó, a los 57 años.



Guillermo P. Kelly, a los 48 años

La historia de un grupo de choque que nació hace 25 años, evocada por sus temibles jefes. Para reconstruirla, el autor de esta nota viajó a Paraguay a reportear a uno de ellos: el fundador de la A.L.N.

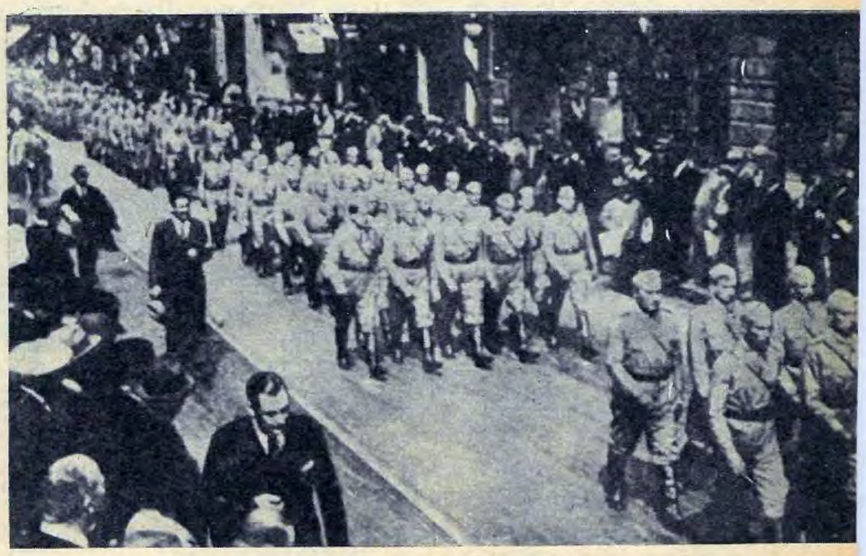
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



El viejo comando de San Martin 398, abatido por los cañonazos.



Esquina peligrosa: La Helvética destruida.



Los comienzos: Desfile fascista en Buenos Aires.

Es chiquitito, regordete, y como usa zapatos negros y afilados, cada vez que se para en punta de pies parece un trompo. Ahora tiene 57 años y sus maneras son suaves, aunque de una dulzura no muy convincente. Juan Ramón Queraltó, el primer jefe de la Alianza Libertadora Nacionalista, enciende sus habanos tal vez con la misma displicencia con que hace 20 años acercaba el fósforo a una carga de dinamita para hacer volar una oficina del Partido Comunista. Vive en Asunción del Paraguay desde 1954 y sólo viaja a la Argentina un par de veces por año, "para hacer algunos negocitos".

Queraltó es el protagonista principal de la historia de la Alianza, porque participó de su formación y de su desarrollo. No aparenta lo que realmente fue: el jefe de una temible banda armada, a la que se utilizó como fuerza de choque contra los movimientos de izquierda. Fue prácticamente el dueño de ese grupo hasta que lo desplazaron, tras una infatigable militancia nacionalista de casi dos décadas. Quizá por esa razón se arroga la exclusividad de reconstruir los episodios con minuciosidad, "sin trampas".

"Cuando se fundó UNES, en 1935 —dijo Queraltó al iniciar su relato—, echamos las bases de un gran movimiento. Habíamos elegido a los estudiantes secundarios porque la Universidad ya estaba copada por la FUBA y los comunistas. Queríamos formar un buen semillero para ganarles el partido en la segunda rueda; por eso preferimos trabajar en las divisiones inferiores. Una vez que logramos armar un buen equipo, lo sacamos a la calle. Tiempo después, esos mismos muchachos ingresaban a la Universidad para enfrentarse con los fubistas. Allí empezó todo."

"Todo" quiere decir que aliancistas y fubistas iban a protagonizar los encontronazos más terribles de la década del 40. Dividido el país en fascistas y antifascistas, por efectos de la Segunda Guerra Mundial, los aliancistas tomaron partido del lado del Eje y los fubistas salieron en defensa de los aliados. Ya la guerra civil española había exaltado los ánimos y engendrado las primeras refriegas entre republicanos y falangistas en las calles de Buenos Aires.

La sigla UNES, que menciona Queraltó, significaba Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios, y había sido creada por los católicos derechistas, lo mismo que el SUA (Sindicato Universitario Argentino), para enfrentar a las izquierdas y al liberalismo. La figura de Juan Manuel de Rosas, las ideas de Charles Maurrás y León Daudet, y las experiencias de Mussolini, Hitler y Franco, alimentaban doctrinariamente a ese grupo de nacionalistas criados al calor del golpe militar de 1930.

Queraltó, que fue el encargado de organizar los cuadros combativos, logró fusionar las siglas UNES y SUA el 21 de setiembre de 1937 durante un mitin celebrado en el salón La Argentina (Rodríguez Peña al 100), donde se firmó el acta de fundación de la Alianza de la Juventud Nacionalista. El flamante organismo se dio un slogan, Dios-Patria-Hogar; tuvo su sede provisional en una casa del pasaje Anchorena cedida por Daniel Videla Dorna, y otra definitiva, el local de Piedras 126. Su organización vertical era rígidamente controlada por un jefe absoluto, Queraltó, y dos lugartenientes, Alberto Bernaudo y Oscar Serantes Peña.

"Los comunistas estaban organizados en forma celular y entonces les copiamos el sistema —explica Queraltó—; para eso hubo que adiestrar a los chicos en la lucha frontal, inculcarles una disciplina férrea y adoptar también algunos métodos fascistas como el aceite de ricino. Mussolini lo empleaba para avergonzar a los traidores, a quienes obligaba a tomar una copita . . ."

La AJN duró siete años y segregó tantos grupos que se hizo necesaria una reorganización en los cuadros "para unificar a todas las fuerzas nacionalistas". Esto ocurrió en 1944, también un 21 de setiembre, cuando se aprovechó la manifestación callejera de apoyo a la política neutralista del general Orlando Peluffo, Canciller del Presidente Farrell, a quien los nacionalistas respaldaban para evitar que se rompiesen las relaciones con el Eje. Esa noche primaveral, el estudiante Mario Páger se trepó al Monumento a Belgrano y parado frente a la Casa Rosada expresó: "La Alianza Libertadora Nacionalista os da la bienvenida . . .". Acababa de nacer otra sigla, ALN, esta vez al calor del golpe militar de 1943.

"Fue una marcha numerosa y entusiasta la de aquel día —recuerda Queraltó—, la que terminó con un desfile de antorchas frente a la Presidencia. El general Filomeno Velazco, que era jefe de policía, se sintió reconfortado al vernos y me pidió que no perdiese la oportunidad de nuclear a toda esa muchachada en un movimiento fuerte y robusto. Por eso asumí nuevamente la unificación de los grupos aislados del nacionalismo, liquidé a los jefecitos dispersos e impuse una conducción de mano de hierro."

Según revela ahora Queraltó, el cou (la logia militar que derrocó al Presidente Castillo) tenía una rama civil de la que él mismo formaba parte junto con Bernaudo, Bonifacio Lastra, Mario Amadeo y Bonifacio del Carril. "Todos juramos fidelidad a la logia —rememoró—, durante una reunión secreta de conjurados, en la que el padre Wilkinson (capellán del Ejército) nos hizo besar un crucifijo. Pero nuestra influencia fue relativa después del golpe del 4 de junio, pues la mayoría de los cargos públicos se los repartieron los nacionalistas militares y no los civiles. Nosotros apoyamos lo mismo a ese Gobierno, por su política neutralista, hasta que se rompieron relaciones con el Eje y entonces protestamos. Yo, como jefe de la Alianza, no me quedé atrás y firmé con Bernaudo un panfleto contra el Presidente Ramírez, señalándole *la humillación del país al obedecer órdenes de Estados Unidos*. Fui preso a una comisaría de San Justo, donde el teniente Hure y el mayor Filippi (éste último, yerno de Ramírez) me sometieron a un *hábil* interrogatorio. Cuando desperté, estaba en la cárcel de Río Gallegos, en una misma celda con Victorio Codovilla, quien se alegró al verme. *¡Por fin alguien con quien discutir de política!*, me dijo. *Fíjese, Queraltó, estoy rodeado de punguistas que a toda costa me quieren enseñar a meter los garfios* . . . Y me ofreció dos cosas: su amistad y un cigarro de hoja. Yo no fumaba, pero él insistió tanto que terminé por hacerme adepto a estos habanitos. Yo salí de allí enseguida, apenas obtuvimos la renuncia de Ramírez, en cambio Codovilla salió tiempo después, cuando los comunistas chilenos presionaron al Gobierno de su país para que reclamara su libertad al nuevo Presidente argentino, general Farrell".

Esa amistad sirvió, claro, para que en toda la crisis política posterior, durante la cual aliancistas y comunistas se balearon en las calles y colocaron bombas en las sedes partidarias, ninguno de los dos jefes sufriera el mínimo rasguño.

"Básicamente, éramos anticomunistas"

Queraltó no elude la responsabilidad de aquellos episodios. En todo caso les da una explicación política:

—¿Por qué formábamos piquetes armados para combatir en las calles? Porque las circunstancias lo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



El slogan sobre el águila y el jefe arengando.

exigían. Durante la guerra se creó Acción Argentina, de tendencia aliadófila, y esa organización enviaba grupos a perturbar nuestros actos del barrio Norte en Callao, Santa Fe y Pueyrredón.

—Ustedes eran nazis en esa época.

—Bueno, le diré. Veíamos con simpatía a todas las ideologías que se oponían al comunismo. Básicamente, éramos anticomunistas. Por eso el nazismo nos pareció una fórmula interesante.

—Tan interesante que hasta adoptaron el saludo nazi...

—Pero también teníamos nuestros problemitas, porque no siempre nos miraban bien "desde arriba". Recuerdo que en vísperas de la Marcha de la Constitución y la Libertad, en setiembre de 1945, detuvieron a todo el comando de la Alianza y fuimos a parar a la comisaría acusados de "portar armas para perturbar el orden". Y no era verdad.

—¿Lo de las armas?

—No, lo de perturbar el orden. Nosotros estábamos preparados para repeler cualquier agresión, pero no para atacar. Pero el Gobierno, por las dudas, nos encerró a todos.

—En 1953, Kelly se apodera de la Alianza y lo desplaza. ¿Cómo fue eso?

—Dice usted bien: se apoderó. Resulta que en esa época Borlenghi pensó que la Alianza ya no le servía para sus fines y entonces prefirió darle apoyo policial a Kelly para que nos desalojara del local y se quedara con todo. Yo entregué sin resistir la sede de San Martín 398 (que en 1944 había alquilado a mi nombre), pero a las dos semanas fui detenido por una comisión de Orden Político. En esos días hubo también una gran redada de opositores y de pronto, en la misma comisaría que estaba yo, apareció el doctor Alfredo Palacios. Me preguntó quién era, y cuando me identifiqué, quedó sorprendido: *¿Queraltó también acá adentro? ¡Ya no entiendo nada!* Después se acordó de que yo lo había visitado en 1941 para darle nuestro apoyo por su gran defensa de las Malvinas. Al cabo de un mes, fui a verlo a Perón. *Lo sé todo*, me dijo el general; *por ahora desensille hasta que aclare. Después lo mandaremos al extranjero con algún sueldito diplomático.* Pero yo quería quedarme. Al año siguiente, mientras charlaba pacíficamente con un amigo en La Perla del Once, un grupo aliancista capitaneado por Kelly irrumpió en la vieja confitería y nos atacó. Apenas me di vuelta, Kelly me descargó un garrotazo sobre la cabeza y me fracturó el cráneo. Desperté a los seis días en el hospital y supe que me habían dado por muerto, que estuve largo rato tendido sobre un charco de sangre y que me habían cosido la cabeza con 17 puntadas. Cuando estuve restablecido, decidí aceptar el cargo diplomático ofrecido por Perón y me radiqué aquí, en el Paraguay. Llegué a esta ciudad con 750 dólares y desde entonces vivo de mi trabajo, pues al ser derrocado el peronismo, me dediqué a la venta de artículos regionales. Mi actual negocio se llama Palacio del Turista, y aquí estoy, en Asunción, viviendo una vida hogareña y pacífica...

El cambio de mando

La antítesis de Queraltó se llama Guillermo Patricio Kelly, segunda versión del comando aliancista. Es un hombre de 48 años, alto, macizo, de ademanes bruscos y frases cortantes, pero que maneja hábilmente sus respuestas. Como su antecesor, dice sólo lo que le conviene y para ello explota su espontaneidad, su lenguaje porteño. Cuando se trata de episodios que verdaderamente le interesan, saca a relucir su gran capacidad para almacenar datos, apellidos, fechas y lugares en la memoria. "Soy una IBM", se jacta.

Su versión de la toma de la Alianza en 1953 coincide parcialmente con el relato de Queraltó. Sólo parcialmente, porque hay detalles en los cuales jamás van a estar de acuerdo.

"¿Qué dice Queraltó? ¿Que le di un garrotazo en el mate? Y se lo volvería a dar por quedarse en el extranjero, en lugar de volver a la lucha en su propio país", estalla Kelly cuando se le recuerda aquella escena de La Perla del Once. Y luego se sonríe: "Tuvimos que aplicar la misma violencia que él nos había enseñado. Por eso, cuando aprendimos bien la lección, cocinamos al maestro en su propia salsa".

La historia de ese proceso tiene, claro, explicaciones más profundas para Kelly. Son éstas: "En 1951, algunos camaradas de la Alianza le pedimos a Queraltó que hiciera una asamblea y le formulamos una serie de cargos. No levantó ninguno. Lo acusamos de usar indiscriminadamente los fondos, de utilizar símbolos extranjeros y de traicionar al verdadero nacionalismo. Aceptó todo sin pestañear y se avino a firmar la renuncia, pero puso como condición elevársela al Presidente a través de Aloé (él y Subiza eran los hombres de enlace con la Alianza), y convinimos entonces en ir juntos a la Casa de Gobierno al día siguiente. Mientras esperábamos la audiencia, aprovechó el paso de un ordenanza que llevaba una bandeja con pocillos de café para empujarlo sobre mí y meterse de improviso en el despacho de Aloé. Yo me terminaba de limpiar el traje cuando lo vi salir ufano, otra vez con gesto insolente, empuñando su habanito. Había dado vuelta las cosas a su favor y obtenido el apoyo directo de la Presidencia. Poco después me encerraron durante 18 días y me mandaron al Paraguay. Volví en bote y me dieron 48 horas para salir del país; entonces me fui a Chile, pero regresé en seguida y me secuestraron durante 35 días en una dependencia portuaria. Al principio estuve allí amordazado, hasta que un oficial nacionalista me reconoció y conseguí un mejor trato. Recuerdo que el boxeador Mauro Cía, a quien utilizaban para *hacer cantar* a los más remisos, me acompañaba al baño todos los días. En 1953, después que me dejaron tranquilo por un tiempo, Queraltó volvió a ser acosado por algunos camaradas y entonces me llamó para colaborar en el comando. Acepté con la condición de que se discutiese todo. A mediados de abril fui invitado a conocer Bolivia y el día 15, mientras estaba en La Paz escuchando por radio un discurso de Perón, me enteré de que habían colocado bombas en Plaza de Mayo. Volví en seguida y Queraltó, que se sentía otra vez fuerte, no me dejó entrar a la sede. Entonces fui a buscar a los muchachos y con ellos lo intimé a dejar el local en dos horas. Avisé a la seccional que si no me dejaba entrar, lo iba a desalojar violentamente y que ellos se harían responsables. Al final tuvimos que forzar la entrada y Queraltó salió como un corderito, sin resistencia alguna. Esa misma tarde, la del 18 de abril de 1953, envié un telegrama a Perón en estos términos: *Comunicamos toma sede central ALN junto con expulsión del liliputiense integral Juan Enrique Ramón Queraltó.* Escribimos liliputiense para no poner *enano*, ¿se da cuenta?".

"Pocos días después —continuó Kelly— se hizo una asamblea en el salón Augusteo y me eligieron secretario general de la Alianza por aclamación. Allí ofrecí clausurarla y entregar el movimiento a Perón, pero como nunca se me respondió a ese ofrecimiento, hubo que seguir adelante. Lo primero que hicimos fue terminar con el saludo nazi, las marchas fascistas y los símbolos extranjeros. Poco después, supimos que Queraltó planeaba retomar el local con la ayuda de su amigo, el inspector de policía Felipe Nazi, con el que se reunía diariamente en La Perla del Once. Allí fuimos una noche a quitarle la idea con los muchachos y le rompimos la cabeza. De la Presidencia nos pidieron explicaciones y les advertimos que era un problema nuestro, que si ese señor seguía *jorobando* les íbamos a enviar sus cenizas en una cajita de fósforos..."

Un hombre de acción

La historia del propio Kelly, dentro de la Alianza, arranca en junio de 1943, dos días antes del golpe militar contra Castillo:

—Me afilié el 2 de junio, el mismo día que nació mi hija. Esa mañana pasé por allí, subí y me afilié. La fecha hizo que a las pocas horas de aceptada mi solicitud yo quedara conectado a las manifestaciones callejeras que surgieron en el atardecer del 4 de junio, frente al Trust Joyero.



La acción: Alianza gana las calles.

—Esa tarde se quemaron varios colectivos de la Corporación de Transportes, como protesta por los negociados de esta empresa.

—Bueno, verdaderamente mi actividad comenzó ese día, con limitaciones e ignorancias.

—Pero ese día los que ganaron la calle fueron los grupos nacionalistas...

—Un momentito. En el 43 yo apenas tenía 22 años, y Queraltó 31. Eso es lo que la gente a veces no advierte. No faltan quienes me preguntan por cosas que sucedieron cuando yo aún no había nacido.

—No es tan absurdo pensar que a los 22 años, y en plena efervescencia política, un muchacho sea capaz de quemar colectivos. Tal vez usted esa tarde se quedó escribiendo a máquina dentro del local...

—No, no, de ninguna manera, yo salí a la calle. Fui detrás de los gritos que daban los nacionalistas que venían del año 30. Pero yo, ¿qué noción tenía de todo eso?

—Usted aparece públicamente como un hombre de acción a partir de 1953, cuando toma la Alianza. ¿En qué episodios participó?

—En todos, desde 1943. Contra la FUA, la FUBA. En todos. Pero estuve porque estuvieron ellos.

—La Alianza fue siempre considerada como una fuerza de choque del peronismo.

Efectivamente, reconozco (y lo he dicho públicamente) que la Alianza se convirtió en una fuerza de choque del peronismo, principalmente en los últimos tramos, cuando el desgaste del régimen se acentuó por la acción de la corte de adulones y alcahuetes. Nosotros intentábamos trasladar las consignas nacionalistas al peronismo, pero nos enfrentábamos con los camanduleros de comité, radicales y conservadores que habían dado el salto al poder cuando llegó Perón y que abrazaron la causa del 17 de Octubre sin comprenderla, sin sentirla y sin pelearla. Ellos ocuparon todos los puestos políticos, mientras nosotros seguíamos abajo, en el pueblo.

—Pero ustedes también se presentaron como candidatos a Diputados en febrero de 1946...

—No me diga "ustedes". Armando hace 20 años era sólo un hincha de Boca; hoy es presidente de Boca. Hay una gran diferencia entre el hincha que va a quemar un tablón o a tirar botellas y el que dirige el club. Por eso yo me hago responsable únicamente de lo actuado desde el 53 en adelante.

—¿Entre esas actuaciones se cuenta el patrullaje en jeeps de aliancistas armados, durante los días previos al derrocamiento de Perón?

—Efectivamente. Pero no salimos a defender al peronismo sino a atacar a la Unión Democrática que volvía al poder, mientras los del comité abandonaban los ficheros partidarios y se llevaban los sillones Luis XV, las heladeras y las vajillas...

Después de la caída del peronismo, Kelly fue varias veces a la cárcel. En una de ellas lo encerraron en una jaula especialmente construida en Ushuaia por obreros chilenos de la base naval, donde debió permanecer 77 días. "Hice huelga de hambre —recuerda— hasta que vinieron a verme el juez y el fiscal. En esa misma cárcel, durante los años 30, mi padre, que era médico del pueblo, protestó por el mal trato que se daba a los presos políticos."

En todos esos avatares, Kelly también debió sobrevivir en otros países: "En Venezuela ejercí la psiquiatría; puse un consultorio y fingí que era profesional. En Chile fui sacerdote y una vez tuve que dormir encerrado en un nicho de cementerio. También crucé una frontera (de Haití a Santo Domingo) en el baúl de un automóvil".

—Lo que se llama "un hombre de acción".

—Sí, claro, no nací atrofiado... Yo soy de Leo, el signo del rey de la selva, del fuego, del líder nato que siempre está en la lucha. Pero, ojo, que soy un hombre de acción con ideas, no por la acción misma.

—¿Y de qué vive?

—Esa es una pregunta policial, pero lo mismo se la voy a contestar: no vivo de la militancia, sino para la militancia. ¿Está claro?

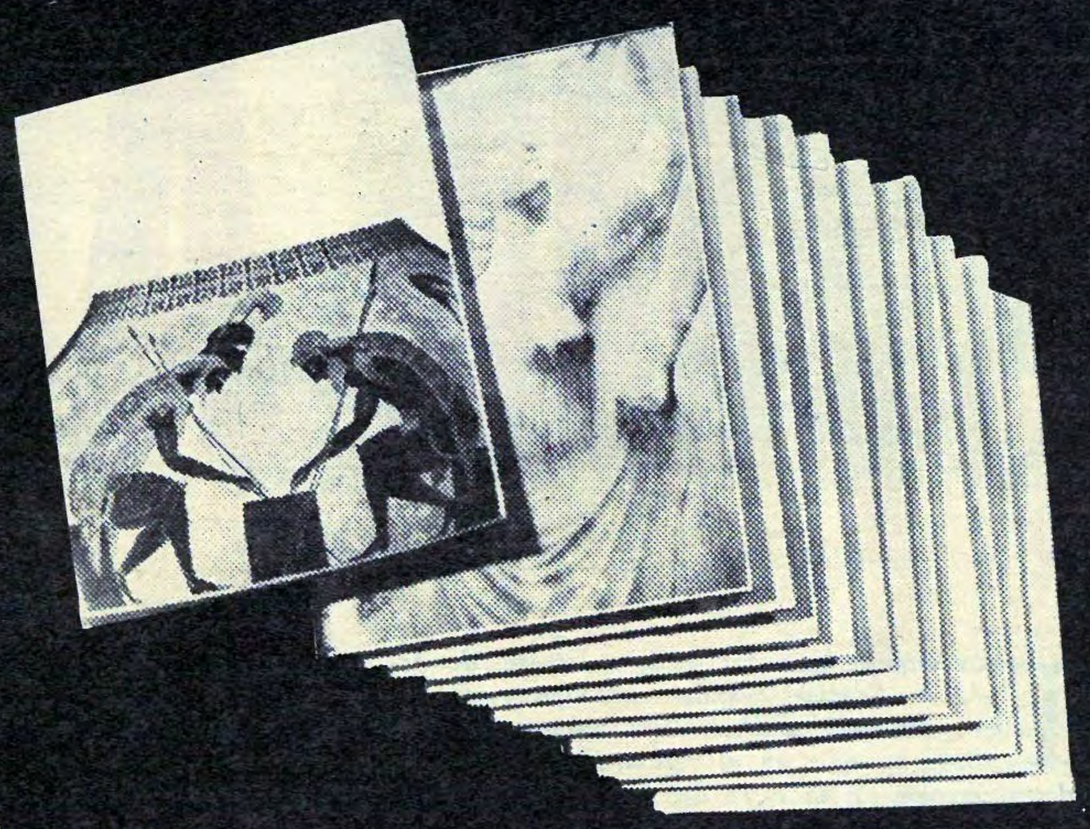
Kelly hizo ronronear el motor de su Fiat 1500, invitó a subir a uno de sus amigos y aceleró mientras se despedía. En el asiento de atrás llevaba pruebas de galera de un periódico, una valijita y casi 10 años de encierro, con procesos aún inconclusos. Seguramente no imaginó la agitada vida que lo esperaba cuando adhirió a la Alianza, en 1943, pocos años después de haber egresado del Colegio Lasalle.

El viejo comando de la Alianza Libertadora Nacionalista, de la calle San Martín, ya no existe más. En 1955, también un 21 de setiembre, un tanque Sherman lo derribó a cañonazos como si se tratara de una poderosa fortaleza medieval. Adentro ya no había nadie, porque sus 80 ocupantes lograron escapar por los techos un rato antes.

El edificio adyacente, La Helvética, era más histórico aún porque allí solía tomar café Bartolomé Mitre. Lo mismo fue destruido por los impresionantes bombazos que sobresaltaron esa madrugada a todo el vecindario. A partir de ese instante, la Alianza, como organismo, dejó de existir bajo los escombros. Y su espíritu se esfumó entre esas cenizas. ⊖

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CON ESTOS FASCICULOS



y en sólo 36 semanas forme

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO DE LAS ARTES

Singular

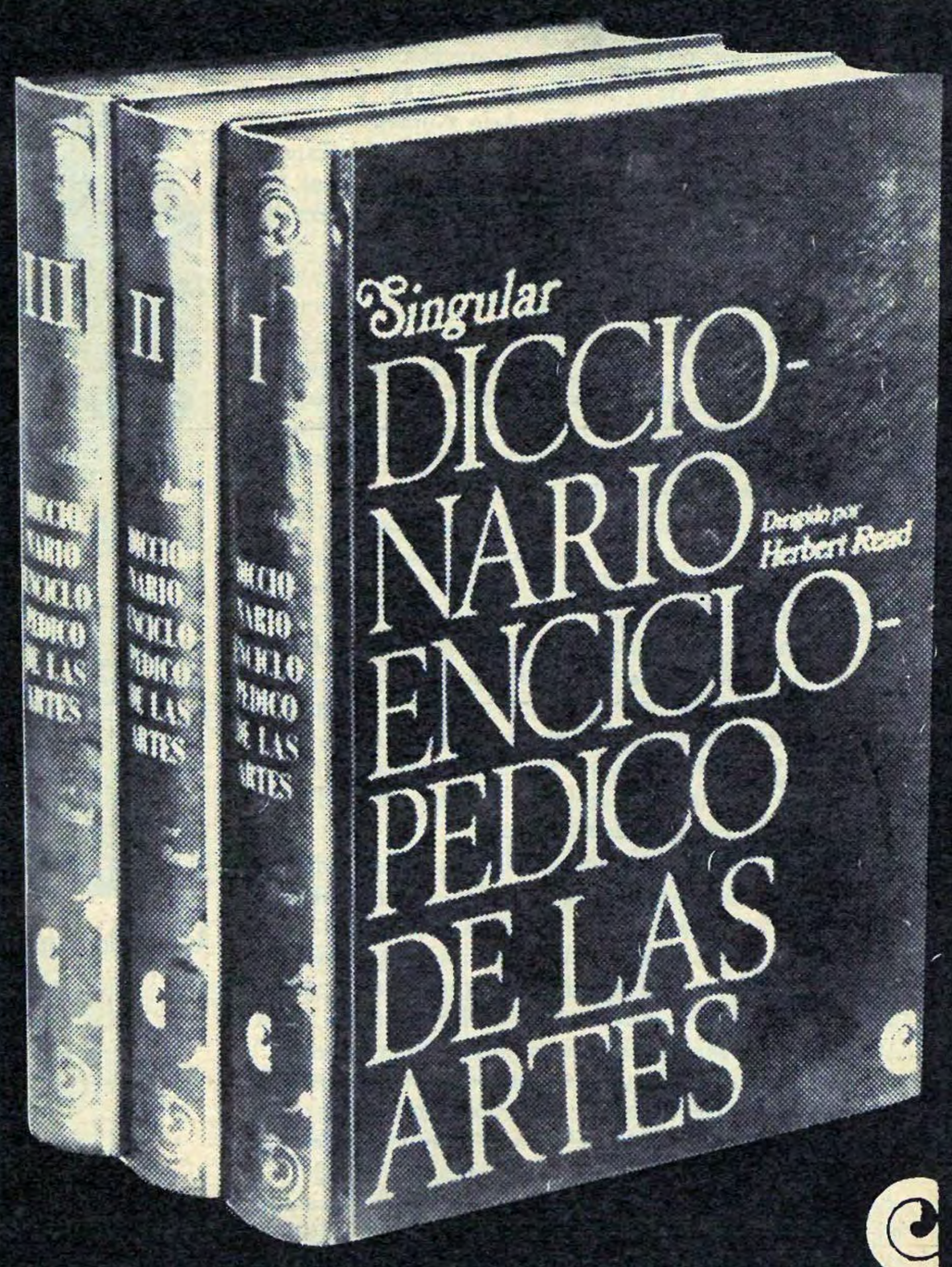
Todas las artes: **pintura, teatro, cine, fotografía, literatura, danza, escultura, música, arquitectura...**

Una importante obra de consulta ordenada alfabéticamente y lujosamente ilustrada.

Dirigida por Herbert Read

11.000 entradas. 1.400 páginas. 4.000 ilustraciones, 72 planchas a todo color.

Aparece los miércoles
Y siempre cada fascículo a sólo $ 150



COMPRELO

Importante:

La original presentación de estos fascículos - sin título ni número de tapa - permite formar con ellos **tres tomos** encuadernados, sin necesidad de arrancarles la tapa.

En pocos días se pondrán en venta las lujosas tapas duras forradas en tela plástica del tomo 1, que sirven para encuadernar los primeros 12 fascículos y para ir guardando esos fascículos hasta la aparición del Nº 12

Centro Editor de América Latina

más libros para más

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL RESTAURANTE DE ALICIA

por Juan Pablo López

Todo empezó hace dos años, en el Día de Acción de Gracias, cuando mi amiga y yo fuimos a visitarla a Alicia en el restaurante. Pero Alicia no vive en el restaurante, vive en la iglesia cercana, en la torre del campanario, con su esposo Ray y Facha, el perro. Como viven así, en la torre del campanario, y tienen todo ese espacio (porque sacaron los bancos de la iglesia), decidieron no sacar la basura afuera durante mucho tiempo.

Llegamos y encontramos allí toda la basura y pensamos que sería un gesto amistoso, de nuestra parte, llevar la basura hasta el vaciadero de la ciudad. Pues bien; llegamos allí y había un gran cartel con una cadena que decía: «Este vaciadero está cerrado por el Día de Acción de Gracias». Nunca habíamos oído antes de un vaciadero cerrado el Día de Acción de Gracias, y con lágrimas en los ojos nos alejamos en el auto hacia el Poniente, buscando otro sitio donde echar la basura...»

Con su estilo imaginativo, burlón, Arlo Guthrie sigue relatando, en este "blues hablado", cómo fue detenido por desorden, enjaulado en la prisión de Stockbridge, Massachusetts, y condenado por un Juez ciego, y de qué modo esta sentencia lo descalificó más tarde para el servicio militar. En la mezcla de ira, ultraje moral y humor absurdo que empapa la canción, miles de desilusionados jóvenes norteamericanos terminaron por reconocerse a sí mismos.

El restaurante de Alicia vendió 700.000 ejemplares y, a un año de su aparición, Arlo Guthrie —el hijo delgado y seráfico de Woodie Guthrie, el baladista de la década del 30— fue canonizado en el Festival Folklórico de Newport 1967 como un nuevo héroe popular.

Ahora, un lustro después de su aventura en Stockbridge, *El restaurante de Alicia* se ha convertido en un film significativo y exitoso. Arthur Penn, uno de los más reputados directores norteamericanos —a quien *Bonnie and Clyde* elevara a la fama internacional—, oyó en la canción algo más que ironía: oyó a toda una generación que denuncia el penoso absurdo de vivir en un mundo inhóspito para sus transparentes sueños de paz, fraternidad y libertad.

Vecinos de Stockbridge, Penn y su familia habían comido en el restaurante de Alicia, conocían el pueblo y hasta al comisario William Obanheim, el hombre que arrestó a Arlo. Los Penn habitaban junto a la ex iglesia episcopal en la que Alice y Ray Brock, luego de abandonar la vanguardista Escuela de Stockbridge, fueron los padres adoptivos de un manojo de adolescentes: miembros de la clase media, ellos, como tantos otros en los Estados Unidos, rechazan la abundancia, la guerra en Vietnam, la perspectiva de una existencia rutinaria y desahogada.

La obra de Penn se centra en la experiencia de Alice, Ray y sus discípulos por encontrar una alternativa que los reintegre a la sociedad. Como trata, con profundidad, los temas de la indiferencia juvenil y la confusión de los adultos, *El restaurante* es la mejor película de un ciclo que, en los últimos tiempos, cuestiona ciertos postulados básicos del "establishment".

Entre estos films hay que citar *Easy Rider*, un lírico ensayo de Dennis Hopper sobre dos drogadictos; *Medium Cool*, de Haskell Wexler, una especie de *Blow-Up* ambientada en la Convención Demócrata 1968 *; y *Putney Swope*, de Robert Downey, una sátira acabada



Arlo: "No estoy involucrado en el mundo exterior. Yo creo mi mundo."

Cinco años atrás, sin advertirlo, un tosco policía de Massachusetts desencadenó la fama del baladista Arlo Guthrie. Un film de Arthur Penn cuenta ahora esa historia, que es ya el misal de la juventud rebelde.

* Reunida en Chicago, en agosto de 1968, la Convención del Partido Demócrata suscitó desórdenes nunca vistos. El Intendente, Richard Dailey, dio orden a la Policía de tirar contra quienes se propusieran interferir en las deliberaciones. Centenares de hippies y descontentos fueron castigados con dureza; no se salvaron, siquiera, los periodistas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar







sobre el consumo y la hipocresía racial, tanto blanca como negra, en los Estados Unidos.

Obras de este tipo —realizadas, financiadas o distribuidas por la conservadora industria cinematográfica, y a las que ensalzan la crítica y el público— son el testimonio de la creciente protesta y el escepticismo que se abaten sobre ideas que Hollywood no se hubiese atrevido a poner en duda dos años atrás. "Las películas de hoy —asevera Penn— deben ser inconformistas, atacar los principios y las tradiciones. En rigor de verdad, ¿quién puede, en las actuales circunstancias, respetar las convenciones y expresar algo?"

El restaurante de Alicia confirma la opinión de Penn (47 años) y del productor Hillard Elkins: hay una audiencia enorme para el cine irreverente. *Alicia*, que costó apenas 2 millones de dólares, ya ha recuperado la cuarta parte en un mes; se exhibe en dos salas de Nueva York, para atender a las hordas de adolescentes dispuestos a pagar 3 dólares (un precio altísimo, el doble de lo normal) con tal de ver a Arlo Guthrie encarnándose a sí mismo.

Arlo no es el máximo cantor de su género ("Lo hago tan mal como Woody", sostiene), ni el letrista y compositor más inspirado, ni, mucho menos, un actor valioso. En realidad, no sabe actuar; pero su ingenio a la sordina y su cólera sobreentendida, su vida espontánea y sin ataduras, lo han erigido en algo más que un vocero o un líder: en la corporización de lo que se ha dado en llamar la "generación de Woodstock" (por el festival de música que allí se realiza).

"Arlo tiene los mismos problemas que nosotros —confiesa Ron Kowalke, de Chicago, mientras espera su turno para ver *Alicia* por segunda vez—. Él también es criticado porque lleva el pelo largo, él también quiere descubrir adónde va." Danny Weiss, de 17 años, enfundado en su campera y sus pantalones de corderoy, explica: "En este país, las cosas han llegado a tal punto farsesco que o uno se ríe o enloquece. Arlo opta por lo más sensato: se ríe".

Es, quizá, su extrema naturalidad lo que atrae en Arlo Guthrie, el motor de su carisma. Con el dinero que le llueve por sus discos (el álbum de *Alicia* cosechó 100.000 dólares; uno nuevo, el tercero, *Running Down the Road*, sale a la venta esta semana) ha logrado consolidar sus sueños de libertad.

Vive en una extensión de 106 hectáreas pobladas de bosques, lagos y prados silvestres, en el recluido villorrio de Washington, Massachusetts. Una casa de huéspedes, construida con madera, aguarda a los camaradas que lo visitan sin cesar. Arlo ocupa una segunda casa, más vasta, con su novia Jackie Hyde, 24, a la que conoció en el café Troubador de Los Angeles y con quien se casará pronto.

—El matrimonio es conveniente, evita líos. Sin embargo, no estoy demasiado tranquilo con la idea. Pero, ¿qué quiere que haga? ¿Que dé saltos?

Arlo y sus amigos han forjado un mundo de contradicciones tan extraño como la vida en otro planeta. Fríos ante los grandes acontecimientos, se trasmiten informaciones sobre bodas o nacimientos con absoluta indolencia. Pero inventan y bordan fantasías con júbilo infantil: la visión de un atajo a la China perforado en el suelo o el puercoespín gigante que dispara sus púas contra la ciudad. Sienten fascinación por las máquinas, los juguetes a cuerda.

Arlo baja la vista para observar sus negras botas de pescador. Le resulta difícil mirar a los ojos: es tímido y el diálogo abierto de una entrevista viola su estricto sentido de la vida privada.

—Sé por qué escribo canciones, pero no se lo diré.

—¿Cuál es la razón?

—Porque no tengo ganas.

Frutos de la Era McLuhan, él y sus conmilitones renuncian a muchas seguridades burguesas —prefieren el fuego del hogar a la calefacción—, pero no se privan de ciertos objetos no menos burgueses: el aparato de televisión encabeza, por ejemplo, su lista de imprescindibles. En ningún sentido son uniformes acerca de sus hábitos de lectura; entre los libros favoritos de Arlo figuran la Biblia, el I Ching, el Bhagavad-Gita y Lao Tsé, mientras las revistas de historietas inundan los cuartos de huéspedes. No lee novelas porque "no hay tiempo y no me interesan".

Nace una estrella

Como sus amigos, habla poco. Con frecuencia, un "Hola, ¿que tal?" precede a un largo silencio. Ocho o diez de ellos comparten la mesa del comedor, durante horas, sin intercambiar una sola palabra. "¿Y si vamos el fin de semana al Martha's Vineyard [un balneario]?", pregunta alguien. "No", responde Arlo, o cualquiera, y la conversación muere allí.

—No hablamos sobre bueyes perdidos —señala Arlo—. Nos limitamos a mirar hacia afuera. Nos comunicamos por una especie de ósmosis. Esto tiene relación con la experiencia compartida. No veo por qué los adolescentes de hoy necesitan hablar: ven los mismos programas de televisión, las mismas películas, van a escuelas que se parecen bastante . . .

Sin embargo, se valen de un argot limitado. Con todo, Arlo no es demasiado representativo de su generación. El público le paga por sus fantasías: un viaje en motocicleta al borde de un acantilado ("No quiero morir roto / sólo quiero andar en mi moto") o una surrealista visita al Centro de Reclutamiento de Nueva York. Días atrás regresó a su casa de Washington con dos bolsas que contenían 500 dólares en monedas de 25 centavos: eran para sufragar un depósito exigido por la compañía telefónica, que desconfía de los jóvenes melenudos, y pensó que hacía un favor a esa empresa llevándole cambio.

Su cosmovisión es igualmente ingenua:

—¿Qué ocurriría si nosotros, los monstruos, nos cortáramos el pelo y nos vistiéramos con trajes azules? Nadie sabría a quién odiar, a quién detener.

Tampoco le interesa la política.

—Todos los sistemas están muriendo. Finalmente llegará un día en que no habrá más intolerancia, ni codicia, ni guerra. El camino es la paz. Y la paz no se busca, se usa. Dentro de veinte años todo esto habrá terminado, porque los hombres aprenderán que consiguen más cosas cuando están juntos que cuando están separados por la avaricia. No bien se den cuenta de esto tendremos la sorpresa de la Historia. Pero, cuidado: a mí no me interesa convertir a nadie. Es la realidad la que convierte a los seres humanos y mis canciones versan sobre la realidad.

No es casual que Arlo Davy Guthrie sea el juglar de los disidentes. En plena Depresión, Woody, su padre, surcó el país exaltando el espíritu de sus habitantes en canciones que ya pertenecen al acervo folklórico *(This Land is My Land, Pastures of Plenty, Tom Joad)*. En 1947, cuando nació Arlo, él y su esposa, Marjorie, se mudaron a Coney Island, cerca de Nueva York; por su casa junto a la playa desfilaban las luminarias del folklore, de Pete Seeger a Jack Elliot. Marjorie —que bailó con Martha Graham y mantuvo a Arlo y a los hermanos menores, Joady y Nora, con su sueldo de profesora de danza— le enseñó a Arlo a tocar la guitarra.

Es que Woody "se fue desvaneciendo lentamente hasta desaparecer del escenario", en 1967, víctima del Mal de Huntington, una enfermedad nerviosa, incurable y fatal. (La dolencia es hereditaria, y Arlo afronta una posibilidad del 50 por ciento de pasar su adultez como Woody, en un lecho de hospital.) No obstante, padre e hijo mantuvieron una estrecha relación.

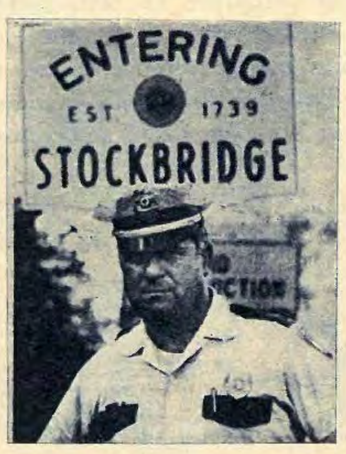
—Ibamos al hospital todas las semanas —recuerda Marjorie, que ha trasmitido a Arlo su nariz afilada y su sonrisa de ardilla—. Cada visita era una fiesta. Llevábamos música y comida, jugábamos con Woody. Desde el comienzo, un lazo espiritual unió a Woody con Arlo. Escuchaban música, aún después que Woody ya no pudo hablar: ése era el vínculo común. Nunca dejé de contar a mis chicos los triunfos y aventuras de Woody, porque tenerlo presente me ayudaba a tener unida a la familia.

—Papá estaba en casa con nosotros aunque estuviera en el hospital —añade Arlo—. Y todavía está en casa. Además, ¿quién puede establecer dónde comienza alguien o dónde termina?

Arlo empieza a componer mientras cursa los estudios secundarios. "Solía escribir de noche, tarde, y temprano por la mañana —evoca Marjorie—. Cualquiera fuese la hora, bajaba corriendo las escaleras, gritando: «Eh, mamá, escucha esto». Su primera canción era una parodia de la famosa pieza de Woody: *So Long, It's Been Good to Know You*, pero en lugar de referirse al Oeste norteamericano aludía a un examen de Matemáticas". Siete años después, Arlo rescata los "blues hablados" de su padre y les imprime, con *El restaurante de Alicia*, un sello particular.

Marjorie no puede atender a sus chicos y velar por Woody, de modo que Arlo va a la Escuela de Stockbridge, donde conoce a Ray Brock, que enseña escultura, y a la bibliotecaria, Alicia. Luego intenta perfeccionarse en la Universidad de Rocky Mountain (en Billings, estado de Montana). "No quería que Arlo fuese allí —dice Marjorie—. ¿Quién iba a aceptarlo como alumno? Sólo una Facultad mediana, sin prestigio. De todos modos, le hice las valijas y pregunté para mis adentros: ¿Cuánto durará?" Seis semanas.

Nada se opuso, entonces, a que Arlo desarrollara su capacidad artística. Bob Dylan dominaba los espectáculos de rock, y el agente de Arlo, Harold Leventhal —que había desempeñado las mismas funciones con Woody—, se lanza a introducirlo en pequeños cafés, sin fijarse en lo que cobra, sólo para que redondee su



Obanheim, el comisario: Adiós al fascismo.



Director Penn: El cine inconformista es el único posible.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Alicia (izq.) y Pat Quinn, su intérprete en el film: "Un psicodrama que ningún millonario podría permitirse."

estilo. "Hace tres años, en un local de Filadelfia —declara Leventhal—, le escuché *El restaurante de Alicia* y comprendí que Arlo era ya un artista."

En el otoño de 1966, Arlo estrena su obra en el café Gaslight del Greenwich Village, el barrio bohemio de Nueva York. Es el delirio.

—Los muchachos traían sus grabadores para registrar la canción —memora Leventhal—. Una emisora de radio sostenida por el vecindario también grabó *El restaurante* y se largó a difundirla para reunir fondos. Las editoras de discos demostraron un súbito interés y el Festival de Newport, en 1967, coronó esa ola de suceso. Hoy, Arlo recibe 6.000 dólares por concierto; para protegerlo e impedir que el medio ambiente lo devore vivo, rechazo los programas de televisión y limito las actuaciones de Arlo a 25 ó 30 recitales al año. Yo aconsejo y él consiente.

Arlo Guthrie consiente en que Leventhal autorice sus gastos más allá de los 50 dólares. "Es sorprendente su personalidad —agrega—. Se debate entre una libertad anárquica y la disciplina de un actor de segundo orden. Jamás falta a un concierto o llega tarde a una cita. No es una *prima donna*". Arlo explica: "Mi libertad no significaría nada si yo no soportara algunas restricciones. ¿Cómo puede existir la libertad sin limitación?"

Cuando Arthur Penn decidió filmar *Alicia*, el deseo de Arlo de "mantener alejado mi *ego*" se transformó en un mayúsculo problema de dirección.

—Lo irritante era su pasividad —cuenta Penn, ahora dedicado a su próxima película, *Little Big Man*—. Yo trataba continuamente de inyectarle dinamismo. Nuestras conversaciones parecían diálogos de sordos. ¿Qué harías en esta escena?, le preguntaba. "Hacerla". ¿Cómo? "Mirando". En una escena en que debía expresar ira, adoptó una actitud tan blanda que Jimmy Broderick, que hacía el papel de Ray, le apretó la mano con fuerza, para que se concentrara.

Su paciencia dio resultado: el trabajo de Arlo es conmovedor y gracioso. Penn incluyó a varios aficionados en su elenco. La verdadera Alice fue extra en una película que dramatiza la violenta disolución de su matrimonio con Ray (ambos están divorciados). Se encontraba en Boston cuando Penn le ofreció cooperar. "Pensé que éste era un psicodrama que ningún millonario podría darse el lujo de realizar y acepté", consigna Alicia (28 años). No sólo para ella fue un psicodrama; también para el comisario Obanheim y los adolescentes de la ex iglesia y hasta para el propio Arlo, quienes trasladaron su vida al celuloide. El equilibrio estuvo a cargo de los profesionales Broderick y Pat Quinn (Alicia).

Esta combinación de fantasía y realidad hubiera sido por sí misma una película, un *Rashomon* con argumento de Pirandello. "La semana en que Arthur rodó mi casamiento con Ray —dice Alicia—, nos separamos. Pasé toda la filmación reaccionando como si estuviera loca, llorando y riendo. Huí varias veces delante de la cámara y le pegué a Jimmy Broderick como si fuese Ray. Y Ray entró en un bar donde estaba Pat y trató de seducirla, como si fuese yo."

Ray no fue el único en confundir a Alicia Brock y a Pat Quinn. Su antigua esposa añade:

—Arthur llamaba a Alice y respondía yo en lugar de Pat. Después de un tiempo, para evitar errores, me pusieron La Verdadera Alicia, y a Pat, La Otra. Debe ser terrible para un artista actuar mientras el personaje a quien interpreta observa y critica.

"Ray también me vigilaba —expone Broderick—. No me sacaba los ojos de encima. Pero no aprendí quién era Ray hablando con él sino mirando cómo los adolescentes reaccionaban ante mí, con toda la emoción que un muchacho siente por el héroe popular. A menudo me interpelaban: «¿Cómo es posible que usted encarne a Ray?» Él cambió mi vida."

Penn ha captado con lucidez las relaciones entre Ray, Alicia y los discípulos. "Querían integrar una familia —arguye el director—. Y fue una benigna familia la que crearon. Una familia terapéutica, basada en su concepto de cómo debe ser una familia. Los chicos volvían hacia atrás, rehacían su vida desde el principio, elaboraban nuevas formas de convivencia entre padres e hijos."

Si todos los hombres . . .

El film sirvió para investigar por qué esa comunidad ideal terminó por desintegrarse.

—Nos encontramos, de pronto, discutiendo cosas que debimos arreglar hace tres años —admite Alicia—. Por ejemplo: en una escena, Ray y los chicos van a nadar mientras Alicia se queda en el restaurante. En esa época yo trabajaba diecisiete horas por día en el restaurante y les preparaba sandwiches para que ellos comieran en la playa. Después que se rodó esa parte, los muchachos vinieron a disculparse: "Nunca advertimos que la pasabas tan mal".

Alicia vive ahora en una propiedad de 200 hectáreas, en las afueras de Stockbridge. La editorial Random publicará en breve *El Libro de Cocina del Restaurante de Alicia* y ella proyecta abrir una cadena de restaurantes —que utilizarían sus recetas— en Nueva York, Boston y Los Angeles. No se arrepiente de haber dejado su papel a Pat Quinn.

Tampoco se arrepiente Obanheim de lo contrario. ¿Por qué se prestó a aparecer en el film?

—Si alguien iba a tomarme el pelo, mejor era que lo hiciera yo —aclara *Obie*—. Y esa experiencia me permitió conocer más a fondo a los muchachos. Antes, los detestaba. Pero me di cuenta de que no sabía nada de ellos, que son buenos y educados.

El testimonio de Alice es coincidente:

—Cuando Obie arrestó a Arlo por desorden, era un verdadero fascista. Una vez entré en un bar con Billy Russell, un joven melenudo. Obie se acercó a nosotros y me preguntó, bromeando: "¿Quién es esa señorita que está con usted?" Durante el rodaje, en un descanso, Billy y yo fuimos al mismo bar y algunos parroquianos se burlaron de él. Obie tomó a uno de las solapas y le gritó: "Este joven es amigo mío. Si le molesta su pelo largo es porque usted es calvo". La película nos hizo descubrir que todos somos seres humanos, más allá de las jinetas o el cabello.

A Penn le sirvió para tomar contacto con una generación que no considera perdida. "No se alejan de la sociedad —dice Penn de los muchachos de Stockbridge, que se ganan la vida como carpinteros, artesanos, albañiles—. Emplean su disgusto de una manera constructiva. Su respuesta a Vietnam y a la fealdad que los rodea ha sido una sola: «Hagamos algo bonito». Pertenecen a los Estados Unidos, no encajan en ningún otro sitio. Que sigan entre nosotros, pese a que no los dejan ser fieles a su sentido de la honestidad, es una falla del país.

Arlo es quizá más sucinto:

—No estoy involucrado en el mundo exterior. Yo creo mi mundo. Me quedo con mis amigos. Estamos en el mismo bote y no pensamos abandonarlo. Es bueno ser el guardián del prójimo, pero primero hay que aprender a cuidarse uno mismo.

El restaurante de Alicia concluye amargamente: Arlo Guthrie se aleja, sin una dirección concreta; Alicia, ni joven ni vieja, permanece sola frente a la iglesia. La utopía de Ray se ha desmoronado. Quizá el éxito musical de Arlo Guthrie lo ayude a materializar su sueño pastoral de independencia, cuyas raíces alimentaron Thoreau, Emerson, Whitman.

Pero, ¿qué será de los demás adolescentes, que tarde o temprano habrán de capitular ante las exigencias de la economía? ¿Qué será de las Alicias y los Ray, los hombres y mujeres de treinta años que también han emprendido la búsqueda de una nueva vida? ¿Y qué será, en fin, de esta maravillosa nación, dividida hoy entre los Arlo Guthrie y aquellos que temen a sus hijos y quieren defender sus valores contra viento y marea? Haber suscitado estos interrogantes es otro de los méritos del film. ⊖

Elaborado con informes de Newsweek.



Una escena de "El restaurante": Arlo (con sombrero) en el Centro de Reclutamiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



SEÑORAS y SEÑORES

de EDITORIAL PRIMERA PLANA S. R. L.

Con todo lo que usted ya estaba extrañando: la mejor información, la crítica más aguda, el comentario más ameno sobre Artes, Espectáculos, Libros y Autores, Vida Moderna, Gente Joven, High Life, Ciencia y Técnica, Extravagario, Deportes y mucho, mucho más.

SEÑORAS y SEÑORES

TODOS LOS VIERNES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EN LAS CINTAS

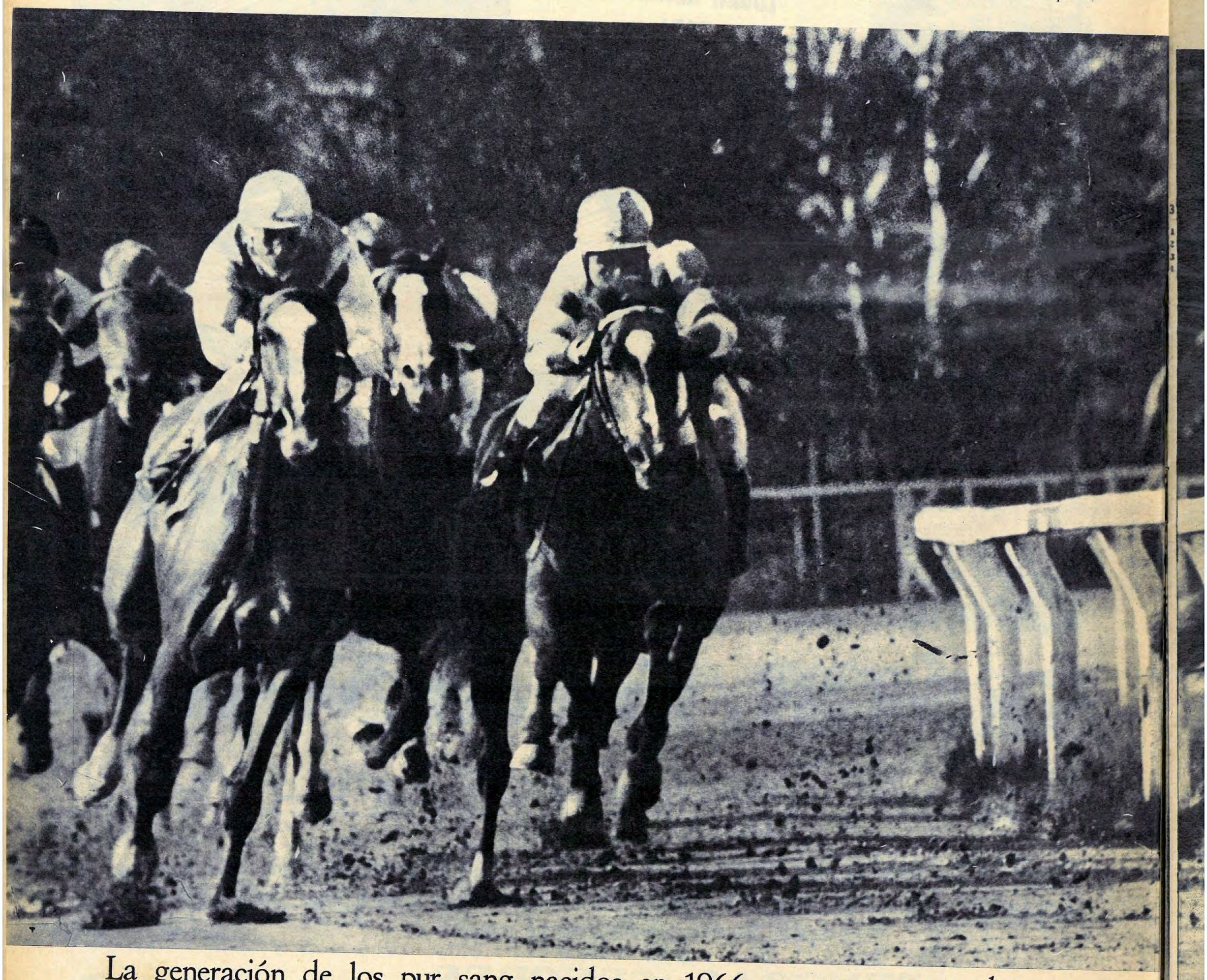
En un potrero del haras, junto a una de las esquinas, un grupo de potrillos se amontona, juega, muerde unas matas de pasto. De pronto, uno dispara; todos lo siguen, sin saber por qué: tal vez impulsados por esa sangre propulsora que es, casi, un estimulante biológico. El líder cruza el potrero en diagonal y frena, cuando el alambrado detiene sus impulsos; llega el resto y se aquieta ese juego inconsciente, que tomará vida cuando otro ansioso inicie el nuevo galope, aceptado por todos. Son los *pur sang*, los caballos de carrera: una raza que captura a diletantes, a fanáticos, a entendidos; el centro de un espectáculo y una pasión mundial; el eje de un comercio millonario; el principado de la velocidad.

En un caballo pura sangre de carrera, el tercer año es el fundamental de su vida. Para uniformar las edades, todos los cumplen el 1º de julio; se encasilla, así, a los productos que nacieron en la misma temporada. Actualmente, es la generación de 1966 la que —con fundada razón— absorbe todas las discusiones; el domingo 5 de octubre próximo, el Gran Premio Nacional será una pauta más para acercarse a una ilusión que, extrañamente, atrapa a esta actividad demasiado ligada al juego por dinero: señalar al crack del año. Los entendidos coinciden en su juicio: "Son pocos los pronósticos que se pueden hacer, todavía: esta generación es buena, sin dudas, y tan pareja como para que cualquier definición sea apresurada".

Como en todos los casos, todo comenzó en los haras. Allí se realizan las primeras selecciones; los criadores deben establecer fundamentos lógicos para lograr apareos eficaces. Importan, y mucho, los antecedentes de sangre que ofrecen los padrillos y las yeguas, sus performances en las pistas, sus físicos. En cuanto a este último factor, si bien es innegable advertir excepciones, la experiencia indica que los *stayers* poseen físicos grandes, mientras que los veloces son más pequeños. Los casos de Gobernado —menudo, cabezón, definitivamente feo y gran galopador— o de Make Money —grandote y excepcionalmente veloz— sólo importan como antirreglas de lo habitual.

Cuando aún no cumplió dos años, el producto ya tiene su box individual; se acerca la fecha de las ventas y las potrancas o potrillos, todavía potros, deben presentar, ese día, un aspecto encantador. La primavera es la estación del turf; en el primer domingo de octubre se corre el Nacional y, el día siguiente, los nuevos ejemplares alborotan al tattersall de Palermo, sede de las ventas, así denominado en homenaje a Richard Tattersall, el primer vendedor de caballos en Inglaterra.

Anualmente llegan al tattersall unos dos mil caballos —no todos se venden; algunos se reservan, otros ya han sido comprometidos particularmente—, que generan una puja de fantásticos resultados: en 1968 se vendieron 1.919, por un valor de 2.414.535.000 pesos. Este es, al fin, otro proceso de selección, que precede al final; al que puede sostener discusiones, pero es inexcusable: las pistas. Adolfo Bullrich y Cía. tiene a su cargo, desde siempre, la subasta. Algunos ejemplares son adquiridos por instituciones o compradores del interior, de otros países,



La generación de los pur sang nacidos en 1966 se apresta a revelar al crack de este año. El domingo próximo, en el Gran Premio, competirán los mejores productos de una industria peligrosa y apasionante.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DEL NACIONAL

por Jorge Llistosella

y quedan al margen de la actividad local. Pero no todos los que serán trasladados a Palermo, San Isidro o La Plata pueden acceder a las principales carreras del año próximo: el Jockey Club abre, sobre el final de la temporada, su *carta clásica*; solamente los caballos inscriptos en ella podrán ser presentados en los clásicos. En 1969 fueron 2.280 los que tuvieron esa posibilidad.

El 20 del actual, en San Isidro, murió Galopón, por un cólico cerrado (sin evacuación), con un cuadro peritoneal. Fue vendido en 1967; era hijo de Magabit y Gran Corrida; por él se pagó muy poco dinero: sus antecedentes le otorgaban escaso crédito. Sin embargo, Galopón fue el mejor ejemplar platense, a pesar de los desatinos que se cometieron con él; se lo llevó, sin pausa, de 1.400 a 2.000 metros, aprovechando su nobleza; corría constantemente, en 1968, y pasó por las manos de cuatro cuidadores. La campaña de Galopón debió remitirse a su medio —La Plata—, porque aquella desconfianza inicial de su comprador impidió que fuese anotado en la *carta clásica*. Esta limitación



El aras, las yeguas y sus crías. Una paz que se transformará en vértigo.



Cuádruple corona

Año	Ganador
1902	Pippermint
1904	Old Man
1917	Botafogo
1922	Rico
1931	Mineral
1940	La Mission
1951	Yatasto
1958	Manantial
1966	Forli

Triple corona

Año	Ganador
1902	Pippermint
1904	Old Man
1906	Melgarejo
1908	Chopp
1917	Botafogo
1922	Rico
1930	Sierra Balcarce
1931	Mineral
1938	Sorteado
1939	Embrujo
1940	La Mission
1951	Yatasto
1955	Tatán
1958	Manantial
1964	Gobernado
1966	Forli

tiene sus fundamentos: los hipódromos de Palermo y San Isidro son administrados por el Jockey Club, mientras que el de La Plata pertenece a la Dirección Provincial de Hipódromos: una distinción que conduce a esta desarmonía burocrática.

Los productos se venden mansos de abajo, sin haber sido montados; la doma, cuanto más lenta, mejor. El trámite tiene sus bemoles, y el domador comienza por un manoseo que informa al caballo de la presencia del hombre; se lo cincha; sale de tiro; le colocan el freno, para ablandarlo de boca (el caballo no sabe, aún, que debe frenar, al ser tironeado, o doblar en el sentido de la rienda más tensa); luego se lo monta, ya sedado, y aprende a galopar. Esta adecuación se realiza en los studs, en los *bastones* de San Isidro —una especie de picadero—, o en el lugar que el domador prefiera.

Se inicia, entonces, el training efectivo; con los escasos elementos que poseen, hasta ese instante, los cuidadores deberán observar, interpretar y decidir la adaptabilidad del recién llegado a las variadas distancias. Tras esa discriminación surgirán los ligeros, los fondistas, los milleros.

Campana de largada

El primer sábado de enero se abre la actividad turfística; una modificación a esta constante puede ocurrir si el 6 precede al sábado inicial: el día de Reyes hay carreras. San Isidro es el escenario exclusivo durante un trimestre; el Estado obliga al Jockey Club a realizar treinta reuniones anuales en este hipódromo tan estupendo como deficitario: posee dos pistas, aquella en la que se corre y la de ensayos; su mantenimiento es muy costoso; su ubicación —alejada de Buenos Aires— obstaculiza el acceso del público y, consecuentemente, disminuye la venta de boletos.

En las primeras pruebas resulta casi imposible que se presenten los productos que fueron vendidos en el tattersall: están desarrollando el período de adaptación. Esas carreras quedan a disposición de los reservados por sus propios cuidadores, o a la de aquellos que fueron negociados en acuerdos particulares. En ambos casos, se trata de ejemplares precoces o de una apresurada acomodación al acto de correr, como consecuencia de un entrenamiento con claras ventajas temporales.

Es tradicional que los vencedores de las primeras carreras muestren una extraña velocidad, pero sean superados, meses después, por la superior clase de los que ingresan a las pistas con demora. Este año, empero, Martinet y La Sevillana deshicieron la constante: el potrillo y la potranca aparecieron entre los prematuros para consagrarse, más tarde, como dos de los mejores representantes de su generación.

A pesar de la novedad, la tradición no fue defraudada: Colossal, el triunfador de la primera carrera del año para potrillos, sobre 800 metros, fue víctima de un entrenamiento sobrecargado de exigencias por su cuidador, Alfonso Salvati; su frágil físico no estaba en condiciones de soportarlas y se quebró un sesamoide, lesión que clausuró su campaña.

Cuando todos los productos de dos años ingresan en la cadencia de los vareos, las tendidas y los aprontes, aquellos buceadores que intentan el descubrimiento de los más capaces afilan sus cronómetros y pulen

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sus sentidos en las frías mañanas de ensayos. Es allí —dicen— donde se pudieron develar los progresos de Control y Practicante. Se equivocaron con el primero, pero ya habían detectado aptitudes en el futuro vencedor del Jockey Club.

Otros nombres destellaban, a esa altura, en la fugaz popularidad de alguna carrera ganada. Pero en la decantación de calidades sólo tres se fueron adosando al selecto grupo de los dotados: Snow Sporting, desahogado triunfador en su debut; Snow Cold, relegado por Practicante en dos carreras, aunque impuso su velocidad en otras dos; Pochito, un puntero alocado, que alguna vez pareció inalcanzable.

Los participantes ingresan en la recta

Los 1.609 metros de las Pollas tienen la atracción de enfrentar a los mejores representantes de la generación. Aquel que haya mostrado potenciales como para aspirar a su consagración, debe intentar la conquista del primer escalón en la triple corona: una serie heredada del turf inglés y que, en la Argentina, se integra con la Polla —de potrillos o de potrancas—, el Jockey Club y el Nacional. La cuádruple corona, una exageración autóctona, adiciona a la triple el Gran Premio Carlos Pellegrini (internacional), abierto para todas las edades.

Snow Cold, víctima de sus continuadas presentaciones, quedó fuera de la Polla de Potrillos, una carrera que en el año actual prometió mucho, y todo lo ofreció. Martinet salió a perseguir a Pochito desde el comienzo, no le permitió alejarse y, al desembocar en la recta final, se deslizó suavemente a su costado; las cargas de Practicante y Snow Sporting sólo fueron suficientes para alcanzar inofensivos segundo y tercer puestos.

Martinet no había especulado con ningún desarrollo favorable y, hasta ese instante, correspondía adjudicarle la condición del mejor. No fueron convincentes las lamentaciones de los hermanos Menditeguy, propietarios de Practicante: "Nuestro caballo vino muy lejos". Una simple apreciación del vigor con el que el vencedor y su escolta finalizaron el clásico, permitió a los cronistas especializados juzgar como incuestionable al orden de llegada. Martinet —un zaino de perfecta conformación y poderoso físico, con una mancha increíblemente blanca en su hocico— planteó, sin embargo, la incertidumbre sobre su capacidad para alcanzar distancias mayores con idéntico brío. Quienes hilan con detalle, notaron que su pedigree no ofrecía demasiadas seguridades; era inobjetable la línea paterna (es hijo del excelente El Centauro), pero su abuelo materno, Le Petit Prince, nunca alcanzó a seducir respecto de su descendencia.

Esta duda fue diseminándose y únicamente sumó expectativas, cuando setiembre aproximaba al Jockey Club como segunda instancia de la múltiple coronación, a la que sólo Martinet aspiraba: las potrancas resignaron esa chance; La Sevillana fue reservada para el Gran Premio Selección, a pesar de haberse impuesto en la Polla de su sexo. Esta atractiva zaina negra estaba nominada como la mejor potranca, aunque una insidiosa versión mencionó a su victoria en la Polla como una gentileza de Ilusionista, su compañera de caballeriza.

Los 2.000 metros del Jockey Club establecían esa diferencia que permite evaluar si un caballo tiene aliento para las carreras de fondo; era la incógnita que Martinet había abierto. No obstante, su favoritismo resultó desbordante: tuvo 10.852.900 boletos sobre un total jugado de 20.741.600. Julio y Carlos Menditeguy parecieron incapaces de transmitir fe a las masas: su caballo —Practicante— recibió poco apoyo en las apuestas y, con 2.137.500 boletos, fue desplazado al cuarto puesto en los favores previos.



Se larga la Polla de Potrillos. Martinet se anuncia como crack.

Pochito no fue presentado ante la certeza de que dos kilómetros excedían sus posibilidades. Adolfo Sánchez Cáceda, el jockey peruano que condujo a Martinet, lo hizo tomar la punta, ya sin resistencias y con el leve asedio de Bluff Albertito. Martinet fue decidida, aunque parsimoniosamente, en busca del disco. Sobre la recta final, resistió los avances de Snow Sporting y Bluff Albertito, pero cuando apareció Practicante, lanzado por Eduardo Jara, la imagen del supuesto crack se evaporó. Quienes aún creían en él, recordaron que el 10 de mayo, en el premio Raúl y Raúl E. Chevalier, habían visto quebrar la línea de Martinet por el tordillo Maltrato; también lo vieron recuperarse entonces, luchar y ganar aquella carrera de 1.400 metros.

Estos 2.000 metros cambiaron todo; Practicante pasó y no fue necesario una nueva explicación de sus dueños, a pesar de que había iniciado su atropellada desde más atrás que en la Polla. Cuando se pronunció su carga, pareció imposible que, vista su alejada posición, llegara a descontar los metros que lo separaban de Martinet. En el kilómetro final, bajó los 58 segundos y su remate fue una terminante representación de superioridad.

No coincidió con esta estimación Arturo Juda, uno de los dueños de Martinet. Al contrario: creyó que la absoluta responsabilidad del revés era atribuible a Sánchez Cáceda y lo despidió, inmediatamente, como monta oficial de las caballerizas *Riqui* y *Los Cinco*. Es curioso que tanta severidad cayera sobre el jockey —un temperamental que no se destaca por su dominio— justamente luego de una carrera en la que debió comentarse su mesura para graduar, en la punta, el ritmo adecuado que necesitaba su caballo.

En caso de confirmarse el fallo

Todo hace pensar que los 2.500 metros del Nacional no harán sino aumentar las posibilidades de Practicante. Resultó imposible indagar la opinión de Carlos Menditeguy, quien, telefónicamente, alcanzó a suspirar: "Sinceramente, no sé si lo puedo recibir; dejé mi agenda en la oficina y no me acuerdo qué tengo que hacer esta tarde". Mayor claridad de ideas demostró poseer, junto a su hermano, cuando tuvieron el magnífico acierto de reservar —para su stud, *El Turf*— a los únicos tres productos de real valor que procreó el padrillo Pronto, también de su propiedad: Uruguayana, una sensacional veloz; Indian Chief, el mejor caballo de la generación de 1965; Practicante, la última esperanza. Pronto nació en 1958; es hijo de Timor, un padrillo francés importado por los Menditeguy durante el gobierno peronista, que posteriormente vendieron a Vicente A. E. *Cacho* Otero; corrió tres carreras —1.800, 2.800, 2.400 metros— e, invicto, fue destinado a la reproducción.

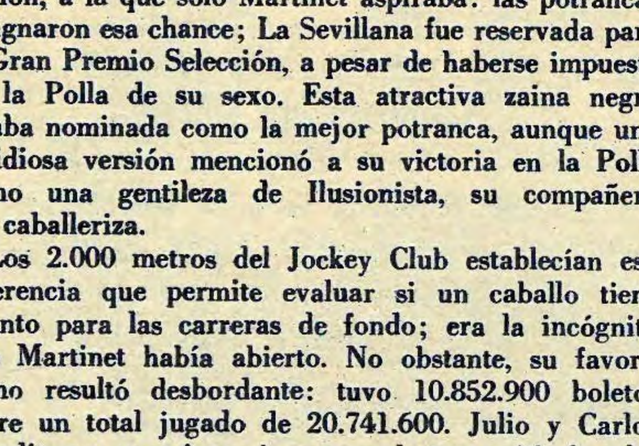


Jara, Practicante y Julio Menditeguy: El Nacional los aguarda.

Ya con nuevo jockey, Martinet pugnará por cobrarse un desquite, que aparece como improbable, ante Practicante. Otra monta, la posibilidad de una evolución y el segundo puesto en el Jockey Club son argumentos que no pueden ser pisoteados. Hacerlo, sería entregar a Practicante, sin lucha, todos los lauros. En cuanto a las potrancas, Lunation, segunda de La Sevillana en el Gran Premio Selección, parece ser la única hembra que enfrentará a los machos en el Nacional. Se acepta que no puede ser motivo de inquietud. Miguel Martínez de Hoz y su hijo, propietarios del haras y el stud *Comalal*, prefirieron que La Sevillana haga su tentativa mixta recién en el Carlos Pellegrini: por ahora se conforman con que la yegua acapare los clásicos de su sexo; no resulta una medida desatinada: ha cosechado 22.597.000 pesos al ganar seis carreras. Martinet, con igual número de victorias, sólo obtuvo 17.013.000 pesos; Practicante, luego de cuatro éxitos, incrementó la fortuna de los Menditeguy en 17.137.000 pesos.

El domingo próximo nuevas o reiteradas razones habrá para que el turf argentino se encandile con un astro de su elevage. Dos manos y dos patas veloces, impulsadas por una sangre que suspende los genes de la velocidad, volarán por la pista de Palermo. El Gran Premio Nacional tendrá dueño y la magnífica generación de 1966, su rey. ⊖

EL JOCKEY DEL BUEN HUMOR



ADOLFO Sánchez Cáceda es peruano (nació en Lima, veintinueve años atrás); es pequeño (mide 1m58, pesa 52 kilos); es casado (no tiene hijos); es un hombre educado (cursó totalmente sus estudios secundarios) y era el jockey oficial de las caballerizas Riqui *y* Los Cinco, *desde 1967.*

Montado en Martinet, se ubicó en los partidores, para descontar los dos kilómetros del Jockey Club con el presunto mejor tres años argentino. Llegó segundo. Dos días después, el cuidador Juan Lapistoy lo llamó: "Mire, los dueños del caballo han decidido cambiar de monta. Ahora les va a correr el uruguayo Sanguinetti. Créame que lo siento".

El rostro morocho de Sánchez Cáceda no se mosquea; al contrario, muestra sus dientes blancos e informa: "Nunca hablé con Arturo Juda (uno de los dueños de Martinet) luego de la carrera, ese mismo día, él viajó a los Estados Unidos. A Jorge Acevedo (el otro) tampoco lo vi más". En seguida, aclara: "¿Para qué me voy a enojar, o acusar a nadie?; esta es una profesión que da muchas vueltas y, a lo mejor, dentro de un tiempo vuelvo a correr para la misma gente". Poco después, no obstante, expresa su satisfacción por haberse desligado de compromisos fijos: su contrato había concluido en diciembre del año último, pero fue sostenido mediante un acuerdo verbal, hasta aquella ruptura que no encaró a las partes.

"No sé si Martinet es sólo un buen millero —ignora Sánchez Cáceda—; en el Jockey Club corrió bien hasta que faltaban trescientos metros para el disco. Cuando Practicante alcanzó, me quedé sin caballo: renunció y no luchó nada. Sí, le pegué, pero no hubo caso. La distancia parece ser la principal dificultad en Martinet; aunque, recordando su corrida en la distancia (2m 8s), uno no puede menos que pensar en que algo raro le pasaba. Desgraciadamente, los caballos no hablan, pero Martinet no era el mismo de la Polla de Potrillos."

Sánchez Cáceda dice haber cumplido, certeramente, el plan de carrera que le ordenara Lapistoy: "Me dijo que, si se hacía una carrera normal, podía salir en punta, pero que no peleara con nadie. Se dio así, porque todos corrieron para el segundo puesto, y le dieron todas las ventajas posibles a Martinet. Don Juan *estaba muy conforme con el desarrollo y no se mostró de acuerdo con mi desvinculación".*

Ahora, deberá optar entre dos caballos de La Plata —Snow Cold y Abaco— para alistarse en el Nacional y esperar una revancha espiritual que no confiesa: "Puede ser que Martinet dé una sorpresa, pero si ahora pudiese elegir entre él y Practicante, lo corro a éste. De todas maneras, los dos demostraron ser muy superiores al resto. Un tapado *puede aparecer, pero no pinta ninguno. La Sevillana podría darles un dolor de cabeza, en el Pellegrini. Una verdadera lástima es que Ilusionista haya terminado con lesiones musculares en la paleta y un poco durita de las patas, después del Selección. La veo como mejor yegua que La Sevillana y es cierto: a ésta le perdoné la vida en la Polla".*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

10

"Clack, clack:"

Estos sonidos se escuchan cada vez con más frecuencia en los televisores de Córdoba. No los emitimos desde nuestra planta transmisora; son los clack que produce el selector al girar hasta Canal 10 para sintonizar programas que llegan a una audiencia en constante aumento.

Por eso, si Ud. tiene decidida una inversión en la TV cordobesa, piense que Canal 10 le ofrece un costo por contacto que se reduce cada vez más.

Por otra parte, si Ud. contrata ahora en Canal 10 tendrá asegurada por un costo mínimo la gran audiencia que nos dará el nuevo y potente transmisor, ya en Córdoba, que instalaremos aceleradamente en las obras del Centro de Radio y Televisión en Barrio Marqués de Sobremonte.

Canal 10

Televisora Universidad de Córdoba.

Rivera Indarte 170, (Pasaje Muñoz), Piso 2, Tel. 96448, Córdoba
Agencia Comercial en Buenos Aires, Telecenter, Castex 3345, Tel. 72-9404

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

OTRA JUNTO

Cómo y dónde pasará sus fines de semana el porteño del año 2000: algunas ideas.

En la primavera del año 2000, una noche —que puede ser, si usted quiere, una noche como ésta, 30 de setiembre—, Miguel D., un porteño de 31 años, empleado de comercio, se reunió con su mujer y sus dos hijos en el Embarcadero Nº 8, situado en Núñez, y abordó un aliscafo de la línea Marcos Sastre, que lo condujo en 17 minutos al motel donde suele pasar sus dos días de descanso semanales, a orillas del Paraná de las Palmas.

—¿Me alquilarás un burrito, viejo? —soñó el varón, palmoteando de gozo.

—Yo quiero ver las fieras; me lo has prometido —recordó la muchachita.

—No empiecen a molestar: ¿no ven que está cansado? —intervino Irene.

Mientras el confortable bólido abría con decisión la negra cabellera del agua, el padre respiró ansiosamente, como para echar por los pulmones toda la carga nerviosa de una semana de trajín competitivo.

Llegaron a tiempo para ver un show de televisión. El motel no estaba demasiado lleno; Miguel alquiló un bungalow de dos dormitorios, con aire acondicionado; no necesitaba más: se proponía pasar todo el tiempo en la piscina, jugando con su mujer y los chicos.

El día siguiente amaneció nublado; su gente lo arrastró al estadio, donde había un buen programa de atletismo; y después del almuerzo, cuando se disponía a dormir la siesta, tuvo que acompañarlos al Parque y al paseo en burro. "No importa, me queda mañana", refunfuñó.

Tampoco pudo gozar del domingo: competiciones de remo, natación, viajes en lancha, todo se conjuraba para frustrar su descanso. Menos mal que esa noche pudo bailar una hora con Irene en un ruidoso lugar de diversión. En la madrugada, cuando volvieron al embarcadero, el buen hombre miró con envidia a los que recién empezaban su noche. "Alguna vez tendré que venir solo, tomar un sauna, pescar un rato; ¿pero cómo consigo un permiso en días de trabajo? ¿Y si mi mujer se entera?"

Sin embargo, los porteños del año 2000 ya no podrían prescindir de esa fuga semanal a los riachos del Delta, un sitio que los afiches de turismo, en todo el mundo, ponderan como "la Venecia argentina". Aunque no lo adviertan, ella los despeja, los relaja,

El Tigre hoy: Una historia de frustraciones.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CIUDAD AL RIO INMOVIL

por Roberto Maganik

Si los urbanistas se deciden a pensar en grande, se erigirá en el Delta un villorrio acuático, una Venecia argentina, consagrada al recreo y a los deportes.



Una nueva forma de vivir para la generación que llega.

los ayuda a quebrar la rutina. Les sale caro, pero es cuestión de status.

Hacía tiempo que los urbanistas extranjeros se ocupaban primordialmente de la necesidad de conservar espacios libres en las megalópolis modernas y de propiciar actividades recreativas para su hacinada y neurótica población. Sus colegas argentinos se estrellaron contra el conservatismo patológico que aún frustraba a la Argentina; finalmente, dos o tres personalidades imaginativas lograron —también en ese orden— incorporar su país a la inquietud creadora.

En todo el mundo, las ciudades dejaron de malgastar dinero demoliendo construcciones obsoletas para erigir en su lugar otras que envejecían con rápidez aún mayor: consagraban esos recursos, más bien, a preservar y ensanchar sus áreas verdes. El maravilloso ejemplo del Lake Front, en Chicago, repercutió muy pronto en Turín, que por aquellos años se brindaba un parque de 22 hectáreas. El nuevo centro de Hamburgo reservó un tercio de su espacio a jardines públicos. En Inglaterra se erigieron ciudades rigurosamente integradas en el paisaje. Sólo los porteños se empecinaban en someterse a lo que Le Corbusier llamó "el fétido abrazo de las ciudades".

La escuela de urbanistas sueca recomendaba agrupar en las ciudades satélites un centro administrativo, otro cívico, otro comercial, otro cultural. En cambio, en la planicie de Chicago se manifestó claramente la tendencia a consagrar cada satélite a una función determinada; por obra de esa influencia, la región urbana de Buenos Aires entró en el nuevo siglo con un cortejo de ciudades satélites especializadas: la atómica, construida alrededor de Atucha; la industrial, donde antaño surgían las tenebrosas chimeneas de Avellaneda y Lanús; la alimentaria, en La Matanza, y la recreativa en Deltópolis.

Hoy no imaginamos siquiera las dificultades que fueron necesario vencer, hacia 1970, para poner en marcha los trabajos, sacudir la incredulidad del público, la inercia de los funcionarios. ¿Una nueva ciudad junto al río que Eduardo Mallea se figuraba inmóvil? ¿Para qué serviría eso? ¿No había nada mejor para gastar dinero?

Un amarillento recorte de revista le contó a Miguel

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Deltópolis: Invitación a la Utopía

D. cómo había surgido la idea. La nota decía así:

A los 70 años, la *Vieja Julia*, como la llaman los vecinos, apenas subsiste cazando carpinchos o alojando a los nutrieros. Aunque sospecha que quizá lo único cierto sea la soledad, no se tiene lástima: en la isla Juncal, junto a la desembocadura del Paraná Bravo, donde vive, no hay tiempo para esas cosas.

Sin embargo, todos saben que no es sólo la violencia del ambiente —ni el paso del tiempo— lo que mortificó de arrugas su cara. "Fue un porteño que vino con su yate —explica un lanchero—. Estuvieron juntos una semana y al irse prometió pasarla a buscar. Hace más de cuarenta años; la *Vieja Julia* espera."

No es fortuito que la historia se haya convertido en leyenda: el Delta, un millón de hectáreas que tres provincias desgranan sobre el río, se parece a la amante abandonada. Una y otra vez llegaron los porteños; otras tantas dejaron de cumplir la promesa de arrancar a la zona de la soledad y el desamparo.

Quizá por eso, los lugareños miran de reojo el nuevo proyecto. Se trata de un estudio integral para el desarrollo del Delta bonaerense que el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires acaba de adjudicar a Latinoconsult, un consorcio privado italiano. Esta vez, a pesar de todo, es posible que la bendición remonte el río. No es que haya nacido una generosidad imprevista: Buenos Aires, al paso que lleva, corre el riesgo de ahogarse en su propio gigantismo.

El estudio iniciado por Latinoconsult hace algunas semanas (costo: 42 millones de pesos) abarca sólo uno de los tres ciclos previstos por el Gobierno provincial para el desarrollo del Delta. Se divide, a su vez, en dos etapas; la primera incluye la evaluación de los recursos naturales, económicos y humanos (energía, agua potable, promoción social, vivienda, comercialización, turismo). La segunda fase pretende establecer un diagrama de las prioridades y recomendaciones a corto y largo plazo.

Si bien existen razones jurisdiccionales que limitan el ámbito del trabajo al Delta bonaerense —unas 350 mil hectáreas; el resto se reparte entre las provincias de Santa Fe y Entre Ríos—, un técnico de la empresa estimó "que el 75 por ciento de las propuestas serán válidas para el conjunto".

Algo, al menos, puede adelantarse: "El Delta —aseguran— es una reserva turística de enormes posibilidades. Tanto que ya puede preverse la construcción de gigantescas instalaciones deportivas para la afluencia masiva de los fines de semana".

La propuesta merece no quedar instalada en la Utopía. Hace un mes, Louis Roure y Henri Lepage —especialistas de la misión de cooperación técnica de Francia, asesora del CONADE— dispararon la primera salva. "No conozco otra ciudad en el mundo que presente tantos problemas en materia de turismo urbano, y esté tan necesitada de zonas de esparcimiento —alertó Roure—. La carencia de lagos y montañas, o de áreas marítimas cercanas, conspira contra la creación espontánea de espacios dedicados a la diversión sana y natural."

Aunque grave, el mal no parece mortal: "El Delta, como área de turismo urbano —agregó—, no tiene igual en el mundo. Sólo las bocas del Danubio se le parecen, pero el sitio no es tan pintoresco".

Los estoicos porteños lo saben: Buenos Aires, otrora recogida y concéntrica, desborda sus límites, estalla. La demanda de espacios verdes y esparcimiento trepa sin pausa; basta asomarse a la ribera Norte —a esos tímidos remedos de playa— un día cualquiera apenas el sol se entusiasma, para descubrir un hacinamiento zoológico.

En el año 2000 —una fecha próxima, en realidad—, cuando la Zona Metropolitana albergue a catorce o quince millones de habitantes, la presión puede llegar a extremos peligrosos. Si, como es previsible, el tiempo libre aumenta, el aburrimiento será tan denso como el *smog* y, tal vez, más fatídico.

La ciudad enferma

En 1830, la Tierra tenía mil millones de habitantes; ahora pasa los 3.700.000.000, cifra que se doblará hacia fines del siglo. Es posible, también, que se eleve el porcentaje de citadinos (un quinto de la población mundial vive hoy en ciudades y la proporción crece sin tregua).

Ya no puede dudarse: la ciudad no es, como pretendía Aristóteles, "un lugar donde los hombres llevan una vida común con un noble fin". Han nacido las megalópolis, esos hormigueros gigantescos donde la escala humana quedó sepultada bajo el hierro y el cemento.

Al mismo tiempo, surgió otro tipo de hombre. Nadie podría imaginar en una capital moderna a los viejos obreros que describe Balzac: nunca cruzaban el Sena, la orilla izquierda no les interesaba; en la derecha tenían sus costumbres, su trabajo y sus amigos.

Es que la sobrepoblación, las grandes fábricas y las viviendas masivas han terminado por romper los vínculos del hombre con el medio; por eso el habitante de la ciudad es un ser inestable, nómade, solitario. "La ciudad, al imponer una competencia despiadada entre los hombres —escribe Raymond Lopez en *El porvenir de las ciudades*, Editorial Siglo XXI— multiplica los fracasos y empuja a las peores soluciones. Crímenes y prostitución son la salida."

Hay otros flagelos: John Hunter —el famoso anatomista inglés del siglo XVIII— ya conocía los vínculos entre la ansiedad y las enfermedades circulatorias. Sufría del corazón, y solía decir: "Mi vida depende de cualquier infame que sea suficientemente malvado como para excitarme". Tuvo, por igual, razón y poca suerte: murió de un infarto en medio de agria polémica con un colega, en la Real Sociedad de Médicos.

A su vez, Alfred Marchionini —*El desarrollo de las enfermedades y la civilización*, Editorial Eudeba— detectó que los empleados, profesionales y administrativos tienen casi cincuenta veces más probabilidades de sufrir un infarto que los campesinos.

No llama la atención, pues, que Inglaterra —un país precozmente urbanizado— haya sido la pionera en dos formas de compensar el peso de la vida urbana: el alpinismo y el turismo. Claro que ahora, y con mayor intensidad después de la Segunda Guerra, la manía ha ganado a todos los sectores sociales y constituye un fenómeno masivo. Las grandes ciudades europeas emiten seudopodios, espacios abiertos donde es norma consumir los fines de semana. Las carreteras pasan a primer plano; el automóvil es rey.

Todo París se vuelca hacia las afueras cada siete días; sin embargo, el terror no desaparece: como fabula Cortázar en *La autopista del Sur*, el tránsito se embotella, la gente sufre hambre y sed, hasta se muere por los caminos.

¿Pero serán suficientes algunos arreglos de entrecasa, la ampliación de una avenida o el derrumbe de algún barrio viejo e incómodo? "No parece que los primeros habitantes de Jericó —sostiene Raymond Lopez— se hayan conformado con crear, a orillas del Jordán, una aldea más grande que las ya existentes. Hicieron un organismo completamente distinto."

Si la Revolución Industrial es madre de las ciudades de hoy —concentrando la riqueza y vaciando los campos en su provecho—, se puede prever que la automación, la energía atómica y los cambios sociales y políticos, necesiten —y generen— unidades nuevas.

Un ejemplo: si las máquinas —y los demás hombres— permiten que un terráqueo del año 2000 disponga de mayores recursos y más tiempo para el ocio y la recreación, el urbanismo deberá girar en redondo; el europeo occidental gasta hoy, en promedio, apenas un diez por ciento de sus ingresos en diversiones y paseos.

Otro: superada la noción de domingo o *week-end* por una organización rotativa de los francos, Buenos Aires segregará diariamente medio millón de ciudadanos ávidos de descanso y esparcimiento. Deltópolis tendría una población constante de ese orden, renovada cada día o dos.

Los pioneros

Entonces, pocos se acordarán del marino dinamarqués Paulsen Kristen, el primer colono del Delta, que en 1890 se instaló a orillas del Santos Grande.

No resultó, en verdad, un pionero voluntario: cuando su velero anclaba en Fray Bentos (Uruguay), decidió explorar las cercanías y se perdió. Treinta años después, un sobrino lo encontró, aunque rebautizado Pablo Tristán, concesión fonética que su tío había regalado a los pobladores de la zona. No era el único cambio: había prosperado transportando leña, estaba casado y tenía diez hijos; por accidente, Kristen —o Tristán, según la nomenclatura isleña— también había hecho la América.

Ya desde principios de siglo llegaban colonizadores, y uno de ellos, Otto Sagemuller, hizo traer el primer barco de hierro de Europa; algunos viejos memoriosos recuerdan todavía su legendario *Margot*.

Desde entonces, y hasta la década del 30, el Tigre —apéndice inferior del Delta, y el sector más próximo a Buenos Aires— llegó a ser un incipiente centro de turismo. Algunos hoteles lujosos, un casino, le confirieron un porte que se fue marchitando con el auge de Mar del Plata, y entró, por fin, en franca decadencia. "No hace mucho —ilustró un poblador—, las dragas llagaban quince o veinte días antes de las elecciones, daban una vuelta por las islas, sacaban algo de barro y desaparecían." Se rascó la cabeza —gorra por medio— y añadió: "Ahora, ni elecciones hay".

No se trata, por supuesto, de volver al pasado; de Entre Ríos a San Isidro, los 414 kilómetros del Delta son casi un desafío a la imaginación (su ancho mínimo: 14 kilómetros en el punto de origen; máximo 90). Posee cinco mil islas, surcadas por 500 ríos, arroyos y riachos, de una tierra tan fértil que permite crecer a los árboles con mayor velocidad que en cualquier otro lugar del mundo.



Bacigalupo: Alegría y producción.



Goldenberg: Nos hundimos.



Moreno: El Banco Nacional.



Tobar: Espacio para todos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La contrapartida: es inundable; sufre incendios devastadores; los mosquitos son una maldición; tiene un sistema precario de transporte; carece de obras de canalización y de endicamientos, y distribuye alocadamente sus parcelas: minifundios por un lado, grandes superficies incultas y tierras fiscales no adjudicadas ni explotadas, por otro.

Es, sin embargo, una de las mejores cartas que puede jugar Buenos Aires en un futuro próximo. Una verdad que, hasta ahora, nadie se atreve a desmentir. Para alcanzar algunas precisiones, tres redactores de Periscopio consultaron a media docena de especialistas; a todos se les presentó un proyecto, más o menos preciso, que especulaba con el porvenir de la zona. Cada uno, desde su disciplina, blandió razones para apoyar —o rechazar— la prospectiva.

"El Delta puede cumplir una función importante como área de reserva, no sólo para la zona metropolitana sino en escala nacional", sostiene José Luis Bacigalupo, 51, presidente de la Sociedad Argentina de Planificación. "La mayor ventaja que ofrecen estos proyectos es que tienen un cliente definido. Las inversiones podrían hacerse a través de los sectores público o privado, según se prefiera, o un sistema mixto."

Oscar A. Moreno, 27, abogado, especialista del CEUR (Centro de Estudios Urbanos y Regionales del Instituto Di Tella), no cree en los sistemas alternativos: "Han sido los incentivos capitalistas y el colonialismo (a él le debemos la economía primaria exportadora y la aparición de la capital-puerto) los que determinaron la especulación con la tierra y el crecimiento desenfrenado de Buenos Aires. Si el Estado no ejerce control sobre el suelo —a través, por ejempo, de un Banco Nacional de la tierra urbana—, las posibilidades de dominar el caos se esfuman".

La experiencia, hasta ahora, demostró que los intereses privados —al menos, librados a su propia iniciativa— desbordan al urbanismo, disciplina que opera con una trama más compleja que la de la mera rentabilidad. No es el único motivo: "La tierra es el único bien siempre escaso —sostiene Alejandro Rofman, economista del CEUR—, puesto que no se reproduce. Por eso su valor no puede estar sujeto a las simples variaciones de la oferta y la demanda".

Si el Estado decidiera encarar una ciudad recreativa en el Delta —con lo que esto supone de inversión en canales, eliminación de insectos, infraestructura, instalaciones—, es previsible que algunos aprovechen la coyuntura para especular con el precio de la tierra. Hay la sospecha de que El Chocón ha generado un fenómeno semejante; existirían terrenos que cambiaron cuatro o cinco veces de dueño.

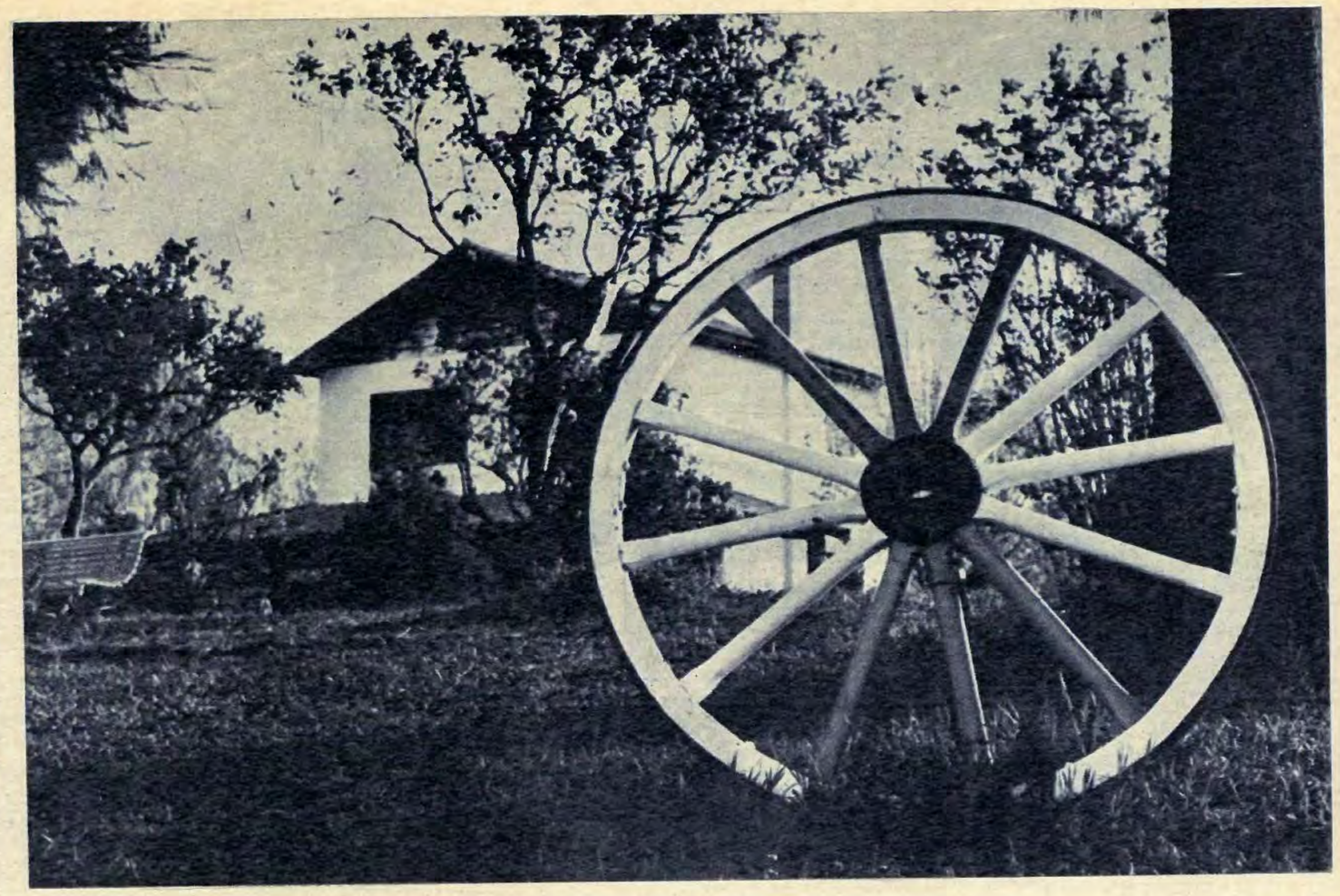
Una solución que vale la pena tener en cuenta: que el Estado congele el precio de la tierra —como se hizo en el valle del Tennessee, USA— y recupere parte de sus inversiones iniciales con la valorización posterior. Algunos sostienen que una corporación (como Hidronor) podría asumir la tarea. La posibilidad no puede descartarse, aunque es improbable que alguien se arriesgue sin estudios previos y una garantía mínima de estabilidad económica general; requisitos, en fin, que hay derecho a exigirle a la Argentina del año 200.

Para Carlos Tobar, 34 (sociólogo del CEUR), "Buenos Aires es una ciudad que tiene áreas verdes, las de Palermo, trazadas a principios de siglo imitando a París; pero están alejadas de los sectores medios y bajos, que no las disfrutan. Por eso —sostiene—, en un proyecto como el del Delta habría que estudiar las condiciones más generales de infraestructura de transporte y los recaudos mínimos para que nadie quede excluido".

Técnicamente al menos, el problema del transporte no parece un escollo peligroso. Para los expertos de Latinoconsult, "la solución será el helicóptero colectivo, del que ya existen modelos capaces de transportar a 30 pasajeros. De Buenos Aires al Delta se tardaría una media hora y las pequeñas pistas requeridas serán de fácil construcción". Pero no se excluye la posibilidad de usar, aunque fuera en forma complementaria, un servicio de alíscafos que podrían arrancar de ciertas zonas claves (la Boca, a diez minutos del centro, sería una).

La polémica

Para el arquitecto José Goldemberg (41, ex consejero directivo de la organización del Plan Regulador de la ciudad de Buenos Aires), la propuesta carece de sentido. "Hacer del Delta una ciudad-habitación no será necesario y hasta podría ser inconveniente —se pronuncia—. Sería, entre otras cosas, como fundar otra México, porque sus tierras no sólo son inundables sino que, además, se hunden paulatinamente." Los voceros de Latinoconsult no están de acuerdo: "Lejos de hundirse —dicen—, el Delta se está cubriendo con el limo que traen las crecientes del Paraná. Le estamos ganando tierra al río".



La vida retirada: Defensa contra "el mal de las ciudades".

Siempre quedan, por otro lado, las posibilidades de endicarlo, al estilo de los *polders* holandeses, y evitar las malas jugadas del agua. Una inversión que no convence del todo a Goldemberg. "Lo que se impone es concentrar la población, no dispersarla —sostiene—. Sobre todo porque de esa manera se abaratan las inversiones en la infraestructura de servicios y se evita la disgregación comunitaria."

¿Pero es que Buenos Aires —y los porteños— deben olvidarse de los espacios verdes? "No —responde—; si bien es cierto que la ciudad tiene escasas zonas verdes (1,6 metros cuadrados por habitante, cuando las ciudades europeas tienen 4 y los urbanistas proponen un ideal de 6), nadie ignora que posee, dentro de su perímetro, zonas no edificadas que podrían emplearse. Cuando se termine el bañado de Flores, el índice subirá a 2,5; si se realizan las obras previstas por el Plan Regulador, en la franja formada por la chacra Saavedra, el parque de Agronomía y Palermo, la relación será de 3,5. Hay que cuidarse de abandonar a Buenos Aires con el pretexto de que los porteños podrán desahogarse a ochenta kilómetros de distancia. El Plan Regulador proponía colocar, a menos de 20 cuadras de cualquier habitante, grandes parques arbolados y zonas de recreación. Si se cumpliera, nuestros compatriotas no tendrán que decir, dentro de algunas décadas: «Vivimos en un infierno, pero tenemos el Delta»."

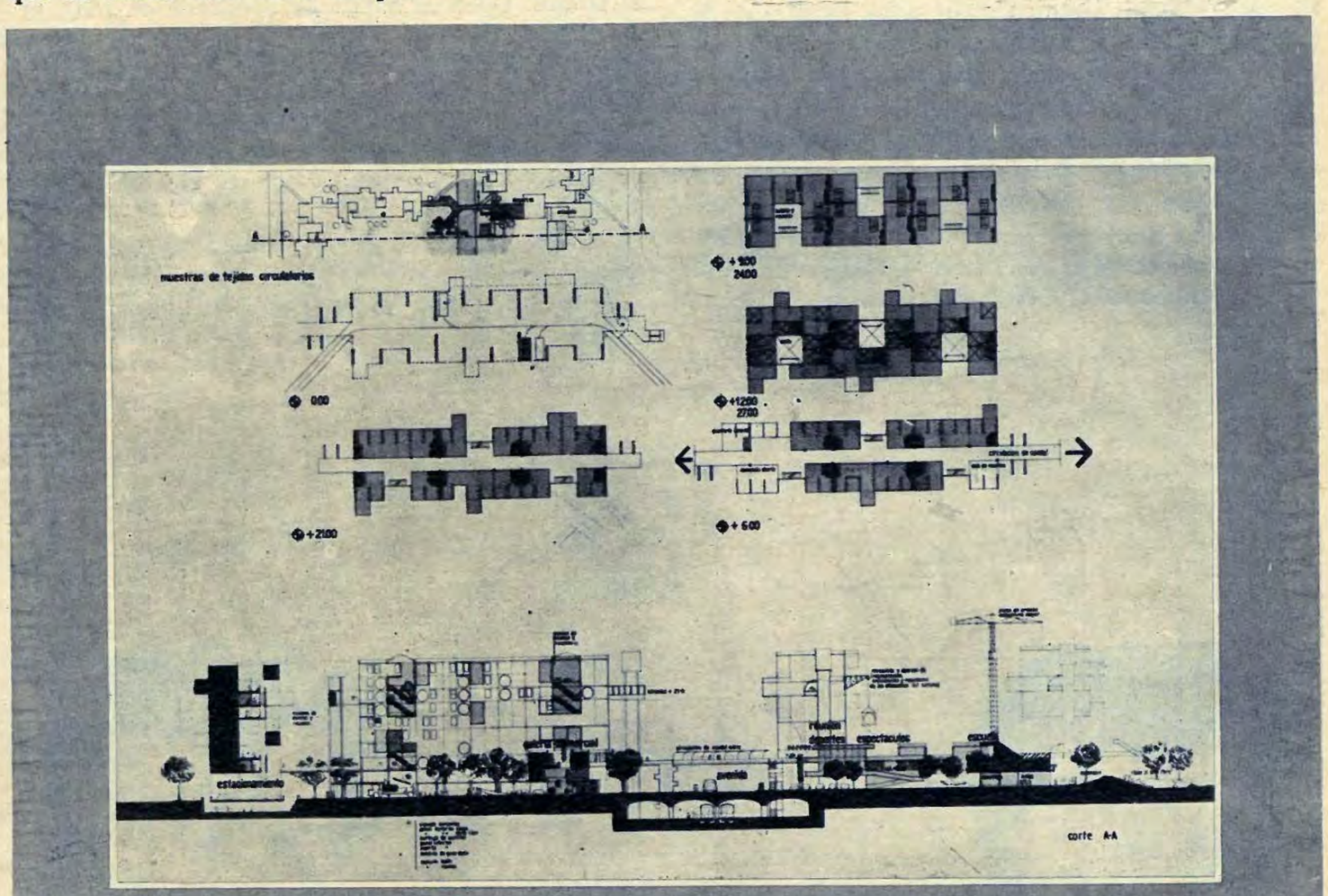
Para Bacigalupo, en cambio, el Delta, el parque Pereyra Iraola y Ezeiza constituyen la tierra de promisión para la previsible crisis urbanística-demográfica de Buenos Aires. "El Delta podría ser exclusivamente un centro turístico —propone—; la población estable sería sólo la dedicada a servicios. Claro que no deben descartarse las posibilidades de construir un poderoso sector productivo, algo que no resulta incompatible con la recreación o las instalaciones deportivas."

Latinoconsult parece coincidir: "Dentro de tres décadas, los problemas urbanísticos de Buenos Aires serán de tal magnitud que las soluciones tendrán costos prohibitivos. Calles oscuras y sucias, falta de ventilación, pavimentos vencidos, insuficiencia de todo el sistema de infraestructura, son carencias que ponen un límite rígido al crecimiento de la urbe y obligan a pensar en otras zonas de desconcentración".

La euforia y el escepticismo rondan las previsiones acerca del futuro del Delta; no hay acuerdo definitivo sobre lo que conviene hacer. Quizá la fuente del desconcierto nazca fuera de los límites de la ciudad ideal —y del urbanismo—, donde alguien puede imaginar toda suerte de deportes, hilioterapia, espectáculos, riqueza y deleites paisajísticos. Señaló uno de los técnicos entrevistados: "¿Cómo saber si podrá existir una ciudad recreativa, sin tener certeza acerca de los cambios futuros en otras áreas de la vida social: la política, la economía, la tecnología? Es imposible predecir lo parcial. Es la totalidad de la vida del hombre lo que cambia, y esto no admite barreras entre disciplinas".

La advertencia no carece de sentido: hasta ahora, todas las predicciones que construyeron castillos de una sola columna fracasaron con estrépito. No previeron la intromisión de elementos exógenos a su propio campo. Es, también, el caso de la imaginaria Deltópolis. Quizá los argentinos la disfruten dentro de algunas décadas; tal vez el Delta siga siendo un páramo y Buenos Aires un atolladero insalvable.

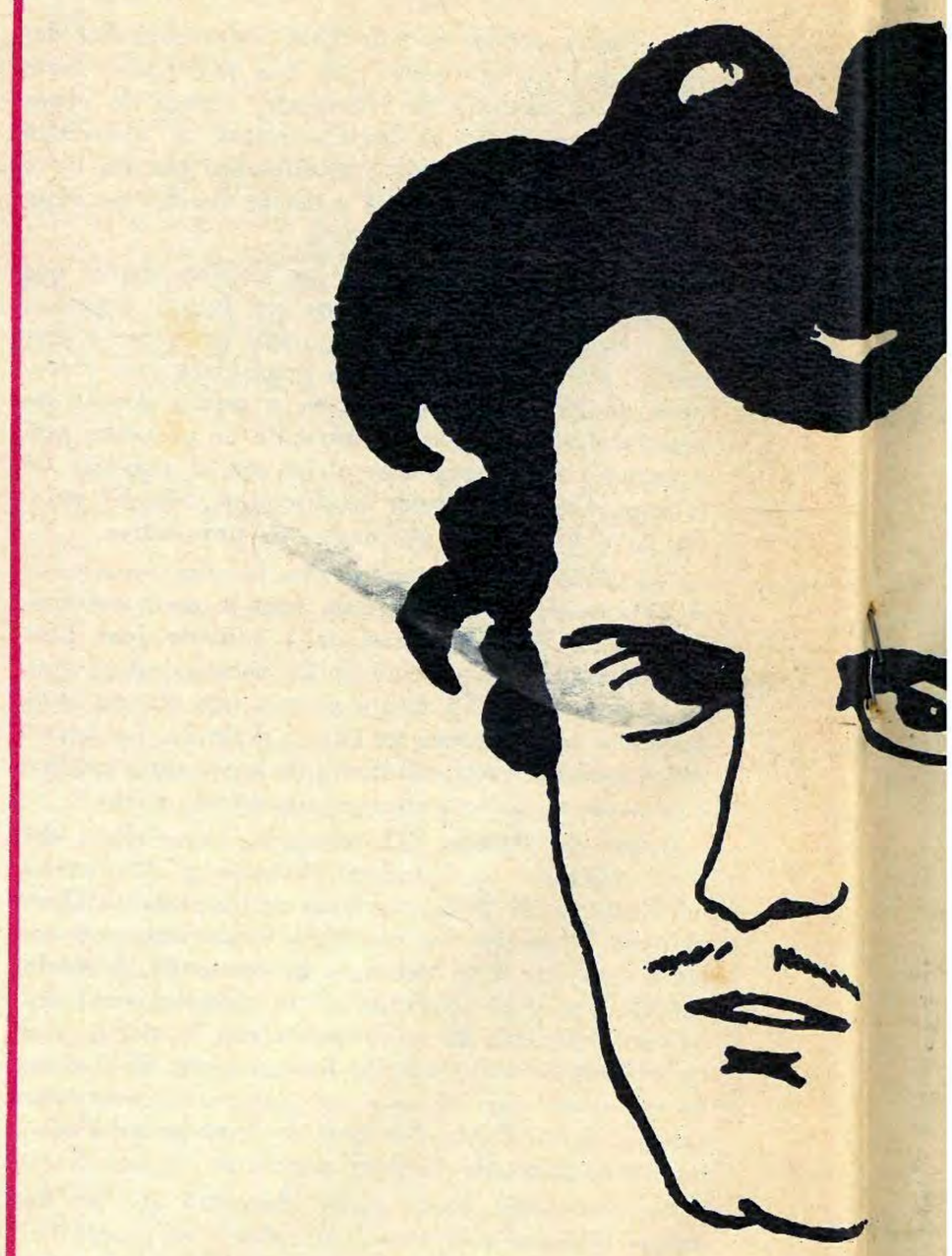
Un viejo proverbio alemán establece que el hecho de que haya carne en la cocina se decide, siempre, fuera de ella. ⊖



Nuevo tipo de vivienda: Proyecto de Norma y Federico Faivre, premiado en 1968 por Summa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CIEN AÑOS DE MALDOROR



por Ramiro de Casasbellas

Es un caso único en la historia, al menos en la historia de la literatura, esa molesta disciplina: un hombre de 24 años muere lejos de su tierra, en París, a fines de 1870, luego de haber escrito el más revolucionario poema de todos los tiempos; en síntesis, luego de haber escrito *el* poema, ya que no existe verdadera poesía que no sea revolucionaria.

Acaso el Conde de Lautréamont ignoraba el valor de su libro, un texto religioso hasta la blasfemia, violento hasta la dulzura, humano hasta la Gracia, profético hasta la realidad. Pero tampoco lo sabían sus contemporáneos: aún hoy, un siglo exacto después de impresos, *Los cantos de Maldoror* exhalan su aroma subversivo, que pocos se atreven a recibir, y su leyenda negra: la vida del Conde y el destino de su obra permanecen casi en el misterio.

La cordura del loco

Es Rubén Darío quien alerta a la América y a España sobre los Cantos, en los que él oye "los gemidos del Dolor y los siniestros cascabeles de la Locura"; su artículo sale en *La Nación* de Buenos Aires, en 1893, y más tarde formará parte de *Los Raros* (1896), junto con otras semblanzas de figuras tan prescindibles como Camile Mauclair o Eugenio de Castro. Crítico insolvente, sus prosas de entonces eran profanas y, además, políticas: Darío exaltaba a las estrellas de la época para defender sus propias creaciones, superiores, a menudo, a las de aquellos falsos maestros.

Sólo así se entiende su interés por Lautréamont: lo extrajo de León Bloy, a quien admiraba; porque, en busca de "raros", Darío sigue un criterio absurdo: se entusiasma con Leconte de Lisle y Moréas, con D'Esparbès y Richepin, reverencia a Poe y a Verlaine, mientras olvida en el camino —¿ignorancia, desdén?— a Baudelaire, a Nerval, a Corbière.

Con todo, nadie diría que es un experto en Lautréamont, aunque lo eleve hasta la altura de Rimbaud. ¿Leyó Darío los Cantos? Transcribe varios pasajes, es cierto; sin embargo, se nota que le fastidian, y no advierte en ellos las hondas novedades de forma y contenido que hospedan. "Si yo llevase a mi musa cerca del lugar en donde el loco está enjaulado vociferando al viento, le taparía los oídos", exclama. El loco, naturalmente, es el Conde; su libro, "el aullido de un ser sublime martirizado por Satanás". "Nació con la suprema llama genial, y esa misma lo consumió —añade Darío—. El Bajísimo lo poseyó, penetrando en su ser por la tristeza. Se dejó caer. Aborreció al hombre y detestó a Dios."

El nicaragüense se engañaba con las apariencias: si por algo descuellan los Cantos es por la lucidez que los preside, por su enardecida defensa del hombre y, a través de él, de Dios. Sucede que Darío opta en favor de las tesis de Bloy, el primer exegeta de Lautréamont. En 1890, al consagrarle un estudio en la revista *La Plume*, señala: "...es un alienado, el más deplorable, el más desgarrador de los alienados [...] Murió en una celda de manicomio [...] Por ridículo que parezca descubrir a un gran poeta desconocido, y descubrirlo en un asilo de locos, debo declarar, en conciencia, que estoy seguro de haber realizado el hallazgo".

No saben dudas de ese descubrimiento, que le corresponde en buena medida, a pesar de su insistencia en los dañinos efectos que puede suscitar la lectura del poema. Ya en su novela *Le désesperé*, de 1887, el energúmeno Bloy da noticia de los Cantos: "Son como lava líquida, una cosa insensata, negra y devoradora". No obstante, escaseaban las precisiones sobre el autor y su salud mental: amanecen en 1890, en el prólogo que Louis Génonceaux agrega a su reedición de los Cantos, lanzada tras el ensayo de Bloy en *La plume*.

El Conde no era Conde: se llamaba Isidore-Lucien Ducasse; oriundo de Montevideo, había expirado en un hotel del barrio de la Bolsa, en París, según



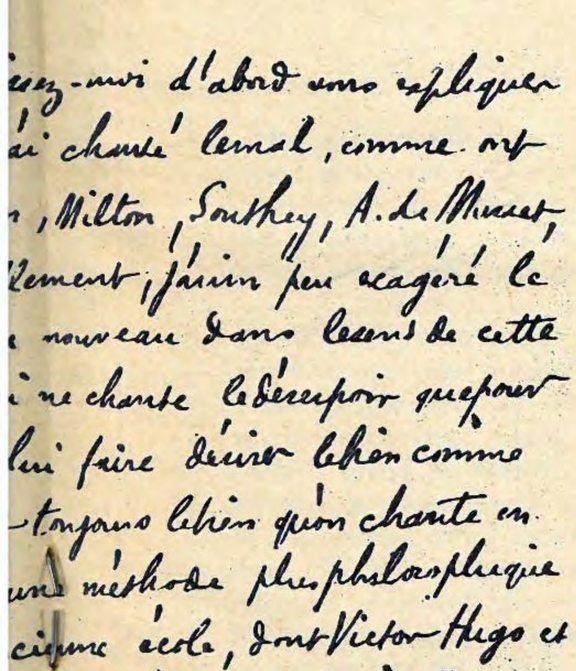




El Conde de Lautréamont, según el dibujo ima
abajo, una carta al editor belga Verbroeckhoven,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





dibujo imaginario de Félix Valotton, de 1896;
broeckhoven, fechada el 23 de octubre de 1870.

"El final del siglo XIX verá a su poeta; nació en las costas americanas, en la desembocadura del Plata, allí donde dos pueblos, antaño rivales, se esfuerzan actualmente por superarse mediante el progreso material y moral. Buenos Aires, la reina del Sur, y Montevideo, la coqueta, se tienden una mano amiga a través de las aguas plateadas del estuario" (Canto I).

acta de defunción levantada en la Alcaldía del Distrito IX. Génonceaux, cuyas investigaciones se vieron trabadas por las autoridades policiales de Francia, comete un error: indica el 4 de abril de 1850 como fecha de nacimiento, y no 1846. Empeñado en desvirtuar la locura de Lautréamont imaginada por el cascarrabias de Bloy ("cuya misión en la Tierra consiste en demolerlo todo, los muertos como los vivos"), tal vez observó el acta con ligereza, pues allí consta: ... *homme le lettres, âgé de 24 ans.*

Pero Génoceaux es la llave del laberinto: sus charlas con Albert Lacroix y el banquero Darasse servirían para que el Conde emergiese de la tiniebla; su reedición de los Cantos, por otra parte, liberó lo que hasta ese momento era el secreto de media docena de iniciados, en Bélgica y Francia.

Uno entre seis mil

El 6 de diciembre de 1842, en Arroyo Grande, el general Oribe, al que ayuda Rosas, y su compatriota Rivera, un agente brasileño, luchan por el dominio de su país, el Uruguay, esa provincia argentina que los Gobiernos de Río, Londres y París desean "independizar". Vencen las fuerzas de Oribe, aunque, inexplicablemente, tardan dos meses en llegar a Montevideo. Dos meses preciosos: los enemigos de Oribe y Rosas viven en la capital y aprovechan para fortificarla, bajo la dirección de un militar argentino (Paz), con dinero francés y británico.

En marzo de 1843, Oribe declara el sitio (el bloqueo del puerto, que ejecutan las naves del almirante Brown, es anulado por la escuadra del comodoro inglés Purvis); iba a concluir en octubre de 1851, ante el avance de Urquiza.

Los europeos no sufragaron en vano la defensa de Montevideo, convertida en "Nueva Troya" por el ingenio alquilado de Alejandro Dumas. "De sus 31.000 habitantes —describe un testigo—, sólo una tercera parte eran nativos, y de éstos, la mitad negros. Los 20.000 restantes eran extranjeros, entre ellos 6.000 franceses, casi todos comerciantes o industriales, y unos 2.500 argentinos." Santiago Vázquez, Ministro del Gobierno títere, define así a la ciudad en 1844: "Es más una reunión de capitales o personas extranjeras que otra cosa".

El Consulado General de Francia se transforma en la sede del poder real, especialmente a partir de 1848, cuando un grueso subsidio de París financia, sin embozos, a los nutridos funcionarios y diplomáticos del régimen, del *protéctorat*, como lo designa la documentación oficial. Uno de los 6.000 súbditos franceses, François Ducasse, es el Canciller Delegado del Consulado; posa de dandy y aspira a vaciarse en el molde de los héroes románticos.

Se ha instalado en Montevideo —después del 40, quizá—, para huir del tedio de su pueblito, para correr aventuras en ese continente de selvas y aborígenes. No le falta cultura: nacido en Bazet, un villorrio de los Altos Pirineos, el 12 de mayo de 1809, se hizo maestro de escuelas como su padre, jefe de una desahogada familia burguesa que se aposentó luego en Tarbes, a cinco kilómetros.

François enseña en el colegio primario de Sarguinet, una aldea cercana, entre 1837 y 1839: acaso haya conocido entonces a Célestine-Jacquette Davezac; ciertos biógrafos de Lautréamont sostienen que el encuentro data de 1845, año en que François viaja a Tarbes; Célestine-Jacquette trabajaba como sirvienta en casa de los Ducasse. Françoise regresa solo a Montevideo, seguido unos meses después por Célestine: se casan el 21 de febrero de 1846; el 4 de abril él inscribe a su hijo Isidore-Lucien.

Durante su soltería en Montevideo, François se aloja en el Hotel de las Pirámides, el más lujoso de la época; frecuentador del mundo diplomático, pasa por ser un hombre de espíritu fino y un conversador animado. Es, también, un Don Juan; en los salones se habla largo rato de su idilio con Rosario de Toledo, una bailarina que había fascinado a la Corte brasileña y, según rumores, al Emperador Pedro II. No bien ella pone los pies en Montevideo, François, que se jacta de "coleccionar artistas de teatro", resuelve conquistarla.

Obtiene una entrevista secreta con Rosario —a espaldas del amigo de ella, un rico armador inglés—, que halla a François "tan seductor". Días más tarde, la bailarina rompe con el armador y se va a vivir







Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con el Tenorio; las relaciones terminan al año: Rosario, abandonada por François Ducasse, vuelve al Brasil donde muere enloquecida.

Se presume que Isidore-Lucien vio la luz en un inmueble de la calle Camacuá, frente a la de La Brecha, que su padre acababa de comprar (fue demolida para ceder sitio a la Rambla Sur). Los escasos recuerdos de quienes la visitaron hablan de adornos de madera paraguaya en la fachada y una invasión de bibelots y muebles de buena traza en el interior.

Una vitrina Regencia albergaba una colección de bombillas de plata, dagas y estatuillas policromadas recogidas por los jesuitas entre los indios. La biblioteca exhibía las obras de Corneille y Molière, de Racine y Voltaire, *Pablo y Virginia*, ejemplares de *La Revue des Deux Mondes* y *El Correo de Ultramar*, y el *Gaspard de la Nuit*, de Bertrand.

Encima del hogar, dos vasos de Toledo regalados por el Cónsul de España; Isidore-Lucien los detestaba con el mismo fervor que ponía su padre en admirarlos; un enorme retrato de Jean-Louis, el abuelo del Conde, una estampa de Rosas, otra del Rey de España, y un trabuco oxidado. En ese ambiente rutinario se cría el poeta; indagaciones no confirmadas suponen que trató, ya adolescente, de huir de él. La madre fallece el 10 de diciembre de 1847, a los 27 años (y es enterrada el mismo día, sin apellidos, como Celestina Joaquina). El chico debe de haberse hallado más a gusto en lo de su madrina, Eulalia Baudry, la mujer de Eugène, uno de los dos testigos que certificaron su nacimiento *.

O en los reñideros de gallos, o tirando al blanco en los jardines y descampados de las afueras. "Era un muchacho lindo pero sumamente travieso, barullero e insoportable", aventura Prudencio Montagne, que tenía apenas 3 años cuando el Conde partió a Francia. Philippe Soupault, que no fantaseó poco sobre la vida de Lautréamont, lo coloca entre gauchos que juegan a la taba. El padre le reprocha esas correrías "indignas" de un señorito; el hijo contesta con accesos de cólera.

Un don especial revela para las Matemáticas ("¡Oh Matemáticas severas!, nunca os he olvidado desde que vuestras sabias lecciones, más dulces que la miel, se filtraron en mi corazón como agua refrescante; desde la cuna yo aspiraba instintivamente a beber de vuestro manantial más antiguo que el Sol, y todavía continúo, yo, el más fiel de vuestros iniciados, hollando el atrio sagrado de vuestro templo solemne"). François decide enviarlo a Francia para que curse sus estudios secundarios y, luego, la Escuela Politécnica. Fue en 1860: no volvieron a verse.

Hacia 1862, Ducasse padre inicia con Baudry una larga travesía de dos años por Paraguay, Bolivia, Brasil y el Norte argentino, para redactar una monografía sobre las tribus guaraníticas. Este viaje compromete la salud y la apreciable fortuna del Canciller Delegado. Contrae el paludismo, padece fiebres intensas y crisis alucinatorias: se cuenta que ciertos fragmentos del Maldoror le resucitaron sus visiones enfermizas de la selva. Baudry regresa a Montevideo con el manuscrito de su amigo: una pandilla de contrabandistas brasileños lo asesina, mutila el cadáver y quema los papeles de Ducasse.

Ya en la capital uruguaya, el padre del Conde se jubila como diplomático y funda una escuela de lengua francesa, cuyos cursos de Filosofía él mismo dicta, ensalzando el pensamiento de Comte y Quinet. Es un negocio ruinoso, que acaba con sus últimas economías. Deja la casa de la calle Camacuá, toma una habitación en el Hotel de las Pirámides; siempre de levita y galera de felpa, la poblada barba blanca disimula sus arrugas profundas. Los domingos acostumbra almorzar en casa de los Montagne.

"Iba al hotel a verlo una o dos veces por semana, a eso de las cuatro de la tarde, para tomar mate con él y cebado por mí —explica Prudencio Montagne, tío de Edmundo, el escritor, que se ahorcó en el Hospicio de las Mercedes, en Buenos Aires—. Eramos dos grandes materos. Murió dos días después de mi última visita (en 1887), y el dueño del hotel, Monsieur Haurie, me lo hizo saber y le mandé una corona de flores, la única que tuvo el finado."

El último Ducasse —una sobrina del poeta, Amelia Suárez Ducasse— se extinguió en 1937, en Córdoba, donde el padrino de Isidore-Lucien y tres primos suyos explotaban un molino harinero situado en lo que hoy es el barrio San Martín.

* El acta de nacimiento fue levantada en presencia del Gerente del Consulado, el 4 de abril de 1846, a las 12, tres horas después del parto. Firman el padre y dos testigos: Eugène Baudry, 32 años, y Pierre Lafarge, 41, comerciantes. Lafarge combatió en el Sitio de Montevideo junto a los abuelos maternos de Jules Laforgue y Jules Supervielle. El bautismo de Isidore-Lucien le fue impartido en la Catedral de Montevideo, el 15 de noviembre de 1847; padrinos: Bernard-Lucien (su tío, que residía en Francia) y Eulalia Baudry.



Grabado de Méndez Magariños, sobre una foto de Ducasse.



Amelia Suárez Ducasse, una sobrina.



François Ducasse, el padre.



Darío: No vio sino locura en los Cantos.

Un decenio pasa el Conde en Francia, pero no son excesivos los datos que se poseen acerca de esa etapa. Es lo que corresponde a un personaje de quien sólo sobrevivieron, aparte su obra literaria, cinco cartas; ningún retrato, en cambio, ha quedado de él: salvo el dibujo imaginario que Félix Valotton incluyera en *Le Livre des Masques*, de Rémy de Gourmont (1896). Alvaro Guillot Muñoz, un uruguayo al que se deben sustanciosos informes del poeta, halló hace treinta años una fotografía de Lautréamont; desapareció en un allanamiento policial de su casa, bajo el Gobierno Terra, sin que jamás pudiera ser recuperada. En ella se basó el pintor Méndez Magariños para elaborar un grabado (ver foto arriba).

El poeta sin tumba

Isidore-Lucien Ducasse estudia en el Liceo Imperial de Tarbes en 1860, 1861 y 1862, y recibe premios en aritmética, dibujo y latín. Sus condiscípulos: Georges Dazet (a quien cita una docena de veces en la versión primitiva del Canto I), Henri Mue, Ferdinand Foch, el futuro mariscal, Auguste Delmas, Jerôme Davezac (quizá primo suyo), Joseph Durand, Louis Dourcour, el argentino Joseph Bleumstein, el uruguayo Pedro Zurmarán. Excepto Foch, a ellos dedica *Poésies* (1870); a ellos y a dos compañeros del Liceo de Pau, donde es alumno desde 1863 hasta 1865; Paul Lespès y Georges Minvielle.

También figura allí el nombre de Georges Hinstin, profesor de Retórica en Pau; interrogado por Léon-Paul Fargue, a la caza de datos sobre Lautréamont, Hinstin dijo no recordar nada. Más fértil resultó la memoria de Lespès: en 1927, a los 81 años, consejero honorario del Tribunal de Apelaciones de Pau, brinda una serie de pormenores a François Alicot, que este investigador divulga en el *Mercure de France*.

"Aún veo a ese joven alto, flaco, la espalda un tanto encorvada, de tez pálida, el pelo largo cayéndole sobre la frente, la voz destemplada. Su fisonomía nada tenía de atractivo. Habitualmente triste y silencioso, estaba como replegado sobre sí mismo. A menudo, en la sala de estudio, pasaba horas enteras con los codos apoyados sobre el pupitre, las manos en la frente y los ojos fijos en un libro clásico que no leía: se lo adivinaba enfrascado en una ensoñación. Pensábamos, con Minvielle, que sufría de nostalgia, que lo mejor que podrían hacer sus padres era llamarlo a Montevideo".

Sus gustos literarios: *Edipo Rey*, de Sófocles, Racine y Corneille, Shakespeare y Byron, los cuentos de Poe, el *Albertus* de Gautier. De acuerdo con Lespès, Ducasse demostraba mayor pasión por la Historia Natural que por las Matemáticas; obstinado, se quejaba de fuertes dolores de cabeza. "No era un inmoral ni un sádico", asevera.

En las postrimerías del año escolar 1864, Hinstin —que sermoneaba a Ducasse por sus "exageraciones de pensamiento y de estilo"— lee una composición de su alumno. "Las primeras frases, muy solemnes, excitaron su hilaridad, pero pronto se enojó —relata Lespès—. Ducasse, en lugar de corregir sus maneras, las agravaba. Pero nunca antes había soltado así las riendas de su imaginación desenfrenada. En cada frase, el pensamiento, hecho de imágenes acumuladas y metáforas incomprensibles, aparecía oscurecido por invenciones verbales y formas estilísticas que no respetaban la sintaxis".

Ahí estallaron, sin duda, los Cantos de Maldoror: Hinstin, sin embargo, se cree burlado y deja en penitencia al autor. "Ese castigo —termina Lespès— hirió profundamente a nuestro condiscípulo."

De Pau se traslada a París, en 1865, con el fin de matricularse en la Politécnica (no hay rastros de ello). Su primer domicilio conocido es de 1867: un hotel de la calle Nôtre-Dame-des-Victoires 23, entre la Bolsa y la calle Montmartre, en la orilla derecha del Sena. Darasse, "el banquero de los Consulados", con oficinas en la calle Lille 5, le entrega la pensión mensual que su padre envía desde Montevideo (y cuyo monto nadie ha logrado establecer).

Que se sepa, Lautréamont habita siempre en el Distrito IX; sus otras tres direcciones: calle del Faubourg-Montmartre 32, frente al Pasaje Verdeau, donde está la Librería Gabrie, que edita *Poésies*; calle Vivienne 15, entre Petit-Champs y Colbert, a una cuadra de la Biblioteca Nacional; y, nuevamente, calle del Faubourg-Montmartre 7, de cara a la Cité Bergere: en este hotel, regenteado por Jules-François Dupuis, muere el 24 de noviembre de 1870, a las 8 de la mañana, por causas ignoradas (¿escarlatina?). Extraña coincidencia, dos meses antes las fuerzas alemanas habían sitiado París.

Isidore-Lucien Ducasse es sepultado el 25 en una concesión temporaria del Cementerio del Norte; exhumado el 20 de enero de 1871, su cadáver va a una segunda concesión temporaria, en terrenos que la Municipalidad afecta, años después, a construcciones. Es lógico, si bien se mira, que Lautréamont no tenga tumba. Lógico como estos dos hechos: Baudelaire se extingue en 1867, mientras el Conde orquesta su poema; Jean-Arthur Rimbaud se cuela en París en febrero de 1871.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Es siempre el Bien lo que en definitiva canto."

Ellos, y Gérard de Nerval —que se suicidó en 1855—, son la poesía francesa del siglo pasado, una marea donde naufragan los discursos rimados de Hugo y las bonitas orfebrerías de Mallarmé. Sin embargo, es difícil encontrar en Baudelaire, en Nerval, aun en la *Saison en enfer* de Rimbaud (1873), el esplendor de los Cantos. No hay vanagloria, entonces, en estas frases de Lautréamont: "El final del siglo XIX verá a su poeta; nació en las costas americanas, en la desembocadura del Plata..."

Estuvo a punto de no verlo. El Canto Primero de Maldoror apareció firmado con tres asteriscos, en noviembre de 1868 (aunque la carátula, de color gris verdoso, señala agosto). Es un folleto de 32 páginas, con el pie "Imprimerie Balitout, Questroy et Cie., 7 rue Baillif et rue des Valois 18", que se vende —si es que se vendió— a 30 centavos de franco.

Su autor lo envía a la prensa con una carta en la que solicita: "Tenga usted la bondad de hacer la crítica de este opúsculo en su estimado periódico [...]. Publicaré el segundo canto hacia fines de este mes en las ediciones Lacroix". No se encontró sino una reseña, la que suscribe Epistemon en *La Jeunesse*, una revista dirigida por Alfred Sircos (a quien menciona la dedicatoria de *Poésies*; probablemente, Epistemon era un seudónimo del mismo Sircos).

"El primer efecto producido por este libro —acierta el comentarista— es el asombro: el énfasis hiperbólico del estilo, la singularidad salvaje, el vigor desesperado de las ideas, el contraste de ese lenguaje desesperado con las insulsas lucubraciones de nuestra época arrojan sin vacilar a nuestro espíritu en un estupor profundo."

La larga espera

El segundo canto no sale en noviembre de 1868, como aguardaba Ducasse. Seguramente prefiere terminar el poema (que consta de seis cantos y sesenta estrofas) y ofrecer una versión completa. Lo cierto es que en 1869 corrige las pruebas; tiene a su cargo la edición, al precio de 1.200 francos, Albert Lacroix, un belga diminuto que se ha afincado en el boulevard Montmartre 15, bajo la razón social: "Librairie Internationale – A. Lacroix, Verbroeckhoven et Cie.", con sucursales en Bruselas, Leipzig y Livorna.

Pero Lacroix, editor de Zola y Goncourt, atemorizado por la censura implacable del Gobierno, se resiste en octubre a lanzar los Cantos y pide al autor —que ya le había adelantado 400 francos— una serie de modificaciones. El poeta se niega, los cabildeos prosiguen hasta 1870; Ducasse, que trabaja ya en el prefacio de un futuro libro de versos, accede a enmendar algunos pasajes de los Cantos. Mientras, se hace abrochar una veintena de ejemplares.

La tapa, de color amarillo, anuncia: *Los Cantos / de / Maldoror / por / el / conde de Lautréamont / (Cantos I, II, III, IV, V, VI) / París, 1869*. En el interior: "Bruselas, Imprenta de A. Lacroix, Verbroeckhoven y Cía., boulevard de Waterloo 42". Auguste Poulet-Malassis, el editor de Baudelaire, menciona los Cantos en su "Boletín trimestral de las publicaciones prohibidas en Francia e impresas en el exterior", fechado el 25 de octubre de 1869.

El 23, Ducasse había escrito a Verbroeckhoven, sin duda en busca de otra instancia y harto de luchar con Lacroix; define su poema con extrema sabiduría: "Naturalmente exageré el diapasón para crear algo nuevo en el sentido de esa literatura sublime que sólo canta la desesperanza para oprimir al lector y hacerle desear el Bien como remedio. De este modo, es siempre el Bien lo que en definitiva canto, aunque con un método más filosófico y menos ingenuo que el de la vieja escuela, de la que Victor Hugo y algunos otros son los únicos representantes todavía vivos [...]. Prepare sus condiciones. Lo que quisiera es que la entrega a la crítica se haga a los principales articulistas. Ellos serán los jueces exclusivos [...]. Si se expiden favorablemente yo podría, en las ediciones sucesivas, suprimir algunos trozos demasiado violentos".

El 27 vuelve a dirigirse a Verbroeckhoven: "Hablé con Lacroix conforme a sus instrucciones [...] Acepto sus propuestas: que usted se encargue de la venta, el 40 por ciento y el ejemplar 13°". El 21 de febrero de 1870, en otra misiva, le pregunta: "¿Lacroix ha decidido la edición o qué ha hecho? ¿O es usted quien la rechazó? Él no me ha dicho nada. No lo he visto desde entonces. He renegado, sépalo, de mi pasado. Ya no canto sino a la esperanza; pero para ello es necesario atacar ante todo la duda de este siglo..." O sea, publicar Maldoror.

El 12 de marzo, en carta al banquero Darasse, informa: "Una vez impreso [los Cantos, Lacroix] rehusó ponerlo en circulación porque la vida estaba allí pintada con colores demasiado amargos, y él temía al Procurador General..." Más abajo, Ducasse averigua si su padre ha autorizado un desembolso extra, de 200 francos, para financiar el prefacio a sus versos. De los versos no quedaron huellas; el prefacio, dividido en dos partes, aparece en mayo de 1870 con el título *Poésies I* y *II*. (Son dos folletos de 16 páginas).

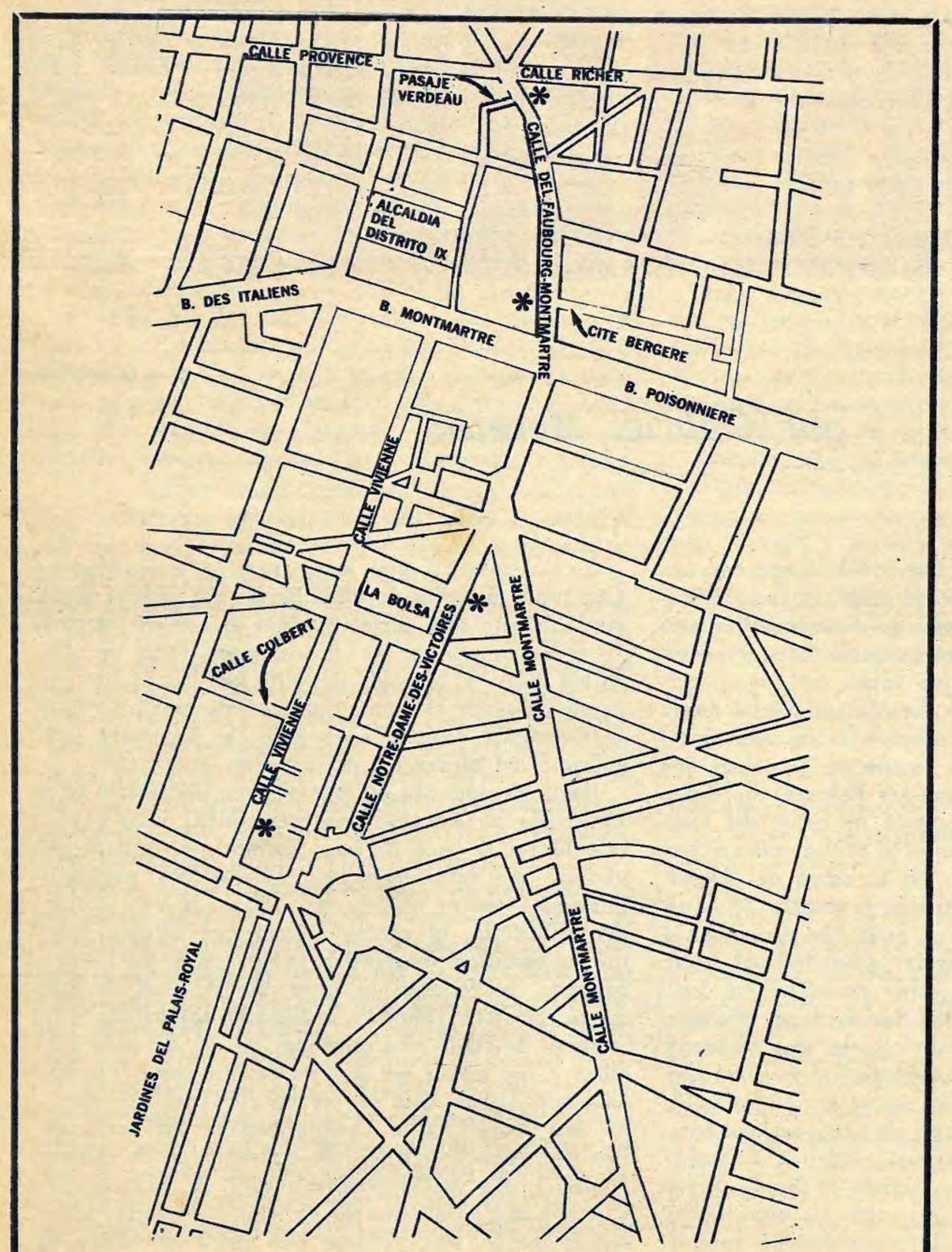
La guerra con Prusia (julio-octubre, 1870) y la muerte de Lautréamont diluyen esta historia. Hacia 1874, un editor belga, Jean-Baptiste Rozez, adquiere parte del depósito de Lacroix-Verbroeckhoven, quienes habían quebrado; encuaderna unas decenas de ejemplares de los Cantos, les cambia la tapa (ahora es de color marrón oscuro y reza: "París y Bruselas / En venta en todas las librerías / 1874") y el sello interior: "Bruselas - Tipografía de E. Wittman". Según Génonceaux, esa imprenta jamás existió.

Curiosamente, Rozez tampoco se atreve a distribuir los Cantos; en 1885 exhibe un ejemplar a Max Waller, del grupo literario La Joven Bélgica, quien lo circula entre sus cofrades. Pero uno solo se extasía ante el poema: Iwan Gilkin; en la revista que publican, él reproduce la undécima estrofa del Canto I (octubre de 1885) y a su entusiasmo se debe la llegada a Francia de unos pocos ejemplares; sus destinatarios: Bloy, Huysmans, Péladan, Gourmont.

Así, casi veinte años después de entonados, los Cantos de Maldoror (un nombre inventado, como el seudónimo de Lautréamont, que acaso inspiró una novela de Eugenio Sue, *Latréamont*) iniciaron su carrera. La edición Génonceaux, que no registra las modificaciones consentidas por Ducasse, es, en verdad, la primera edición legal.

Gourmont, fascinando por los Cantos, desempolva en la Biblioteca Nacional las *Poésies*, cuyo texto copia; lo imitan Valéry Larbaud en 1912, y André Breton en 1920: es él quien lo transcribe (o lo revela) en los números 2 y 3 de *Littérature*, el órgano de los surrealistas. A los surrealistas, precisamente, hay que acreditar los mayores esfuerzos por difundir e interpretar a Maldoror, si bien la tercera edición de los Cantos, que aparece en 1920 (La Sirène), es el fruto de la insistencia de Blaise Cendrars.

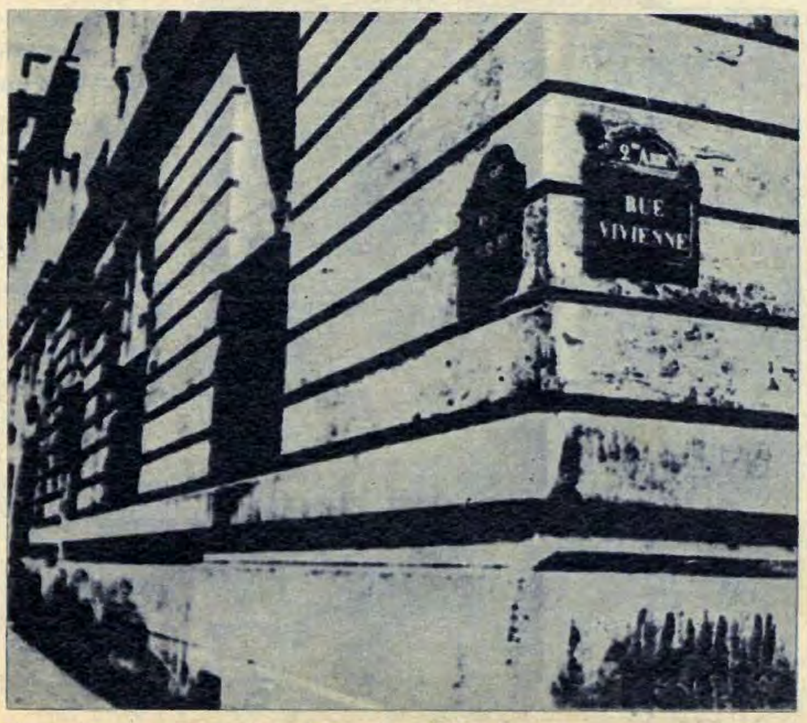
La primera traducción al español (un galimatías de Julio Gómez de la Serna, que eliminó un tercio de los Cantos) sale en Madrid, *circa* 1925; reimpresa en Buenos Aires en 1941 (Luis Mera Editor) sufre nuevas distorsiones. Sólo en 1965 fue posible acceder a las *Obras Completas* en una respetuosa versión de Aldo Pellegrini, cuyo estudio preliminar merece estar entre los más certeros. ⊖



Los cuatro domicilios del Conde, en el Distrito IX.

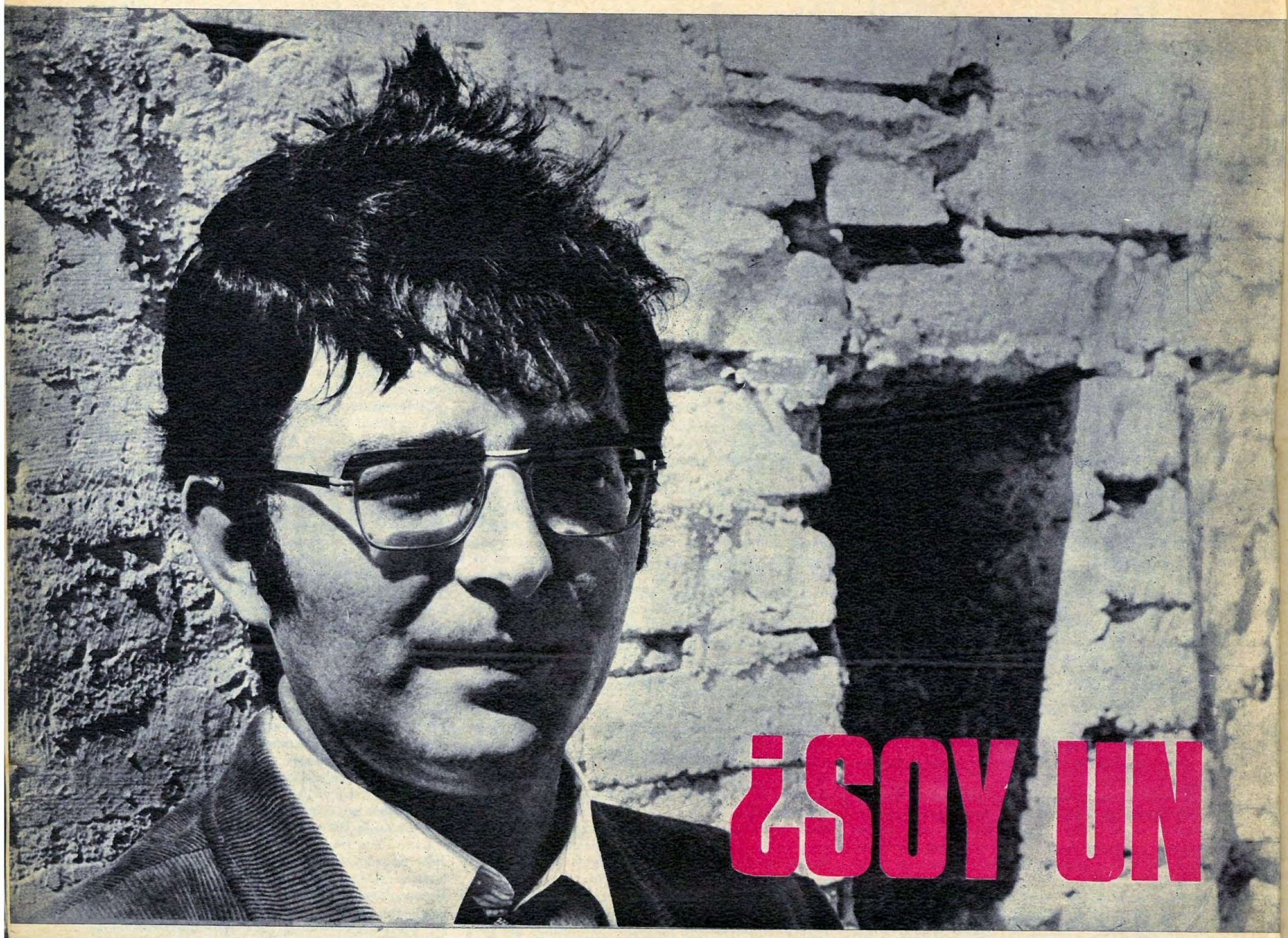


Faubourg-Montmartre 7: Aquí murió.



Esquina de las calles Colbert y Vivienne.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



¿SOY UN COBARDE?

Esta semana vencerá un plazo fijado por el Gobierno Polaco: obliga a los judíos a salir del país, o a renegar de su fe. El escritor Gabriel Meretik, de 30 años, que eligió exilarse, narra esa peripecia.

por Gabriel Meretik

He decidido partir. Fue, desde luego, una decisión que no tomé de golpe, el fruto de rodeos conmigo mismo, de deslizamientos progresivos, de detalles insignificantes. Pero esta vez ya no hay vueltas que darle: me voy.

Mientras camino por la calle Marszakowska, hacia la Embajada de Holanda, observo a los transeúntes para descubrir si ellos me reconocen, si saben que soy un judío listo para abandonar Polonia. Sin duda, no lo advierten. Tal vez porque no estoy del todo decidido, tal vez porque aún creo en un milagro, en despertar de esta pesadilla, en la caída de Gomulka... A cada paso me hago una pregunta: ¿Soy un cobarde, al partir? ¿Estoy a punto de traicionar a los amigos que quieren seguir luchando? Al pedir una visa para Israel, ¿me estoy poniendo del lado de los sionistas? Al aceptar las normas oficiales, ¿acepto también ideas y convicciones que rechazo?

No olvido mi primera reacción ante el discurso que pronunció Gomulka el 19 de marzo de 1968, en la sala de los Congresos. Millares de personas vociferaban su odio contra los "sionistas", silbaban a Gomulka porque lo creían blando. Cuando él dividió a los judíos en tres categorías y dijo que las autoridades los dejarían salir del país, la muchedumbre empezó a cantar este estribillo: "Que se vayan hoy, que se vayan hoy". En ese momento me dije para mis adentros que no les brindaría semejante placer.

Y, sin embargo, aquí estoy, resuelto a expatriarme. Con todo, el hecho de capitular no me molesta demasiado. Siento más curiosidad por lo que me ocurrirá en el futuro que por las consecuencias de mi decisión. Ahora llego a la calle Rakowiecka. De pronto, comienzo a sentir el miedo que me sube por las tripas: la Embajada de los Países Bajos se encuentra justo enfrente del Ministerio del Interior.

Hasta el momento me parecía que inscribirse en la Embajada no era sino una formalidad; pero cuando calculo que se trata del paso decisivo, comprendo que abdicar me será imposible: es que por momentos imagino —mejor dicho, veo—, tras de una cortina del Ministerio, al agente secreto que dispara sobre mí su máquina fotográfica mientras yo subo, furtivamente, la pequeña escalera que lleva al departamento consular. ¿Me habrán fichado, catalogado?

Antes de subir esos escalones yo era un polaco similar a los otros; en el peor de los casos, algunas amistades sabían que yo era un ciudadano de nacionalidad judía *, pero cuando llenaba los cuestionarios de rutina yo siempre tuve el cuidado de escribir "polaco", allí donde preguntan por la nacionalidad, y jamás algún funcionario tuvo la ocurrencia de investigarme por eso. ¡Pensar que ahora me alineo en la peor de esas categorías, la de los sionistas...! Pero con paso decidido entro a la sala de espera.

Noto que hay dos pasillos; al cabo del primero,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una tablilla indica: "Visa para los Países Bajos", la otra dirección concluye en una oficina donde se lee: "Entrada prohibida". Intuyo que se trata de la sección fatídica. Y es así; cuando ingreso veo un resumen de la historia del judaísmo en Polonia: están varios antiguos militantes del Partido, a quienes solían llamar "los tíos de la Revolución", los mismos que conocieron en le preguerra las prisiones del Gobierno de "los coroneles" (y luego las de Moscú); los mismos a quienes se hacinó en los campos de concentración belgas, alemanes o franceses, y que hoy expulsa ese Partido, al cual ellos lo sacrificaron todo.

También encuentro a algunos estudiantes rubios, de esos para quienes la palabra "judío" no tenía sentido, salvo que la estimaran una forma de "conservatismo". Muchas veces, sus padres les habían ocultado el origen para decírselo en secreto, cuando las papas quemaban, como se le dice a alguien que tiene cáncer o viruela. Curiosamente, muchos de ellos se pusieron entonces a alardear sobre su judaísmo; devoraron cuanta literatura pudieron hallar sobre la historia de Israel, hasta que eligieron partir.

Desde luego, entre el público que colma la oficinita hay, además, pequeños artesanos de provincias: esos judíos que, por ser los únicos en un radio de 50 kilómetros, el Estado acaba de jubilar, de excluir del Partido, si es que no fueron citados a la Policía para acusarlos de fomentar los complots sionistas.

No faltan, es cierto, unos cuantos funcionarios a quienes se reconoce porque tienen bajo el brazo un ejemplar de *Trybuna Ludu*, el órgano del Partido; impensadamente, un día vieron que todo se hundía junto a ellos; se encontraron de la noche a la mañana sin trabajo, sin amigos, sin esperanza. Intentan ahora rehacer sus vidas, partir de cero en Israel, un país donde el sionismo sirve de ideología; ese sionismo que ellos combatieron toda su vida.

Por supuesto, no escasean los "vivos", los que siempre se las arreglan para escapar a su destino y para quienes la idea de partir no resulta sobrecogedora. Desde ya, se intercambian los "datos": "Sabés, en Viena es preciso ir a ver a Fulano, y sobre todo, no entregar el permiso de viaje a la agencia, porque te embromarán; te enviarán a Israel, aunque con un poco de astucia, podrás terminar en Nueva York. Hay organizaciones que lo consiguen". Como es natural, miran con un dejo de ironía a los que hablan de la suerte que les espera en Israel.

No obstante, se percibe un "no sé qué", algo en común que une a todos, a despecho de sus distintos orígenes, clases sociales y objetivos; por eso, miran con un ojo inquisidor al recién llegado: lo tasan, lo investigan y luego, según lo que cada uno es o no es, lo aceptan entre ellos o lo despiden hacia el mostrador de "Visas para los Países Bajos". Durante tres horas aguardo mi turno, mientras percibo un repiqueteo en el fondo del corazón.

Por fin me llaman; me escurro precipitadamente a través de una puerta, paso un corredor y entro en una habitación minúscula, con dos escritorios. Tras el que se halla a la izquierda, hay una mujer con los cabellos grises; en el otro, más cercano a la puerta, un hombre regordete, con aspecto de extenuado y un bigotito simpático. Le expongo el motivo de mi visita. Quisiera partir. Ninguna reacción de su parte. Toma un formulario y me hace algunas preguntas: apellido, nombres —míos y de mis padres—, dónde viven ellos, si tengo familia en Israel y cuál es mi oficio.

Es todo. En dos semanas recibiré una promesa de visa, en mi domicilio, por carta certificada; con ella, deberé ir a la Policía para que me entreguen la visa y el pasaje. "Es todo, señor —me dice—; si tiene necesidad de algo más, pase por aquí, estamos a su servicio. Gracias, gracias; hasta la vista."

Salgo del escritorio, paso por la sala de espera donde murmuro un "hasta pronto" muy educado y, sin más, heme aquí en la calle. Echo una mirada al Ministerio: "¡Vaya al cuerno! Listo. Ahora es demasiado tarde para dar marcha atrás. Voy a festejarme.

Voy a festejarme, sí, pero como un ciudadano polaco de nacionalidad judía; y para marcar mi sino me precipito en los almacenes del Estado, donde, con divisas, me puedo agenciar una botella de Pejsachowka, ese aguardiente que los judíos bebían antes de la guerra el día de la Pascua hebrea, y que la Polonia actual exporta a los Estados Unidos de Norteamérica con una etiqueta, al dorso de la botella, santificada por un rabino de Wroclaw.

Vuelvo a casa en taxi. ¡Al diablo la avaricia! Deseo no pensar por un instante en todos los gastos que me esperan; no quiero pensar tampoco en lo que pasará cuando me encuentre sin trabajo, cuando me enloquezca porque he decidido partir. Tengo necesidad de apiadarme de mí mismo, de mi familia, de Polonia, de esta puerca vida...

La Pejsachowka tiene 70 grados; con ella, al cabo de una hora me siento bastante animado como para anunciar a mi mujer el paso que acabo de dar. Ella me abraza. No es judía. No siente lo que yo, y no podría sentirlo. Es cierto que desde hace tiempo me empujaba a partir; quería que partiésemos. Antes de los sucesos de marzo, antes del discurso de Gomulka y de la campaña de prensa desatada al día siguiente de los disturbios estudiantiles. Ella me pide un vaso de vodka. Bebemos. No nos decimos nada. Luego ponemos un disco. Un disco de cantos religiosos judíos. Lo compramos anteayer, en el centro cultural checoslovaco. Los checos habían exhumado todo su stock de viejos salmos en yiddish y hebreo. El rumor corrió rápido por Varsovia, y todos cuantos se sintieron tocados por los sucesos de marzo corrieron a adquirirlos. No solamente los judíos, no. Sería indignante. Jamás hablé el yiddish, jamás me sentí antes judío, y sin embargo hoy, escuchando el *Mule Rakhamin*, entonado por un trío de "kantors" escapados de los campos de concentración, me conmoví hasta la entraña. Lo cual muestra cuán tontos mi mujer y yo pudimos llegar a ponernos entonces. Si no hubiésemos estado tan borrachos, nos hubiéramos reído.

Pero al día siguiente nos levantamos con una cara dura, inconcebible. Me pregunto qué me está pasando y luego recuerdo mi decisión de la víspera. Salimos hacia el trabajo como si nada, aunque esto sólo es fácil de decir. Ardo en deseos de confiarme a mis colegas, de pedirles consejo o de lanzarles a la cara esta frase: "Me voy". Esta posibilidad me regocija. Pero hemos convenido con mi mujer no decir nada hasta que no tengamos la prometida visa de los holandeses. A nadie. ¿Por miedo? No, apenas por no desafiar a la suerte.

Encantadora discreción

Un día, al volver del trabajo, hacia las cuatro de la tarde, encuentro en la casilla de correos un sobre negro, certificado, sin rastros del remitente. ¡Amable discreción! Es la promesa de visa junto a una comunicación destinada a las autoridades polacas, indicando que el viaje será satisfecho por la Embajada de los Países Bajos: Varsovia-Viena-Génova-Haifa.

¡Dios! Ahora sí que todo camina. Espero a mi mujer. Esta tarde ella trabaja hasta las 10 de la noche y es recién entonces cuando le puedo revelar la buena nueva. Ahora, cada día, cada instante es precioso porque es necesario cumplir una serie de trámites. En seguida, ir al distrito militar de Varsovia, a la oficina de pasaportes del Palacio Mostowskich, para retirar los formularios. Iré yo.

Diez de la mañana. El pasillo del servicio de pasaportes está repleto. Por curiosidad intento adivinar quiénes son los que parten hacia "allá". Veo algunos. Sus rasgos me lo dicen, y también su actitud, mezcla de susto y de sentimiento de superioridad. Voy a la ventanilla de informes: "Dos formularios, por favor". Cada vez que un polaco desea partir hacia el exterior, debe solicitar el pasaporte, y no siempre se lo dan.

—¿Para viajar adónde?

Reflexiono un momento. O no; quizá yo vacilo, o tengo vergüenza.

—A Israel... para emigrar.

Le escupí la frase, rojo de vergüenza. Pero hay algo que me subleva: la empleada no se sobresalta; apenas me tiende los dos formularios y ambos cuestionarios. "Llénelos como si se tratase de una partida normal. En cuanto a los formularios, se trata de un pedido al Consejo de Estado, para ser excluido de la nacionalidad polaca. Confecciónelos y adjúntelos a las solicitudes. Aparte de esto, usted necesita un certificado donde conste que no tiene deudas con el Estado, un compromiso de entregar su vivienda..."

Salgo, con esas cuatro hojas de papel en la mano, aun sabiendo que en ellas se juega nuestro porvenir. Las miro. El cuestionario es, efectivamente, normal. El formulario, al revés, es extremadamente breve. "El suscripto, en razón de su partida definitiva hacia... solicita ser excluido de la nacionalidad polaca."

Toda la tarde llenamos los cuestionarios. Tuve un momento de duda cuando vi el acápite "nacionalidad". Normalmente yo escribía, "polaco". Pero los amigos que ya habían partido nos relataron que cuando el funcionario de la oficina de pasaportes leía "polaco" en ese renglón, forzaba a la gente a rectificar: "judío". Y como todos los que quieren salir hacia Israel pasan en Varsovia por el mismo escritorio y se enfrentan con el mismo funcionario, parecía inútil hacerse ilusiones. Además, es preciso saber asumir las propias responsabilidades...

La sonrisa se borra

En los días que siguieron, pese a que continuamos en nuestros trabajos, nos dedicamos a reunir los documentos necesarios. La primera vez que voy al Consejo del Pueblo de mi barrio, para pedir un certificado de libre deuda impositiva, me siento enrojecido una vez más cuando la empleada me pregunta con qué fin efectúo el pedido. Por lo demás, a medida que desarrollo mi periplo administrativo, pierdo el sentimiento de molestia y de vergüenza. No podría, por otra parte, justificármelo. Unos días más tarde, heme aquí ante el comando militar del barrio. Una linda chica me recibe y me pregunta con una sonrisa en qué puede servirme. También le sonrío y le contesto que preciso una autorización para viajar al exterior.

* La terminología oficial polaca distingue la nacionalidad, en el sentido étnico, de la ciudadanía.



Premier Wladislaw Gomulka: ¿El que ríe último?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



"Cuando llego a la calle Rakowiecka siento el miedo que me sube por las tripas: La Embajada está frente al Ministerio del Interior..."



General Moczar: El caudillo antisemita.

Definitivamente. Con un guiño, ella me tiende un formulario, que yo lleno. En la sección "país de destino", escribo "Israel". Se lo tiendo. Lo recorre con los ojos. Su sonrisa se borra. Está decepcionada. Lástima; porque no estaba nada mal...

Dos semanas más tarde tenemos los papeles necesarios, pero nos falta lo principal: hacer visar nuestra solicitud por los empleadores. No les habíamos comunicado aún nuestra decisión de partir.

Ese día, solicito hablar con mi Director. No hace mucho que está en el puesto, donde reemplaza al antiguo patrón, que fue despedido al día siguiente de los hechos de mayo. ¿Debo decir que era judío, miembro del Partido desde hace 30 años, que estuvo en la Guerra Civil Española y en las prisiones polacas de preguerra, que ha perdido toda su familia? Fue expulsado del Partido por los "lobos jóvenes", de los cuales ninguno tiene más de diez años de antigüedad en los padrones, aunque tampoco sean judíos.

Pero el nuevo Director, hasta ahora no parece demasiado comprometido en la campaña antisemita. Evidentemente, fue nombrado gracias a su relación con la pandilla de Moczar, pero pertenece a esa clase de individuos de los cuales hoy se dice en Varsovia que son "buenas gentes", porque no se encarnizan con los judíos, salvo, claro está, que se lo ordenen.

Me recibe inmediatamente. Apretón de manos franco. "Buenas, buenas, ¿cómo le va?" "Bien, bien, gracias. O mejor no; me va realmente mal."

"¿Qué es lo que anda mal?" "Todo; y tanto que decidí partir a Israel." "¿Cómo?" Está suficientemente sorprendido como para hacerme creer que no sabe que yo soy judío.

"Sí. Estoy fastidiado por lo que pasa. Me molesta ver todas las noches en la TV ese cartel que dice: «Los Moisheles a lo de Dayan», de leer artículos antisionistas; no deseo ser un ciudadano de segunda clase."

"Pero vea, esto no es otra cosa que algo pasajero. Hubo errores, usted sabe que esto suele pasar. Pero usted, en verdad, no fue molestado..."

Charlamos durante 20 minutos. Tiene un aire apenado, pero no quiere reconocer que yo estoy en la verdad. Lo siento apagarse por momentos. No encuentra argumentos para responderme cuando yo le cito el discurso del Primer Ministro, Secretario del Partido, quien explicó que los 30.000 judíos que viven en Polonia constituyen una amenaza para la sociedad polaca, tanto como los dos millones de judíos de Israel para el pueblo árabe.

¡Ah, si no estuvieran esos malditos micrófonos instalados en su despacho, yo hubiese podido enterarme de lo que él pensaba realmente. Mientras que así, todo lo que consigue decirme es que lamenta mi partida, y que me desea buena suerte. En el momento de salir, me dice que puedo continuar trabajando por el momento, mientras la jefatura de la casa matriz no se pronuncie sobre mi destino.

Vuelvo bastante satisfecho; me roe la curiosidad de saber cómo le ha ido a mi mujer. Ella está allí, desde hace un rato. Al borde de las lágrimas. Me cuenta lo que pasa. Tan pronto llegó fue a ver al Director y le anunció nuestra decisión de viajar. La miró durante diez minutos sin decirle nada. Para romper ese silencio molesto, ello quiso explicarle la razón de la partida. Él la interrumpió haciéndole notar que eso no le concernía, puesto que no es judía. También le dijo que no podría retornar jamás a Polonia ni ejercer su oficio de periodista.

Eso fue todo. No, no fue todo. Media hora más tarde, el Director le comunicó a mi mujer que había sido despedida, sin preaviso. Mi mujer había trabajado ocho años en el mismo puesto. Tenía muchos amigos o, al menos, ella lo creía así. Porque en el espacio de unas horas, el abismo se hizo en torno de ella. Y cuando, al día siguiente, yo fui a su oficina para arreglar los últimos detalles del despido, sus colegas me llevaron aparte para decirme textualmente: "Si quieres irte, son cosas tuyas, pero a ella dejala, porque es polaca".

El día siguiente es todo un acontecimiento. Vamos a depositar nuestros pedidos en la sede militar, en Varsovia. No esperamos demasiado, apenas una media hora. Entramos juntos. Un escritorio, una mesa circular, un armario de acero y un funcionario cuarentón. Le tendimos nuestras solicitudes, y él verificó si todos los datos complementarios están en su lugar. Nos pregunta si somos miembros del Partido. "No."

Salimos a la calle. Instintivamente nos tomamos de la mano. Otra barrera acababa de franquearse. Ahora ya no existen motivos para ocultar a nuestras relaciones la decisión tomada. Esperamos tener una respuesta en algunas semanas, en dos meses a lo sumo. Nos distribuimos la tarea. Mi mujer se ocupará de alistar nuestros efectos personales, de enumerar los libros (planilla en tres ejemplares, con el nombre del editor, la fecha y el lugar de la tirada), y sobre todo de redactar la memoria de los efectos que deseamos trasladar (igualmente en tres ejemplares). Yo, por mi parte, reuniré las autorizaciones necesarias y me ocuparé de todas las formalidades. Hasta entonces, la mayoría de las personas que lo hicieron, recibían su carta de viaje. Se tienen tres semanas para salir del territorio polaco. Es necesario apurarse.

Pero antes que nada, me hundo en el estudio de los textos oficiales para saber qué puedo sacar del país, con la protección de las reglamentaciones. Para los libros editados antes de 1945 preciso la autorización de la Biblioteca Nacional. Para las obras de arte, la del conservador de los monumentos de Varsovia. Es todo. Se me niega permiso para sacar de Polonia un libro de Mussolini escrito en francés. El conservador es bastante más estricto: me impide llevar un icono de escaso valor y un sable africano comprado hace tiempo en la feria de la chatarra. ¡Caray!, no me siento expoliado. ¡Maldición!, olvidaba la Aduana.

Alarmado por los rumores que corren en la ciudad telefoneo a la Jefatura de Aduanas para averiguar si la interdicción del Ministro de Comercio Exterior del 1º de octubre de 1965, concerniente a las desgravaciones aduaneras, está todavía en vigor. Se me contesta: "En principio", es decir que los vistas de aduana tienen derecho a decidir en cada caso particular lo que es factible llevar consigo. Aprenderíamos a nuestras costas, más adelante, cuál es la omnipotencia de los aduaneros. De hecho, a partir de la ordenanza de 1965, no existen normas que solucionen los problemas contenciosos, o de doble interpretación. Así, me veo obligado a buscar informes entre la gente que parte; sé, por ejemplo, que está prohibido sacar de Polonia cualquier diario. Igualmente, lo está exportar manuscritos, notas, direcciones, cartas. Se puede, eso sí, dejarlas en la Aduana algún tiempo antes de salir, pero la experiencia me induce a renunciar.

La marca infamante

Entre mi trabajo, mis gestiones —debo preocuparme también por las visas francesas, pues intentaremos dirigirnos a París, sin pasar por Viena— y las tardes depresivas en las que nos ocupamos de beber y discutir con nuestros amigos, el tiempo pasa rápido.

Pero hace dos meses que esperamos una respuesta y no llega: la tensión comienza a reinar en mi casa y mi mujer se derrumba lentamente en la depresión nerviosa. Casi no sale. Después de haber comunicado su decisión en el trabajo, no ve a sus amigos y compañeros. Sólo algunos tienen el coraje, porque de eso se trata, y llaman por teléfono o suelen pasar por nuestro departamento.

No tenemos plata. Decidimos vender los muebles y luego comenzamos a comerciar nuestros libros. "Los dos gigantes", el "Larousse del siglo XX". Novelas. Hace ya tres meses que esperamos. Será necesario que yo consiga nuevos certificados, porque algunos de ellos ya vencieron.

Mientras tanto, las noticias son cada día más alarmantes. Parece que es imposible sacar de Polonia divisas extranjeras. También se prohíbe extraer dinero polaco. Verifico. Es cierto. Para los judíos exclusivamente, porque la medida no se aplica a otras personas que abandonan definitivamente el país. Unos meses atrás, el Gobierno comenzaba a vender a los judíos la mísera cantidad de 5 dólares cuando abandonaban definitivamente el país.

Con todo, ahora ni siquiera se les permite repatriar el dinero que se les envió desde el exterior, o el que ellos hubiesen ingresado por esa vía. Está decidido: partiremos sin un centavo.

A condición de que podamos hacerlo, claro está, porque la angustia comienza a ganarnos. "Se dice", que la emigración ha de suprimirse. "Se dice", que empiezan a negar las cartas de viaje. ¿Y si negaran la nuestra? Quedarse aquí, sin trabajo, con la marca infamante de sionista en la frente, sería horrible. Preferimos ni pensar en eso.

Ya hace cuatro meses que aguardamos. Ahora voy todos los días a la oficina de pasaportes, en la calle Koszyhowa: comienzo a reconocer allí a ciertos "clientes", atraídos por una comezón igual a la mía. Cambiamos impresiones y, alguna que otra vez, buenas noticias: "¿Sabe?, a Mengano, que esperaba desde hace tres meses..." "¿Sí?" "Pues bien, recibió ayer..." Pero cada día, a mí me responden lo mismo: "Hasta ahora no hay novedades".

Cuando sé que algún amigo recibió su carta de viaje (algunos la logran muy rápido, sobre todo quienes habitan hermosos departamentos), me precipito a ellos en busca de noticias. "¿Cómo fue?" Son especialmente los detalles relativos al pasaje de la Aduana los que me interesan. Y no porque yo tenga algo prohibido que sacar, sino porque los "vistas" se ponen cada día más intratables. Sus astucias para despojar al prójimo se multiplican hasta límites que no hubiese imaginado el propio Courteline. Por ejemplo: cierta anciana se vio obligada a coser a máquina frente a los guardias para probar que su vieja Singer, que pretendía llevar a Israel, es un "útil profesional". Otro amigo tuvo dificultades para embarcar la bicicleta de su hijo con el pretexto de que éste no tenía el registro de conductor; le resultó difícil explicar que su mujer no permitía al chico abandonar con el vehículo el gran patio de la casa. Entonces, el jefe del resguardo le indicó que traiga a su hijo para que dé una vuelta por el salón de la Aduana, con el fin de mostrar si sabe o no andar en bicicleta. También requisan libros: me indican que todos los publicados por Gomulka corren esa suerte, así como los ejemplares de la revista teórica "Nowe Drogi", del Partido. A veces, los "vistas" se enceguecen; obligan a arrancar los tacos y las suelas de los zapatos, rompen las patas de los muebles, desgarran la cobertura de los libros en busca de valores. Tuvimos un largo período de temor, antes del Congreso del Partido. Muchos candidatos supusimos que la asamblea cortaría la emigración. No fue así.

No obstante, la angustia continúa: ¿Saldremos o no? Retorno a mis ilusiones: Gomulka se afianzó; Moczar parece derrotado. ¿Cambiará ahora la situa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Ensayo calcular los siglos que mis abuelos vivieron aquí".

ción? Además, están los amigos, los que se quedan, quienes no podrán partir porque no son judíos. Los envidio. Termino a veces en un sopor místico. Refirmo ante ellos mi espíritu polaco. Ensayo calcular cuántos siglos mis antepasados vivieron en Polonia. De pronto, tengo deseos de ver la tumba de mi tío, el único miembro de la familia que fue enterrado, y no gaseado: se lo inhumó en Palmiry, un bosque de las afueras de Varsovia, donde los alemanes asesinaron a muchos millares de polacos. Un amigo nos lleva, en automóvil. No olvidaré jamás ese cementerio, esas largas filas de tumbas ubicadas en un cuadro idílico. Recorro las avenidas descifrando las inscripciones; a veces, encuentro sepulcros ornados con la estrella de David. Los examino íntegros. El nombre del tío no figura; quizá repose en algunos de esos túmulos que dicen "Desconocido". Bruscamente, un deseo loco me posee: quisiera ser inhumado en esta necrópolis. Volvemos a Varsovia. Ante nosotros, la ruta está desierta.

El tren para Treblinka

Gota a gota, muchos de nuestros más queridos amigos han partido ya. Los hemos acompañado a la estación. El tren de Viena sale a las 7 de la tarde, y en esta época del año ya es el crepúsculo. La estación de Dantzig, bajo la nieve, adquiere perfiles espectrales. Sus largos andenes parecen desolados. Unos meses atrás, cuando se marchó cierto escritor de renombre, uno de sus colegas, pasablemente borracho, apareció preguntando de qué andén salía el convoy hacia Treblinka. Sin dudas, una broma de mal gusto.

Hace cada vez más frío. Felizmente, no vendimos aún los trajes de invierno. Una mañana, saliendo de casa, encuentro en la casilla de correos la nota ansiosamente esperada. Es un impreso. "El comando del Ejército notifica al ciudadano (...) que su demanda de pasaporte para Israel fue aceptada." Para retirar la carta de viaje es necesario presentar un certificado de las autoridades municipales, relativo a la devolución del domicilio, una constancia de trabajo (en los hechos, es un comprobante de cesantía) y 5.000 zlotys —alrededor de 63.000 pesos argentinos—. El salario medio es de 2.000 zlotys (unos 25.000 pesos argentinos). Yo esperaba saltar de gozo en ese instante. Pero nada. Me siento cansado.

La recta final comienza. Tenemos tres semanas para salir de Polonia. Necesito una entrevista con los controles aduaneros. El que me recibe es bastante simpático. Me pregunta sobre mi oficio y el de mi mujer a fin de examinar si podemos llevarnos una máquina de escribir. También quiere saber cuántas habitaciones tenemos en nuestro departamento, para determinar la cantidad de alfombras que es posible retirar del país. En cuanto a mi pregunta relativa a qué otras cosas podremos exportar, me contesta que la Aduana resolverá en definitiva.

En seguida me precipito a la Municipalidad; me indican que los inspectores pasarán dentro de unos días para examinar mi alojamiento y fijar el costo de las reparaciones. La comisión llega. Un hombre y un par de mujeres; recorren mi casa, miden la superficie de las paredes, verifican el estado de las puertas, de las cerraduras, de las canillas. Dos de éstas pierden un hilo de agua. "Será necesario cambiarlas". sisea una de las mujeres. Antaño, existía una cocina de carbón, que nosotros sacamos para instalar la de gas. Se nos impone reconstruir la anterior. Después de un trapicheo de media hora, llegamos a un acuerdo: nos comprometemos a dejar nuestra instalación de gas. En cuanto a la restauración del departamento, deberemos consultar a un experto. ¿Dónde encontrarlo? El inspector se encargará de ello. Al día siguiente se presenta en casa: él mismo es el experto. Pequeño diálogo amigable; nos dice que su labor es muy dura y que confeccionar un presupuesto le llevará mucho tiempo. Por fin lo hace en una hora y lo trae; eso sí, reclama una sustancial remuneración. Otros 5.000 zlotys...

Vamos a retirar nuestras cartas de viaje, a cambio de las cuales dejamos nuestras cédulas de identidad. henos aquí: somos apátridas.

Mi mujer encontró a alguien que se ocupará de embalar los cajones; existe toda una pequeña industria creada en torno de los emigrantes; desde que uno comienza la mudanza se inicia el desfile incesante de la clientela. "¿Se marcha usted?" "¿Qué vende?"

Fui a retirar las visas: la francesa, la belga y la de Alemania Federal. Me encamino a comprar los boletos del ferrocarril, pagados en divisas gracias a los amigos de Francia que nos enviaron el dinero. Hasta entonces se podía recibir el vuelto en divisas y sacarlo como plata suelta. Nos quedan seis dólares. Pero no, no podremos sacarlos. El Ministerio de Finanzas promulgó una instrucción al respecto. Desde luego, no concierne más que a los judíos. Igualmente, hasta entonces se podía pagar en zlotys el envío de un baúl como "equipaje acompañado". La merced rige aún para la generalidad del público, pero no para los judíos. Necesitamos, desde luego, encontrar unos 30 dólares, para el viaje...

Apenas dormimos tres o cuatro horas por noche. Me dicen que no se puede sacar más de 50 discos usados por familia; sobre los excedentes pesan derechos aduaneros similares al precio de la placa nueva. Me dicen que no es posible llevarse más de diez cuadros o grabados. Hace más y más frío: el termómetro desciende a 10 grados bajo cero.

Llega el gran día. Nos presentamos en la Aduana a las 9. Hace 15 grados bajo cero. La noche antes, nuestro equipaje fue entregado al expedidor. Nos previno que tendríamos dificultades con nuestras obras de arte y probablemente nuestros libros (tenemos alrededor de 800). Con todo, iniciamos la jornada con optimismo. Dos jóvenes aduaneros. Muy "correctos". Deciden comenzar por los libros. Los hojean página a página. De vez en cuando apartan uno en la mesa. "Nuestros jefes decidirán..."

Las obras de arte (tres cuadros "naïfs" y una tela de poco valor) van a parar a ese costado de la mesa. Luego, los siguen tres litografías, un icono, tres cuchillos, un par de elefantes de ébano, una baqueta antigua, una ilustración encuadrada y otros "objetos de arte", del mismo género, además de seis dibujos de Nikifor. Hace tanto frío en el galpón donde se realiza el control que estamos literalmente helados. Unos obreros nos invitan con un vaso de alcohol de 90 grados. Felizmente. Debe hacer por lo menos 10 grados bajo cero.

Hace cinco horas que estamos aquí. Todavía nos inspeccionan los libros y las baratijas. La compulsa finaliza, los jefes llegan; son cuatro "altos funcionarios". Miran atentamente nuestros cuadros y los libros. Se alejan. Uno de los jóvenes aduaneros los acompaña. Largo conciliábulo. El aduanero regresa. Podemos escoger tres cuadros y un dibujo de Nikifor. El resto no podrá salir de Polonia. Estoy estupefacto. El conservador de los Museos nos había dado el permiso para sacarlos porque no son obras valiosas. Trato de protestar. El muchacho nos señala a sus superiores, con un aire de impotencia. Tengo ganas de llorar. Y este frío...

Será necesario que volvamos al día siguiente, porque quedan muchas cosas por controlar; cada objeto es largamente examinado; los bolsillos de los trajes cuidadosamente revisados. Vamos directamente a lo de unos amigos; allí exploto. A medida que mi cuerpo recupera la temperatura normal, sufro más el efecto de esta humillación, de esta impotencia frente a cuatro funcionarios que, cuando nosotros quisimos protestar contra la rapiña, nos contestaron: "Pero ustedes viven en una galería y no en un albergue normal. Con todos estos cuadros..."

Ayer todavía abrigaba dudas. Me preguntaba si hacíamos bien en salir de Polonia. Ahora no tengo ninguna duda. Y me sorprende sentir algo que se parece al odio; durante años trabajamos como turcos y ahora se nos impide sacar lo poco que nosotros tenemos. Pienso, con todo, en aquellos a los que secuestran cosas de más valor, en quienes deben romper sus muebles con el pretexto de facilitar la inspección, en quienes ven rehusado su derecho a sacar las alfombras o los utensilios, más de dos frazadas por persona, más de tantos o cuantos cubiertos, más de cuatro kilos de objetos de plata...

En dos días gasto más de 3.000 zlotys en propinas; a esos que ponían nuestras cosas en los cajones, a los que escribían con tizón nuestro destino en los baúles, a quienes de inmediato los transportaban al vagón: "Usted comprenda, sería una lástima que este cajón se cayera, que se rompiese, con toda esta nieve y este barro..."

Listo. Ya expedimos todo. Partimos mañana. Nuestro dormitorio está desesperadamente vacío. A la noche, invitamos a algunos amigos a tomar la última copa. Sesenta personas vinieron a la cita. Bebimos hasta las tres de la madrugada. Charlamos. Muchas amigas de mi mujer lloraron. Pero pasamos bien el duro trance.

Son las 11 de la mañana. El tren hacia París sale al mediodía. Los amigos vienen a recogernos en auto para depositarnos en la estación de Dantzig, la misma que se convierte, en estos meses, en la encrucijada del adiós. Hace frío: 18 grados bajo cero, pero el sol brilla. Hemos reservado asientos, pero yo soñaba encontrar una cucheta en el vagón-cama de Moscú a París. Lamentablemente, el guarda exige por ellas demasiada plata.

Nos instalamos entonces en nuestro compartimiento. Con las valijas, las flores, las tabletas de chocolate y las botellas de vodka que nuestros amigos nos alcanzan por la ventanilla; de inmediato, la cabina se llena. Hace un frío de mil demonios y un ferroviario que pasa nos anuncia que el calefactor está descompuesto. Se necesitan 24 horas para llegar a París. Un amigo nos trae una botella de champagne ruso y dos vasos; al menos, lo tomaremos "bien frappé".

Nos faltan algunos minutos. Ensayamos unos adioses a la veintena de amigos que vinieron a despedirnos. En la euforia de la partida no tengo tiempo de pensar que ya nos los veré acaso jamás. Sólo cuando trepamos al convoy definitivamente, cuando nos acodamos en la ventanilla, me doy cuenta en verdad de que voy a expatriarme. Al sacudirse el tren, mi mujer estalla en sollozos. Yo lloro también. No hacemos ningún esfuerzo por ocultarlo. No tenemos de qué sentir vergüenza. Ensayo mirar una vez más las caras de mis amigos, de quienes nos permitieron soportar el golpe hasta el final, de quienes nos ayudaron. Los que se quedan.

Mientras el andén se escapa con rapidez, mientras sus siluetas se alejan, de pronto tengo la sensación de ser un cobarde, de huir. Tomo a mi mujer en mis brazos. Los ramos de flores que nos rodean hacen pensar más en un entierro que en un viaje al extranjero. Mi hermano se empeñó en acompañarnos hasta la frontera. Somos tres, entonces, en este compartimiento glacial. Nada nos decimos. Media hora pasa antes de que yo recupere el uso de mi voz y el deseo de hablar. Pero entonces, ¿qué decir?

Después de laboriosas negociaciones, el guarda soviético acepta venderme dos cuchetas, a 500 zlotys cada una. Dejamos entonces nuestra madriguera. Para matar el tiempo, y sobre todo para no hablar, nos ponemos a jugar a las cartas. Pasan tres horas. Llegamos a Poznan. Los aduaneros suben, junto con los guardias fronterizos; el control de los pasaportes se inicia. Impiden a mi hermano acompañarnos hasta la frontera; podrá hacerlo pero en otro vagón. Nos decimos hasta la vista en un pasillo, bajo la mirada investigadora de los últimos funcionarios polacos a los que nos será dado ver en mucho tiempo.

Un oficial pasa y nos pide nuestras cartas de viaje. Las examina, verifica si las visas son auténticas. Nos las devuelve con un "dowidzenia" (hasta pronto). Hemos pasado la frontera. Entran los aduaneros de la República Democrática Alemana. En adelante, en torno de nosotros nadie habla más el polaco. Somos apátridas. Descorcho la botella de champagne. Casi no me ofrece resistencia. Parece normal. No hay de qué. ⊖

Copyright L'Express, 1969.



"Partían antes los dueños de buenos departamentos."



"¿De qué vía sale el convoy a Treblinka?"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Andar en las nubes, sin semáforos.

Después del coche y el yate, el avión es para los argentinos la próxima conquista. Hasta ahora sólo la concretaron algunos estancieros y empresarios, dispuestos a reemplazar la incomodidad del tránsito con un placer de alto nivel.

EL SUEÑO DEL AVION



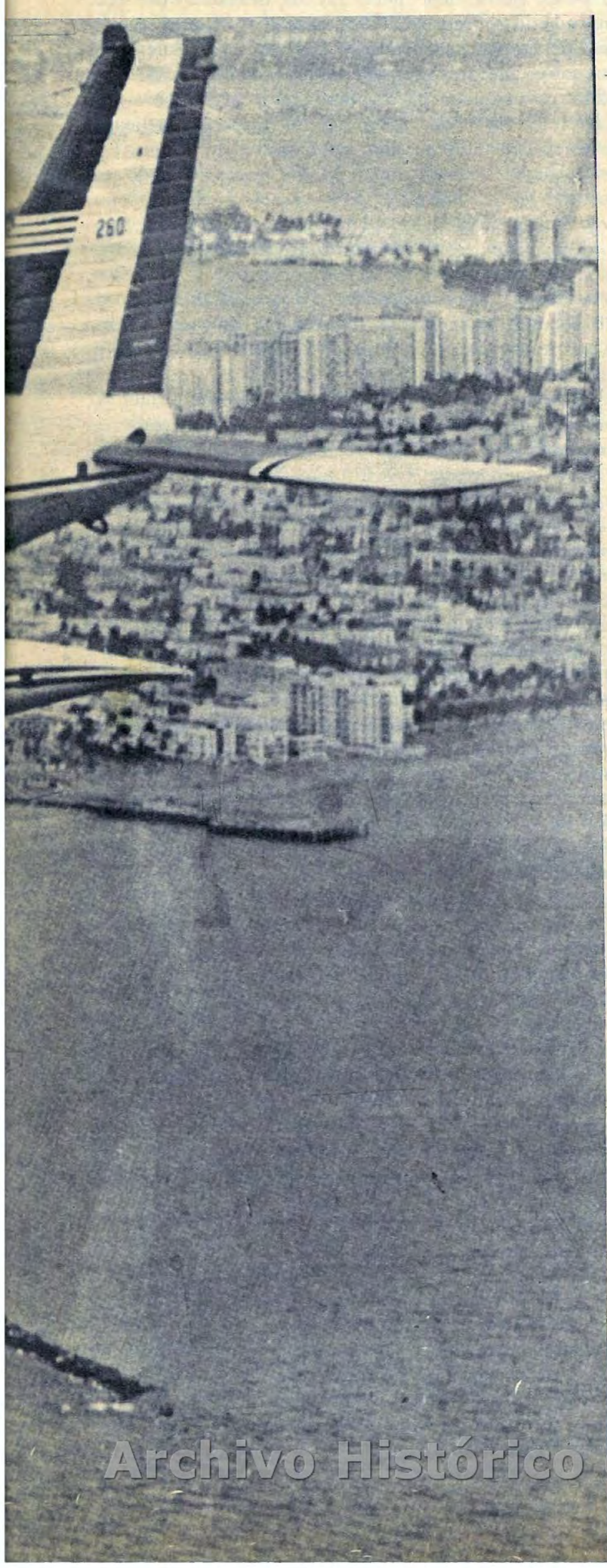
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Las visitas pueden llegar de improviso, pero se van volando.

PROPIO

por Francisco N. Juárez





Estancias: Campos para la aviación.



Guardería a quince minutos de Buenos Aires.

El joven estanciero salió de su establecimiento, en General Lavalle, dispuesto a concertar una compra de hacienda. No iba lejos: apenas unos cien kilómetros, hasta Maipú, una distancia que su monomotor —un pájaro metálico cruzado por franjas de color bermellón— suele cubrir en menos de una hora.

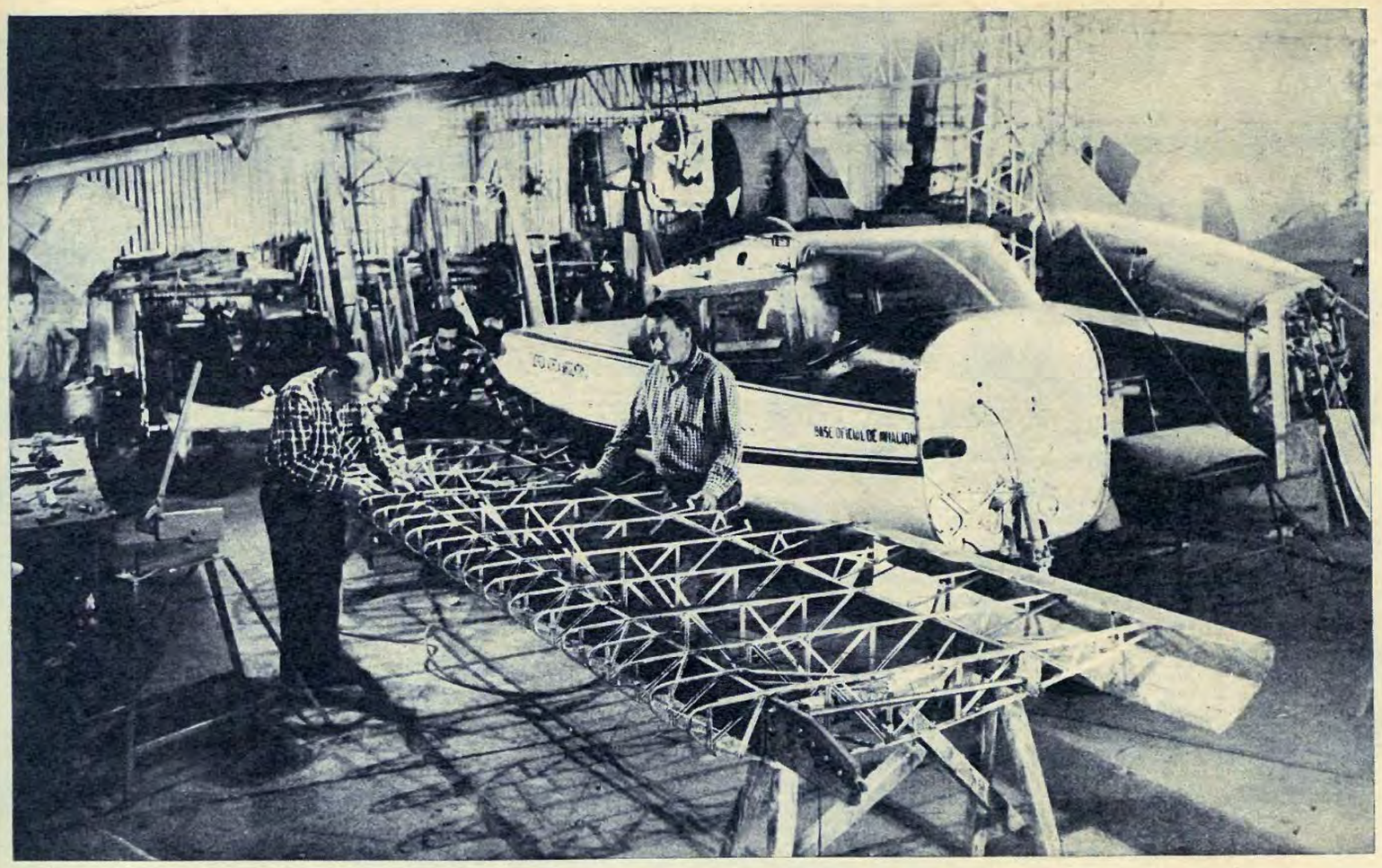
Pero la cálida temperatura y la proximidad del mar lo tentaron lo suficiente como para torcer el itinerario. Enfiló entonces hacia el Cabo San Antonio y recorrió la inmensa recta donde se juntan las aguas y la arena; afirmado a los comandos, hizo una pasada rasante y descendió, luego, sobre la zona que acababa de descubrir la bajamar. Un par de solitarios pescadores fueron testigos: el avión se posó con delicadeza y su piloto inauguró la temporada de baños.

Él mismo se encargaba de susurrar la anécdota, una semana atrás, en el Snack Bar del aeródromo de Don Torcuato, Buenos Aires.

Se necesitaron sesenta años —los que van desde el nacimiento de la aviación civil en la Argentina— para que el joven estanciero pudiera remojarse en el Cabo San Antonio. Como él, decenas de habitantes han terminado por surcar el país en sus máquinas voladoras, con la misma rutina que otros dedican al automóvil. Esos sesenta años sirvieron, además, para que 19.000 postulantes alcanzaran la licencia de piloto civil; si bien sólo un 20 por ciento se mantiene en actividad, gozan hoy de un notable florecimiento en materia de pistas oficiales y privadas. Los servicios de taxi aéreo, de fumigación y sanitarios, el auge del paracaidismo y los clubes profesionales, ensancharon el mercado.

Dos factores contradictorios, pero no excluyentes, propulsaron el crecimiento aeronáutico zonal. Las provincias de Buenos Aires y Córdoba —por ejemplo— reclutaron hasta el momento 65 y 20 aeroclubes, un índice que señala el desarrollo alcanzado; se trata de un caso de economía pujante. En cambio, la falta de caminos obligó a Corrientes y a Entre Ríos a valerse del avión como medio salvador: ahora, ambos estados se reparten 25 aeroclubes; la Patagonia, por motivos similares, alberga a 28. En toda la Nación funcionan 250; la mayoría —alrededor de 200— están asociados en la Federación Argentina de Aeroclubes,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



La maternidad: Alumbramiento de los mejores modelos.



Renato Puggioni



Roberto Laplace

que ha convocado a sus huestes a una asamblea: sesionará en diciembre, en Mar del Plata.

Roque Pugliese (48, tres hijos), presidente de la FADA, sostiene que "volar es un lujo". El juicio no sólo proviene de un análisis sobre los costos del aprendizaje, sino también de un examen de las posibilidades económicas de la población. "Más del 90 por ciento de los argentinos no podrían, siquiera, afrontar un curso barato —dice Pugliese en su despacho de Chacabuco al 100, Capital Federal—. Por ahora, con toda justicia, nos corresponde una aviación pobre. Creo que los aviones en servicio son suficientes."

No obstante, sugiere una salida para el estancamiento: "La desgravación impositiva de cuanta inversión se realice en el medio aeronáutico, ya sea por compra de aparatos, construcciones, maquinaria. Esta medida será mucho más importante aún que la liberación del recargo que grava la importación de monomotores" (50 por ciento de recargo; exceptúa a los bimotores). Pugliese, en fin, deduce que el sueño del avión propio es antes una consecuencia de la situación económica, que un síntoma de snobismo o el resultado de una adecuada divulgación.

En la década del 20 nadie imaginaba hasta dónde llegaría la abundancia de automóviles. En la Argentina, satisfecha esta conquista, el yate ocupa el lugar inmediato: su futuro no es desdeñable en un país donde sobra litoral marítimo y fluvial. Sin embargo, ese mismo país exige, con su inmensa extensión terrestre, un uso cada vez mayor de aviones. Los entendidos aseguran que la proliferación de aeródromos, la instalación de instrumental de apoyo y la adecuación de las leyes desbrozarán el sendero.

Un curso de piloto civil cuesta entre 100 mil y 150 mil pesos, un precio razonable si se lo compara con el de otros sitios. Puede completarse en 45 días, pero a menudo se extiende el plazo con el fin de totalizar las 40 horas de vuelo que insume la peripecia y así escalonar la financiación. Los instructores no aconsejan separar demasiado las clases: citan razones pedagógicas de mejor aprovechamiento. Un mínimo de 17 años de edad, el ciclo primario aprobado y el sorteo de un examen psicofisiológico son los requisitos esenciales para iniciar la carrera. A las lecciones teóricas —motores, aerodinámica, meteorología, navegación aérea— se añaden las prácticas; los aviones-escuelas, generalmente, son Piper PA-11 y PA-12 y Cessna 170.

Obtenida la licencia, siguen 25 horas de vuelo solitario: los nuevos pilotos tienen vedado durante ese tiempo llevar pasajeros. Más tarde pueden hacerlo, gratis; de lo contrario, deben conseguir licencia comercial (200 horas de vuelo, nueve de ellas en bimotores) y emplear máquinas habilitadas para el aerotaxi. Un aspirante a piloto tiene los cursos al alcance de sus pies, si no de su bolsillo: en el Club Universitario de Aviación (con campo en el partido de La Matanza, sobre el Camino de Cintura, a 500 metros de la avenida Ricchieri), el Club Argentino de Aviación (altura del kilómetro 24,700 de la Ruta 3) y la legión de institutos privados como el de Don Torcuato.

—Yo, por ejemplo, comencé en el Aero Club de Mercedes. Era oficial de la Policía de Buenos Aires y allí me habían destinado. A causa de los traslados, lo concluí en Don Torcuato —dice Arnaldo Greco, 33, dos hijos—. Los comienzos fueron difíciles. Cuando tenía 18 años no podía pagarme una sola clase. Entonces opté por el paracaidismo. Cumplí más de 700 saltos, entre automáticos y comandados, pero mi pasión estaba en las cabinas de los aviones. Me recibí de piloto comercial, dejé la Policía y ahora pienso dedicarme al aero-taxi. No se gana mucho con eso: hay tres pilotos en actividad por cada máquina.

Los cursos de pilotaje comercial son mucho más caros: unos 900.000 pesos; las clases prácticas, un promedio de 4.500 pesos la hora, se reciben en el aeródromo Mariano Moreno, de José C. Paz. Con todo, esa licencia autoriza a operar en el Aeroparque de Buenos Aires.

Antes de cada curso es indispensable el análisis médico, que se repite anualmente para los pilotos privados y comerciales y para los instructores de vuelo; cada seis meses deben superarlo los pilotos comerciales de primera y los llamados aeroaplicadores (fumigación). Los instructores, antes de lograr ese título, acumulan 500 horas de vuelo; los comerciales de primera, 700. Estas maratones parecen inútiles hoy, cuando los adelantos tecnológicos han transformado a los pilotos en supervisores de tableros automáticos.

Los diferentes modelos

Con el *brevet* en la mano, quien quiera adquirir su avión habrá de atenerse a un principio esencial: saber elegir. Los aparatos cuestan en los Estados Unidos entre 8.000 y 150 mil dólares, cifras aumentadas por las tasas de importación: un recargo del 50 por ciento del precio original y flete, 10 por ciento de impuesto a las ventas y 1,5 por ciento de estampillado consular; para los bimotores en adelante, el recargo del 50 por ciento desaparece. Estas barreras fueron puestas con la intención de proteger a una incipiente industria local de monomotores que aún carece de vigor.

La Cámara de Comercio de Aviación resume tantas dificultades en una estadística: 1947 fue el año de mayor esplendor en cuanto a la compra de máquinas; a partir de entonces, el parque no sufrió una ampliación lógica. Sólo en los últimos tiempos el ritmo se aceleró: conviene recordar que la expansión del cabotaje aéreo data de un lustro atrás.

Tres firmas atienden la demanda local, desde simples avionetas monomotores con VFR (*Visual Fly Reference*; referencia visual) hasta otros con IFR *(Instrumental Fly Reference)*, que permite el vuelo por instrumental. En ese sentido, sobran los aparatos con radiocompás: se conecta la sintonía que emite un aeropuerto determinado y, en un cuadrante, una aguja marca el punto adonde hay que dirigirse, con la vertical O. Otros modelos incluyen el piloto automático, un elemento que también puede agregarse a las máquinas que no lo poseen. Entre las exquisiteces figuran las avionetas con ILS, aparato electrónico que sirve de acercamiento para los aterrizajes con bajo techo de nubes. Claro que son pocos los aeródromos argentinos equipados con el ILS emisor.

En Cygnus, Leandro N. Alem 884, está la distribuidora de Cessna; el 182, un monomotor fabricado en el país, se vende a 12 millones. Will L. Smith, en Luis Sáenz Peña 443, representa a la Beechcraft; los Piper, cuya línea llega hasta el bimotor turbohélice del tipo Navajo, tienen su delegación en la Aircrom, propietaria del aeródromo de Don Torcuato. Allí también pueden comprarse aviones usados: por ejemplo, un Cessna 182 a 4,5 millones de pesos.

Las ventajas del uso, en materia de aviación, no deben olvidarse; obligatoriamente, tanto la parte llamada planeador como los motores sufren revisaciones periódicas. El planeador es sometido a reparación casi exclusivamente por razones de deterioro o envejecimiento (como en el caso de los aviones forrados en tela). El motor pide una atención más minuciosa: se concreta en "operaciones de mantenimiento", que a veces llegan al desarmado total. Así, bajo la fiscalización de la Fuerza Aérea, los aparatos curan su salud.

—Existen "operaciones de mantenimiento" de 25 y 100 horas de vuelo —informa Renato Puggioni, 52, cinco hijos, inspector de aeronaves—. Cada 25 horas se efectúa una limpieza de bujías y cambio de aceite. A las 100 horas se agrega el examen de platinos y magnetos. Cada 1.000 a 1.200 horas se practica una "recorrida general": desarmado el avión, se verifica cada una de las piezas del motor, para controlar su desgaste. Cada motor tiene un límite de desgaste que sería imprudente sobrepasar; las piezas que superen ese límite deben ser rectificadas o cambiadas. Ultimamente han salido motores más tolerantes, como el Laycoming 0-235, que aguanta 2.000 horas sin recorrida.

Después de cada operación, el inspector extiende un certificado que se suma al historial del avión. Estos trabajos cuestan unos 15.000 pesos, cuando se trata de las 25 horas, y algo más en el de 100; las recorridas generales, de planeador y motor, importan 1 millón; como es preferible guardar el aparato bajo techo, los gastos crecen: el *hangaraje* oscila entre los 20 y 35.000 pesos mensuales. La aeronafta, de 80 a 130 octanos, tiene precios diferentes, con base en los 40 pesos por litro; en lugares alejados, esa cantidad sube, pues debe computarse el acarreo.

Las operaciones de mantenimiento dieron origen a una serie de talleres especializados. En lo que respecta a motores, los entendidos recurren a Siper Aviación, al 2000 de la calle Constitución, en Victoria. Allí, Exprinter Perotti (63, un hijo) y Raúl Santiago Siri (55, cinco hijos) monopolizan la rectificación y vigilancia del 50 por ciento de los motores del país. Los dos son viejos amigos y los dos comparten un fervor semejante por la mecánica.

En 1933, Siri emprendió un raid desde Lincoln hasta la Capital Federal, en un auto que había construido con desechos de distintas marcas; el bólido costó 150 pesos, y la aventura insumió 25 litros de nafta y 4 de aceite y deparó a su autor una foto en la portada de *Noticias Gráficas*, el 22 de abril de aquel año. Siri también ganó prestigio al forjar uno de los primeros sistemas de humo para los aviones que hacían publicidad en el cielo, a gran altura, escribiendo Geniol o Safac. También preparó el aparato con que Enrique *Patoruzú* Sáenz Valiente unió las provincias argentinas, a comienzos de la década del 50.

"Ahora me preocupo de que todas las tareas se cumplan estrictamente —declara Siri—. Primero, se desarma el motor y se limpian las piezas sumergiéndolas en un líquido a base de fenol. Los cilindros se *arenan* exteriormente y se descarbonizan. Se hace la inspección de luces y tolerancias (medida de todas las piezas de acuerdo a las tablas estipuladas para cada motor y marca). Algunas piezas se magnetizan y luego se introducen en un líquido, el principio de un procedimiento para comprobar si existen fisuras del material." La joya del taller es una rectificadora de cilindros Bryan, una de las pocas que hay en el país. También un banco de pruebas, anidado en el subsuelo del taller, con una ventanilla de comandos.

En el ambiente de pilotos, los nombres de los talleres, su fama y las características de sus dueños, son tema de conversación ininterrumpida. Todos saben que cualquier repuesto puede tenerlo Américo Biagiola (65 años, dos hijos), quien, con la ayuda de su hijo Carlos (piloto civil como su padre, y también técnico aeronáutico), dirige un taller en el aeródromo de San Fernando, "dedicado al desarmado de aviones

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Isidoro Lasalle



Arnaldo Greco



Roque Pugliese



Máximo Martín Lasalle



Raúl Santiago Siri



Américo Biagiola

accidentados o en desuso". "Hasta hace 4 años hacía reparaciones generales, pero actualmente —aparte de vender aviones y aeronafta Esso— sólo me buscan para toda la diversidad de repuestos. Llegué aquí para establecerme en el año 1942. Mi clientela es casi exclusivamente de estancieros que me conocen desde hace muchos años."

San Fernando, un aeródromo que disminuyó su importancia a medida que creció el de Don Torcuato, es punto clave para las reparaciones. Especialmente van allí los pilotos dedicados a la fumigación. La reparación de casi todos los aviones fumigadores se hace en el taller de los hermanos Isidoro (62, dos hijos) y Máximo Martín Lasalle (63, una hija). Según Isidoro, completan 55 reparaciones por año, una cifra importante. Además "fabricamos equipos de fumigación completos que se venden entre los 300 mil y 400 mil pesos." Tienen una clientela segura: "Muchas veces se tragan los alambrados o se topan con los cables aéreos que bordean algunos caminos", dice Máximo. Además hacen reparaciones en avionetas convencionales, y hasta venden aviones.

En Don Torcuato, seis talleres absorben buena parte del mantenimiento y reparaciones de los clientes más sofisticados. El concesionario Damnotti Hnos., por ejemplo, atiende toda la línea Piper con exclusividad. Desde los PA (11-12-18 y 22) hasta los Cherokee, Comanche, Navajo y Azteca. Gozan de segura clientela porque en Don Torcuato hacen noche los aviones de varias empresas (Loma Negra, Calera Avellaneda, Banco Provincia de Buenos Aires, del Oeste, Junta Nacional de Carnes y varias empresas frigoríficas y de la construcción) y también fuertes estancieros: Rodríguez Larreta, Zuberbühller, Santamarina, Torres Zavaleta, Álzaga, Blaquier. "Podríamos armar un excelente team de polo", suelen bromear los hermanos Damnotti. También han pasado por el aeródromo otras figuras menos acaudaladas quizá, pero bien conocidas: pilotos como Juan Carlos Rousselot, Pipo Mancera.

Pero el negocio de los talleres de reparaciones y mantenimiento está ligado a la constancia de los trabajos y al incremento de las horas de vuelo. Una medida que los favoreció, el año pasado, fue un decreto de la Fuerza Aérea que subvenciona las reparaciones de los alicaídos planteles de aeroclubes. Según Pugliese, presidente de FADA, el presupuesto de 1968 permitió el arreglo de 200 aviones, por un total de 100 millones de pesos.

La vida de un piloto puede arrancar en un modesto aeroclub provinciano, pero quedará atrapado por un mundo distinto y privilegiado. Difícilmente pueda juntar entre los 15 y 70 millones de pesos que debería invertir para adquirir un Beechcraft, los 17 a 30 millones de la línea Cessna, o los 40 millones de la Piper. No obstante, compartirá la elegancia de los aeropuertos, perdurando arriba de un aero-taxi, o conchabándose como piloto en alguna empresa.

De algún modo, ese ambiente puede ser entrevisto en una visita al aeródromo de Don Torcuato, uno de los dos aeropuertos *privados internacionales* del mundo (el otro está en Inglaterra) y cuyo mantenimiento no arroja pérdidas.

—Si es redituable —asegura Roberto Laplace, 58, cuatro hijos, un aviador con licencia comercial, que vuela desde hace 32 años— se debe a que iniciamos la experiencia hace 22 años, cuando todo esto era un bajío surcado por arroyos.

Si bien la última inundación de la zona (1967) elevó las aguas 80 centímetros sobre la pista pavimentada de 1.200 metros, las instalaciones asentadas —y la improbabilidad del meteoro— lo transforman en un punto atractivo. Son 62 hectáreas con hangares que alojan a 150 aviones. Otra cifra igual pernocta al aire libre. Pegado a la Ruta Panamericana y a 15 minutos de la avenida General Paz, es el lugar ideal cerca de la ciudad.

Apenas sale el sol se inicia la actividad con la llegada de las 200 personas que trabajan en los 6 talleres, la oficina de operaciones, escuelas de instrucción, el servicio de Aduana, la oficina de la Policía Federal, y los dos restaurantes. En uno de ellos, el concesionario Juan Ferreiros ofrece diariamente unos 50 almuerzos (no más de mil pesos *per capita*). El gasto se reduce a la mitad, a pocos metros, si se está dispuesto a almorzar montado en un taburete, en el diminuto Snack Bar. Un consejo de pilotos habitués regentea la pileta de natación, sumamente codiciada. Los usuarios son los que abonaron 15 mil pesos la tarjeta por la temporada, para uso de un matrimonio (10 mil en el caso de solitarios). Otros ingresos provienen de los aterrizajes (500 pesos cada uno) que se operan en la pista pavimentada. Dos pistas de tierra se reservan para aprendizaje y emergencia.

"La importancia de este aeródromo proviene del número de movimientos anuales que registra. Este año quizá llegue a los 60 mil movimientos. Durante el verano se registran de 50 a 60 movimientos internacionales diarios", asegura Laplace. En realidad, Don Torcuato es el segundo aeropuerto del país si se considera el número de movimientos (decolajes y aterrizajes). Quizá la mayor conmoción que se recuerda fue la casi furtiva llegada de Ernesto *Che* Guevara, en febrero de 1961; aunque nada se encubrió, "y Guevara hizo tranquilamente su trámite aduanero; luego una cantidad de hombres con trajes oscuros lo rodearon, y partió rápidamente en un coche".

"Pero lo más frecuente aquí —prosigue Laplace— es el movimiento utilitario de industriales y estancieros, siendo los pioneros en adherirse a la aviación." Cuando hace 22 años, Laplace junto con Manuel José Quirno, Jorge Chillado Biaus y Horacio Rezzano (recientemente desaparecido) fundó el aeropuerto, quizás no imaginó el monstruo que hoy maneja como presidente de Aircrom. "Había empezado casi como un lugar de recreación", asegura.

Desde allí Juan Soulas, un empresario exportador de cueros, va tres veces por semana a las ocho de la mañana y viaja hasta Azul. "Lo que antes me tomaba 7 horas de ida y otras tantas de vuelta, ahora lo hago en un santiamén. Vuelvo en el día y, en verano, hasta puedo llegar a almorzar, y zambullirme un rato en la pileta antes de volverme para la oficina", explica.

El estanciero Desiderio José *Pochoco* Echeverz Harriet sale a menudo de Don Torcuato y es uno de los viajeros más frecuentes. Con sus asociados atiende cerca de 20 establecimientos, administración que sólo se hace posible por el uso constante de aviones: 24 en total, entre fumigadores y de transporte. Pilotean hasta los peones.

Hay quienes afirman que apenas 2 mil aviones civiles surcan nuestro espacio aéreo; los más optimistas consideran que son más de 3 mil. A falta de un censo oficial, hay que aceptar que el parque aeronáutico no es del todo satisfactorio, máxime si se tiene en cuenta que la Dirección Nacional de Aviación Civil había estimado que la Argentina necesita, para 1970, un total de 6.200.

Si a tales pretensiones se adecua una legislación viable, es posible que el sueño del avión propio deje de ser eso, un sueño. ⊖

COMPETENCIA
es un club
quincenal
de información
y capacitación
empresaria

COMPETENCIA
Revista Quincenal de Economía y Negocios

Informes y pedidos de Suscripción: Editorial Primera Plana S.R.L.
Departamento de Promoción y Circulación - Perú 367 - 1er. piso
Tel. 33-8576/70 y 34-8018/10

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



"La China de Mao tiene la seguridad de ser un gran país."

LA ERA DE MAO

En el rastro de Marco Polo

por Edgar Snow y K.-S. Karol

"AL mundo entero le conviene más una China altiva, recuperada, que una China sometida, humillada a los pies de otra potencia."

¿Quién se expresa de esta manera? Nada menos que Edgar Snow, un periodista norteamericano que pasó varios meses de 1936 junto a Mao Tse-tung y los demás jefes revolucionarios (Chu En-lai, Chu Teh, Lin Piao); *Estrella roja sobre China*, libro que publicó al año siguiente, se convirtió en un clásico, tanto en los países anglosajones como en China misma. En 1963 volvió a encontrarse con sus interlocutores de tres decenios atrás; su nuevo libro, *La China contemporánea*, fue traducido al español por la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica. La crítica es unánime: Snow conoce China mejor que ningún otro occidental.

Fui a visitarlo recientemente a la pequeña aldea suiza de Saint-Cergues, donde reside —con su mujer y sus dos hijos— en una casa que el filósofo Henri Bergson mandó construir para sí en los albores de la Primera Guerra Mundial. Snow tiene 63 años, una nevada cabeza de intelectual y una mirada amistosa. Es uno de esos inconformistas que siempre están listos para defender las causas que les parecen buenas, con una fe ingenua que entronca con las tradiciones del pensamiento norteamericano.

Llegado a Shangai en 1928, Snow se mantenía aún en esa ciudad en el momento de la invasión japonesa de 1932; luego aceptó un puesto en la Universidad de Yenching, fundada en Pekín por misioneros de su país.

Las dos camisas

Sus amigos y alumnos chinos se sentían profundamente humillados por la pasividad del Gobierno Chiang Kai-shek ante la penetración militar japonesa. El caudillo nacionalista afirmaba que, de momento, convenía "asegurar la unidad, extirpar a los bandidos rojos y sólo después resistir". Cuatro años de esta política facilitaron a los japoneses la ocupación de la Manchuria y de muchas otras posesiones en China; pero los "bandidos rojos" no habían desaparecido, a pesar de las acometidas del Generalísimo.

—Yo deseaba enormemente encontrar a esos hombres misteriosos, por la captura de los cuales Chiang ofrecía primas fabulosas: 250.000 dólares de plata por Mao y otro tanto por Chu Teh. No era una tarea fácil. Pero en 1936 la esposa de Sun Yat-sen, viuda del fundador del Kuomintang, me proporcionó un pasaporte escrito con tinta invisible para ingresar en la zona dominada por Mao. Viajé a Sian, en el Noroeste de la China, donde un guía me hizo pasar a través del frente. El momento fue bien escogido: el joven mariscal Chiang Hsue-ling, encargado de la lucha contra los rojos, no tenía ningún deseo de combatir; preparaba entonces su famoso "golpe de Sian", en el cual Chiang estuvo a punto de perder la vida.

Luego de un periplo a lomo de mula, bastante accidentado, Snow llegó a Pao An, la capital de la República Soviética China.

—La ciudad estaba devastada —memoró —por las inundaciones de varias décadas atrás, y jamás fue reconstruida. Los líderes comunistas se habían instalado en cavernas que también operaban como magníficos refugios antiaéreos. En uno de tales antros, en junio de 1936, conocí a Mao Tsé-tung. Él no pesaba entonces más de 50 kilos, y llevaba el uniforme vulgar de los comunistas chinos, sin ninguna insignia del grado; su única riqueza era una camisa de recambio que su mujer lavaba ostensiblemente ante los ojos de los huéspedes.

Snow continuó:

—Al punto, Mao se puso a hablarme de la lucha contra los japoneses: imponía condiciones a Chiang, a Washington, a los ingleses; concretamente: se expresaba como si gobernara toda China. De su personalidad se desprendía una impresión de fuerza física y de brutal alegría de vivir. Era un fumador inveterado y muy dispuesto a bromear. Su memoria y su capacidad de lectura me impresionaron vivamente.

La larga marcha

Insistí para que me contara su vida: deseaba explicarme, a través de ella, qué era un revolucionario chino. Respondió entonces que sus peripecias individuales carecían de interés; sólo el Partido contaba realmente, no sus líderes. Pero al fin aceptó. Yo iba entonces todas las tardes a su madriguera y de ese modo recogí unas 20.000 palabras de confidencias de Mao.

Su historia es, en principio, la del hijo enfrentado con su padre, un rico cultivador de Hunan. Después, la de un joven intelectual convertido al marxismo, aunque él veía en el campesinado el verdadero motor de la revolución en China. Finalmente, es la historia de sus luchas contra sus camaradas del partido, que no querían aceptar sus puntos de vista. En 1928, Mao fue excluido de la dirección porque preconizaba una guerrilla de campesinos y se obstinaba en organizarla. Se lo acusó entonces de ser un "aventurero putschista y sectario".

Por fin, cuando logró reunir un verdadero Ejército y controlar un territorio considerable, fue readmitido; pero el nuevo jefe del Partido, Li Li-san, quería llevar una guerra total a los nacionalistas. Otra vez, Mao no estuvo de acuerdo y desplegó torrentes de energía para luchar contra el "li lisianismo". Paradójicamente, sus acusaciones contra Li eran bastante semejantes a las que luego formularía contra Kruschev, tras la crisis del Caribe.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El 2 de octubre se cumplen 20 años de la proclamación de la República Popular China, uno de los acontecimientos decisivos de nuestro tiempo. Desde Moscú se han irradiado versiones según las cuales Mao Tse-tung sufrió un infarto y está incapacitado: el poder habría caído en manos de un triunvirato formado por el sucesor designado, Lin Piao; el Primer Ministro, Chu En-lai, y uno de los animadores de la Revolución Cultural, Cheng Po-ta. Pero la duda subsistirá mientras Mao no aparezca en el estrado, durante la manifestación conmemorativa en la Plaza de la Paz Celestial; salvo que se recurra a un sosias, fantasean los observadores escépticos.

El presente informe consta de tres partes: una conversación de K.-S. Karol, famoso periodista húngaro (residente en París), con el autor norteamericano Edgar Snow, "el Marco Polo del Siglo XX", reputado como el primer sinólogo del mundo y autor de dos entrevistas históricas a Mao; Roberto Aizcorbe reconstruye la historia de estos veinte años y Osiris Troiani examina las relaciones de China comunista con las otras dos superpotencias.

Mao no triunfó, en definitiva, sino después de la Larga Marcha, en la cual impresionó a todos sus camaradas por su ingenio y tozudez.

Cuando en Pao An se extendió la nueva de que Mao me estaba contando su vida, todos los demás jefes comunistas me asaltaron con el propósito de relatarme las suyas. Es así que rápidamente me convertí en el poseedor de un verdadero "quién es quién" de China comunista.

Lo interrumpí para preguntarle si los consejeros rusos se prestaban también a las confidencias.

—¿Consejeros rusos? —se asombró—. No los había sino en la imaginación de la prensa nacionalista. De hecho, las relaciones de Mao con Moscú eran menos que esporádicas; yo tuve la impresión de que jamás existieron.

El culto de Stalin

En cambio, el culto de Rusia, el de Stalin, se habían arraigado fuertemente en el comunismo chino. Tenían necesidad de creer que no estaban solos en su lucha. No contaban más que con sus propias fuerzas para mantener el frente de combate; pero ese sector, para ellos, no era sino una parte limitada de la guerra de clases mundial. Me sorprendía —lo mismo que en mi último viaje— ver a esos hombres de lengua y tradición tan distintas devorar literatura marxista escrita por los filósofos y economistas de Europa.

Snow pasó entonces a referir su segundo viaje, el de 1963.

—Volví a ver a Mao en ocasión del 11º aniversario de la revolución china. Esta caverna me parece bastante más grande que la anterior —bromeé al entrar. "Hubo algunas mejoras, efectivamente", respondió Mao. Y me invitó a su casa. Pasamos nueve horas charlando, pero esta vez *off the record*: por eso, no puedo dar sino una impresión.

Las guerras locales

Me parece que Mao tiene, junto con su equipo, un extraordinario conocimiento de los problemas de China; a la vez, cree encarnar las aspiraciones y los deseos de su pueblo. Mao es, por otra parte, su propio reportero. Al menos, gastaba ocho meses del año viajando por el país, hablando con las gentes. Admite la discusión, al revés de los soviéticos, y no busca eliminar a quienes no están de acuerdo con él en un momento dado. No puedo menos que ilustrar tal estado de cosas diciendo que Li Li-san, su antiguo jefe, es su Ministro de Trabajo.

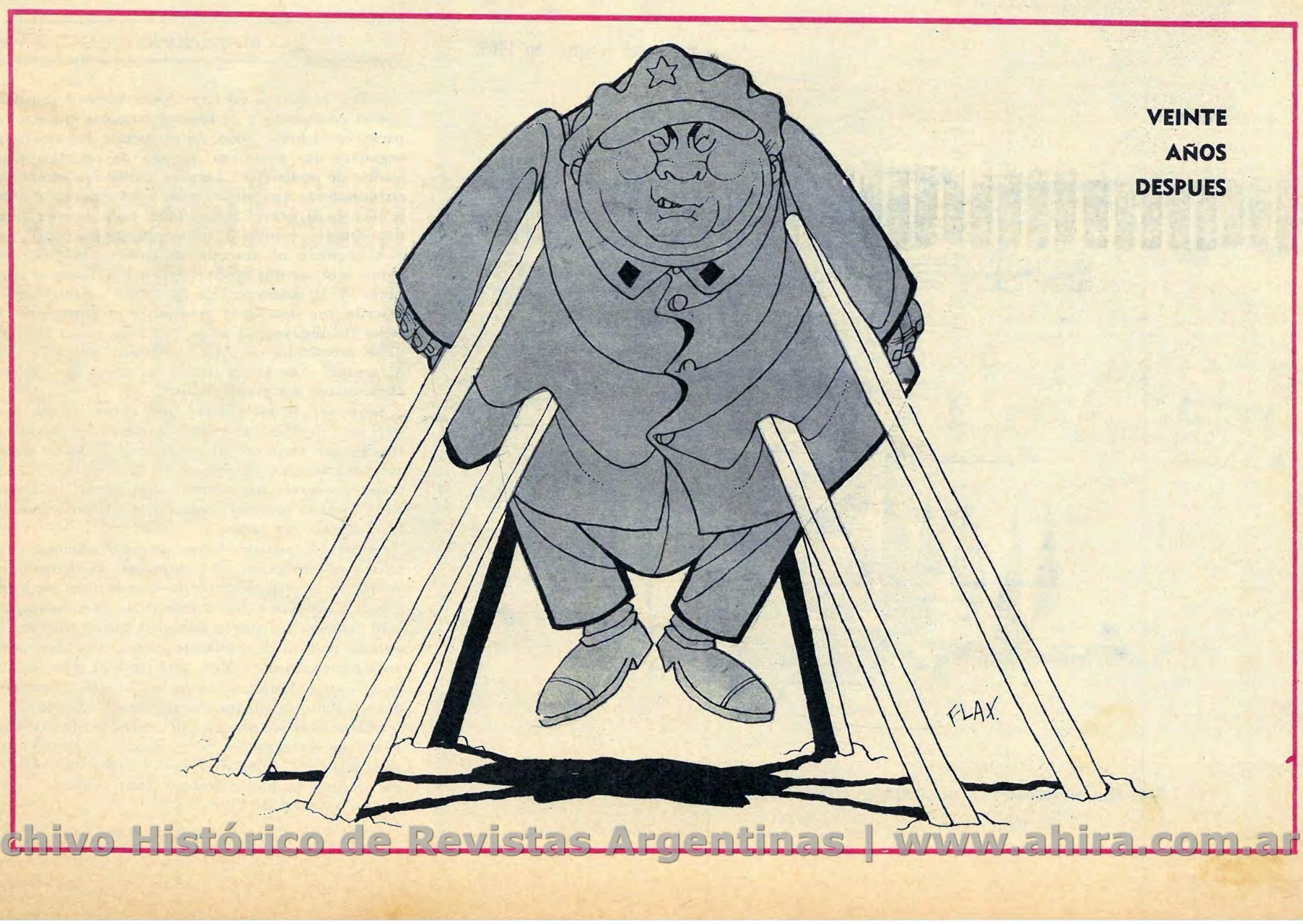
—El chino de hoy —juzga Snow— tiene conciencia de que, por primera vez en muchos siglos, existen en su país un Gobierno y un sistema que ensayan sacarlo del subdesarrollo. La confianza de los líderes en las posibilidades de China es contagiosa; no sé, en verdad, si viene desde arriba o si brota de las bases.

Por todas partes se encuentra ahora ese sentimiento de orgullo y de dignidad, que contrasta con el servilismo de los chinos de antes. La China de Mao tiene la seguridad de ser un gran país y exige que se lo trate como tal.

En el presente —bromeó Snow— un chino puede muy bien decirle a usted que no comprende por qué el Presidente de los Estados Unidos, o el de Francia, no hablan en dialecto cantonés; después de todo, muchos Ministros del Gobierno de Pekín hablan perfectamente el francés y el inglés: ¿por qué los dirigentes de otros países no habrían de estudiar el chino?

Pregunté si esa toma de conciencia acerca de la fuerza de las masas y del país no es, acaso, el origen del expansionismo del régimen chino, al que se acusa de fomentar la guerra.

—Mao no quiere una guerra general, estimó Snow.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Tiempos de Yennan.



Con el jefe del Ejército: Chu Teh.



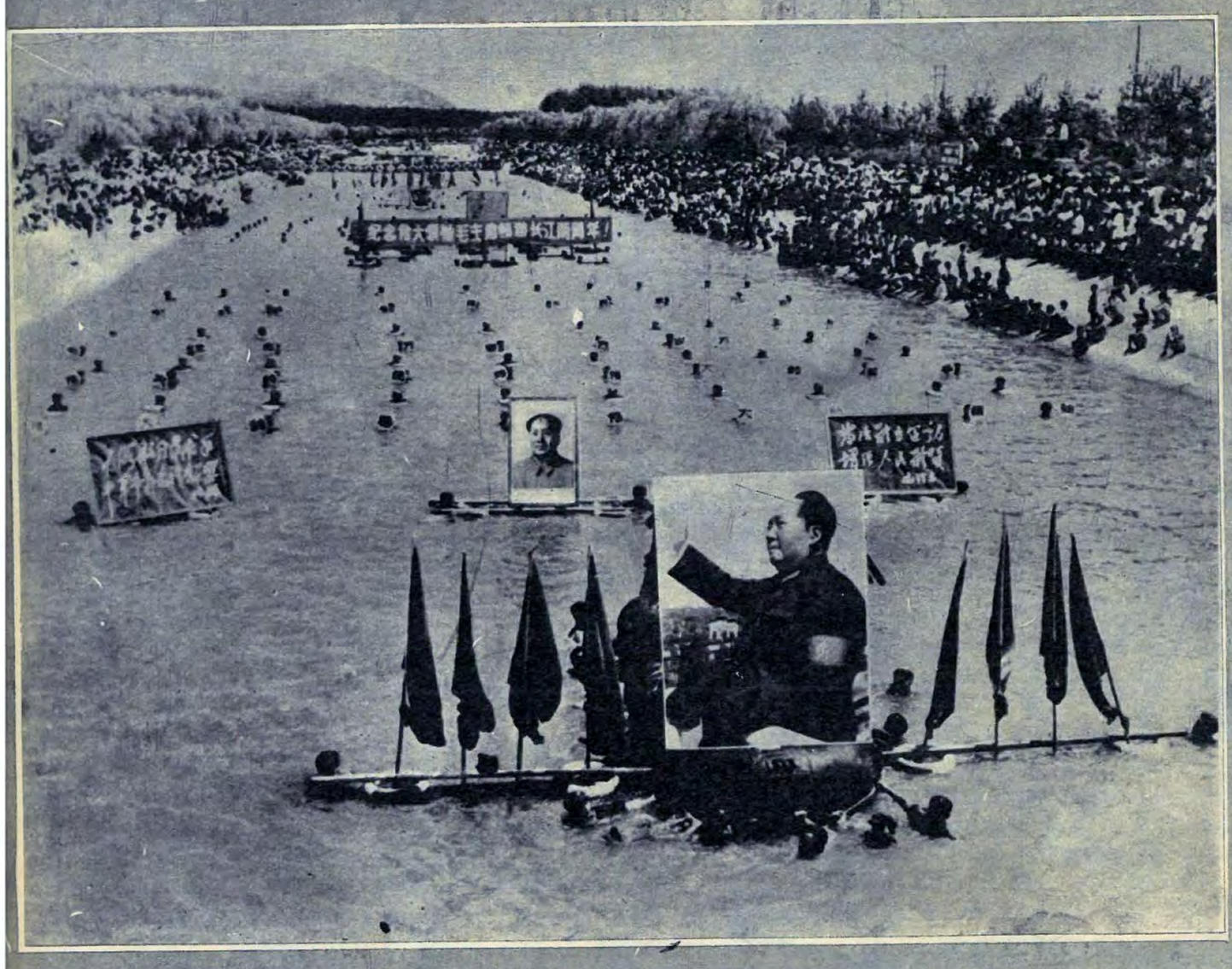
Intelectual, enfrentó a su padre.



Comienza el "culto de la personalidad".



El cruce del Yangtse, en 1966.



Cada año, en recuerdo de su proeza, se celebra la parada náutica.

No está loco. Simplemente, defiende la necesidad de usar la fuerza en las guerras revolucionarias internas. Los rusos temen que hasta ese tipo de conflictos pueda desencadenar el holocausto nuclear. Para evitar el riesgo, están listos a aceptar un *statu quo* en el mundo entero; para Mao, es algo que representa a la larga un daño proporcionalmente más grande.

—¿Es solamente aquí donde reside la diferencia entre chinos y soviéticos?

—Creo que los chinos tuvieron muchas decepciones en sus tratos con los rusos. En su ardor revolucionario se imaginaron, después de su victoria de 1949, que Stalin aceptaría una dirección bicéfala del bloque comunista, y que entre China, Rusia y las "democracias populares" europeas se establecería una suerte de cooperación orgánica para la valorización de sus riquezas comunes, sin tener en cuenta las fronteras nacionales o étnicas. Después de todo, no se entiende por qué la mano de obra sobrante de China no podría utilizarse en la industrialización de la Siberia subpoblada. Pero esto era, evidentemente, una gran ilusión.

Nadie sabe qué pasó durante el encuentro de Stalin y Mao, en 1950, y el propio Mao no quiere hablar de ello. Nadie conoce tampoco la historia misteriosa de la guerra de Corea, desencadenada por los rusos, y que tornó implacable la enemistad entre USA y China: condujo al Pentágono a instalarse en Formosa —pese a las seguridades anteriores del Presidente Truman—; Rusia no sufrió ninguna condenación de la UN y normalizó sin dificultades sus relaciones con Washington. Es una historia apasionante, y resulta posible preguntar si Stalin no imaginó toda esta operación para inmovilizar a USA en Extremo Oriente, enemistarla con China y librarse así de la presión ejercida sobre su propio territorio. En todo caso, es cierto que China, aun hoy, continúa pagando los gastos del conflicto coreano.

Los chinos —prosiguió Snow— comprendieron muy pronto que, como en las épocas de la República de Yennan, ellos no pueden contar sino consigo mismos: son fieles a esta divisa. Pero, como entonces, tienen necesidad de creer en algo: que esta batalla no es aislada, que los otros segmentos del frente de la lucha de clases se mueven igualmente y que así aceleran la victoria definitiva. Por eso formularon una estrategia dinámica para los movimientos revolucionarios del extranjero, más que nada, en los países atrasados. Y esto es, precisamente, lo que agravó su conflicto con los rusos.

—Pero también hubo desacuerdos sobre la conducción interna de China: sobre todo, en cuanto a la famosa decisión de integrar Comunas Populares y encontrar un atajo hacia la sociedad comunista. ¿Siente Mao que él es el responsable de esos errores?

—No puede evitar la responsabilidad de tales fracasos, aunque no haya sido el único en elaborar las decisiones. Porque Mao no es el dictador absoluto que era Stalin; pese a que su autoridad es reconocida en todas partes, existe una dirección colegiada en China y ocurre a menudo que él queda en minoría dentro del Gobierno.

Media vuelta

—Pero el fracaso del Gran Salto Adelante demostró que el entusiasmo y el trabajo humanos no son capaces, en el breve plazo, de compensar los handicaps negativos que significan la falta de capitales y de medios de producción. También existió un cúmulo de circunstancias que perjudicaron a los chinos; o, como se dice en la URSS: "Mala suerte, mala cosecha ¡maldita Rusia!" —rubricó Snow sonriendo.

A su juicio, no obstante, los hombres de Pekín supieron ejecutar una media vuelta y restablecer el equilibrio de la economía. En *La China contemporánea*, describe con detalles el progreso y el dinamismo interior del régimen: él no es, con todo, ni un abogado ni un procurador de Mao. Se empeña, apenas, en ser un testigo, y no vacila en aportar datos que podrían ensombrecer sus propias tesis.

Snow, eso sí, suele hablar con cariño de sus amigos: uno de ellos, el médico norteamericano George Hatem, que viajó con él a China en 1936, se quedó allí para siempre. Tampoco olvida a ciertos intelectuales que fueron arrastrados a trabajar en las Comunas Populares para ser "reeducados" despiadadamente en el laboreo del campo.

Se refiere, además, a las plagas tradicionales de China: la corrupción, la prostitución, las hambrunas, debidas a la mala distribución y a la falta de transportes, y que ahora fueron extirpadas. Pero Snow también condena las nuevas lacras: la burocratización, el sistema policial de vigilancia mutua. Por cierto, admira personalmente a Mao, pero también sabe ubicarlo en el cuadro histórico chino: esa historia mancillada por un siglo de dominación occidental en Asia.

"China al fin se pone de pie", exclamó Mao Tse-tung el día de la fundación de la República Popular. En esas palabras —concluyó Snow— existe algo admirable, y Mao ha hecho bastante para fortificar la columna vertebral de China. ⊖

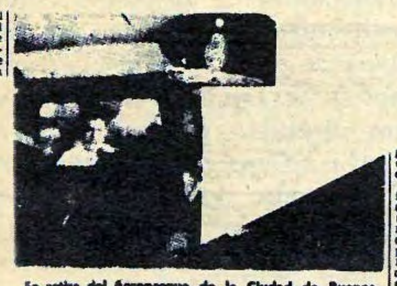
Copyright K.-S. Karol y PERISCOPIO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NUESTRA PREOCUPACION CONSTANTE:

ESTAR EN LA FAMILIA

(y lo conseguimos !)



Se retira del Aeroparque de la Ciudad de Buenos Aires el comisionado federal en Córdoba, general Jorge Raúl Carcagno, momentos después de producirse su arribo desde la ciudad mediterránea. (Radiofoto de UPI).

LA ESTACION VIA SATELITE SE HABILITARA EN AGOSTO

BUENOS AIRES, 28 (UPI). A mediados de agosto estará en condiciones de funcionamiento la estación terrena de comunicaciones vía satélite que se instalará en el edificio de Comodoro Py 2055, informaron hoy fuentes oficiales.

El equipo citado permitirá adecuar la emisión de la NA- a los ciclos en que se reportan los programas de argentinos. A esa efecta técnicos extranjeros.

...nel Dietrich hizo permanencia en ...orte para firmar ... los servicios de ... Baleares y del ...ional de Bue... se está insta... gallo y Tal... convenios se ...ez, circuitos ...misiones de

...bre en la madrugada del 31 de julio.

...nel Prémoli

...UPI). ...ución y ...or Federico ...presentó en la ...renuncia al cargo ...a desempeñando des... el 7 de junio de 1967, ex... presó un escueto comunicado oficial distribuido a las 18.30 de hoy.

A esa hora, no obstante la falta de información oficial al respecto, se sabía ya que la renuncia del Sr. Frischknecht había sido aceptada y que se designará en su reemplazo al coronel Luis Máximo Prémoli, actualmente jefe del departamento instrucción de la jefatura III de operaciones del Estado Mayor del Ejército.

Durante la jornada, el coronel Prémoli se interiorizó del funcionamiento de aquel organismo. Por la mañana, en compañía del señor Frischknecht, mantuvo una reunión con el jefe del estado. Posteriormente almorzó con el comandante en jefe del Ejército, general Alejandro Lanusse y en horas de la tarde mantuvo una reunión con los directores de las radios oficiales.

En las últimas horas, concurrió de nuevo a la Casa de Gobierno donde mantuvo otra reunión con el señor Frischknecht.

Se estima probable que asuma sus funciones a fines de la semana en curso o a principios de la próxima, una vez que tenga decidido quienes serán sus colaboradores inmediatos.

Entretanto, un vocero autorizado adelantó la posibilidad de que la secretaría creada por Frischknecht sea desdoblada.

Uno de los organismos —dijo— tendría a su cargo exclusivamente la parte referida a difusión y prensa que asumirá el coronel Prémoli, y el otro se consagraría a turismo.

Los embajadores ofrecen sus renuncias

BUENOS AIRES, 28 (UPI). Informó esta noche el canciller Juan B. Martín ... embajadores están ofre... sus, la... derad...

doctor Zorraquín Becou, quienes ofrecieron sus renuncias.

Manifestó que es su propósito "tomar contacto con todos los embajadores argentinos en el exterior para analizar el estado actual de nuestras relaciones a efectos de determinar la acción a seguir en el futuro con cada uno de ellos".

"Tal contacto —agregó— servirá para dar instrucciones a fin de estrechar más las relaciones con los países del mundo". Reiteró que en cada caso "ofrecen sus renuncias para facilitar la tarea". Mientras tanto, indicó, "regresan a la sede de sus funciones para continuar trabajando".

El doctor Martín ... esta noche al presidente de la Cámara Argentina de Comercio, Jorge Orig. Según un ... tavos, oficial el canciller ... me el propósito de ... contactos con todos ... res privados, relacionados ... las fuentes de ... exportación.

Ressia a Esp... Ad...

Será ... desti... empr...

BUENOS ... — El secret... te, Ingeniero ... Rossia, partió ... destino a Madrid ... tar fundamentalmente ... pra de cuatro buques ... dos a la flota de ... Líneas Marítimas ... (ELMA).

La compra for... plan de reequipa... que se ... construcci...

Se ... Nuevo ...

Urgentes problema...

PARIS, ... sidente Ge... convocó hoy a ... bierno a una reun... binete que se realiza... miércoles próximo, para ... tar los urgentes problemas que encara Francia.

El primer mandatario recibió formalmente a los 20 miembros del gabinete anunciado anoche por el primer ministro Jacques Chaban-Delmas, en una audiencia realizada en el Palacio del Elíseo esta tarde.

Chaban-Delmas fue presentando a cada uno de sus colaboradores a Pompidou y a continuación se tomaron las tradicionales ... conjunto ...

...presidencial.

La comisaría de la feria anunció la asistencia de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, México, Ecuador, Perú, El Salvador, Guatemala, Honduras y República Dominicana, además de casi todas las naciones europeas.

El total de expositores será ... alrededor de los tres mil y ... rma principal del certa... El progreso al servicio ... consumidor".

...anto se relaciona con la ...ntación, desde hornos ...modernos hasta el trans... refrigerado así como ...os sistemas de autoservi..., será mostrado en este pri... certamen que de la es... cialidad se celebrará en Madrid con carácter interna... cional.

La Lote... a la Ca... Bienest...

Una ley ...

...taller de "Charlie", donde fue a dar el fuselaje. Los otros tres tripulantes eran el copiloto Carlos Bredor, el ingeniero de vuelo Carl Gonzáles y el sobrecargo César Molina.

El accidente ocurrió en una zona plena de negocios automovilísticos pero en ... circunstancias ... dencias. Testigos ... contaron ... contra...

...del 28 de este mes al 13 de julio.

...ción feria... ...raexpo... El Justice Dayna... no detalles de la mue... se inaugurará el próximo ...ves, en una reunión de pren... sa.

La feria ha sido montada en los terrenos situados en la intersección de las Avenidas Pueyrredón y Figueroa Alcorta, frente a la ... recho.

Personalidad ...

El doctor Da... de la organizac... de todo cuanto ... participacion ... exposiciones y ... nes, funciones ... desde la creac... de Israel en ... con este motivo



DIA TRAS DIA

LOS ANDES

llega a todos con su sobria línea periodística. Mañana a mañana sus páginas brindan la posibilidad que todos estén en la noticia

Y PARA DAR LAS BUENAS TARDES,

EL ANDINO

ágil, ameno, distinto, entrega su cuota informativa en todos los hogares.

en MENDOZA

Ud. puede llegar al NUCLEO FAMILIAR con la máxima EFECTIVIDAD PUBLICITARIA utilizando la TARIFA COMBINADA

LOS ANDES MATUTINO

EL ANDINO VESPERTINO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

UNA MAGNIFICA INVERSION!

Acreditados al Instituto Verificador de Circulaciones.

Veinte años en seis momentos claves

por Roberto Aizcorbe

1949. Nace la República Popular — El invierno será cruel. En Pekín, ayer 1º de octubre, eran las 10 de la mañana y helaba todavía. Desde el alba, las guerrillas del Ejército de la Liberación flanquearon el ancho paseo que une el Templo del Cielo con la Ciudad Imperial: guarecidos en mantas de pelo de yak, fumando a veces, los "bandoleros rojos" parecían estatuas barnizadas por la escarcha.

Con el sol, la explanada vecina a la Puerta de la Paz Celestial abrazó a un gentío de tres millones de seres humanos: habían llegado a pie, en carretas, en sampanes, desde Kwuangtung, desde Chungking, desde Shensi, para escuchar al Jefe del nuevo Gobierno.

Hasta el mediodía aguardaron silenciosos, mientras el viento flameaba las altísimas pancartas, cuyos ideogramas desean larga vida al "nuevo dragón". A esa hora, los cánticos se elevaron desde todas las gargantas: es que Mao Tse-tung terminaba de aparecer en el escenario urdido sobre la gigantesca Puerta. El flamante jefe chino ha ganado algunos kilos, desde hace 30 años, cuando se lo veía por aquí como estudiante universitario: es un hombre alto, robusto, de cuyo rostro no se separa una sonrisa que lo torna impenetrable. ¿Será tan eficaz ahora como en la guerra? Este año la carestía liquidó 3.000.000 de chinos.

Es curioso, pero son los observadores norteamericanos, y no los rusos, quienes expresan mayor confianza en el líder comunista. Su primer discurso fue mesurado. Como parece natural, condenó a "los diablos extranjeros": en China es un lugar común oponerse a la ocupación europea. Aunque Mao lanzó también un "Programa de Prueba": si bien acuerda el predominio a la clase obrera, tolera a los artesanos particulares y a la burguesía nacional.

1953. El acuerdo de Pan-Mun Jon — Hoy, 27 de julio, los emisarios de las Naciones Unidas firmaron en esta aldea el armisticio definitivo con las tropas rojas de Corea del Norte y sus aliados chinos. Siguiendo la costumbre, los parlamentarios se reunieron bajo la inmensa tienda de campaña ubicada junto al villorrio. Por la mañana, las nubes eternas que coronan Pan-Mun Jon descolgaron un intenso aguacero: fue cuando los diplomáticos occidentales debieron apelar a los parasoles que les brindaron altos funcionarios de Pekín, con el objeto de llegar a la carpa. La inesperada ayuda se interpretó como un gesto amistoso de los chinos.

Más allá de las consecuencias inmediatas de la paz, los analistas vuelven a preguntarse: ¿Qué motivos impulsaron a Mao Tse-tung, en 1950, a sumarse al conflicto? Si la mayoría de ellos lo atribuyó entonces al simple deseo expansionista, hoy no son pocos los que revisan su actitud. Porque todo indica que China entró en la pelea forzada por extrañas circunstancias, en un momento en que necesitaba tranquilidad a todo precio. La explicación es simple.

En 1950, meses después de haberse encaramado en el poder, y mientras ardían las últimas convulsiones de la guerra civil, Mao lanzó su campaña de Reforma Agraria: era tanto como destapar un volcán, porque si bien afianza al pequeño cultivador, la ley también otorga a los Tribunales Aldeanos la potestad de confiscar los bienes de los campesinos desahogados.

Desde luego que el objetivo del régimen de Pekín apunta a contar en 1973 con un poderoso Estado Industrial: la renta necesaria para construirlo saldrá fatalmente del agro y es por eso que Mao intenta desplumar a los boyardos. En estas circunstancias, ¿convenía sumar los problemas de una guerra?

A juicio de los sinólogos ingleses, fue Stalin quien obligó a China a sumarse al frente: luego de su visita a Moscú, en febrero de 1950, Mao recibió préstamos por 300 millones de dólares, lo cual permitió la instalación de 50 fábricas, que conviven con las empresas semiprivadas, subsistentes en el territorio chino. Además, la ayuda rusa permitió transformar el Ejército de Liberación en una fuerza regular: durante la puja de Corea, los chinos recibieron unos 1.000 aparatos Mig, y comenzaron a fabricar tanques y cañones. Por esta razón, el Gobierno de Pekín se sentía obligado a Stalin; la muerte del Dictador georgiano, en marzo último, ¿facilitará una actitud más pacífica de parte de China roja?

Tal vez, aunque no es posible descartar una explicación extrema, a cargo de los asesores de Chiang Kai-shek, el amo de Formosa: sostienen que Mao se arroja a torbellinos como el de Corea para sobrenadar las dificultades internas. En efecto, en febrero de 1951 aparecieron en Pekín las "Regulaciones para los Contrarrevolucionarios", un manojo de penas severísimas que afectan en especial a los intelectuales liberales, los mismos que en 1948 aceptaron como un mal menor el avance del comunismo. El año pasado, finalmente, Mao popularizó "los tres anti": ordenaban luchar contra la corrupción, la "decadencia" y la burocracia. Se trata de un intento para purgar el Estado chino, que afronta graves contradicciones internas.

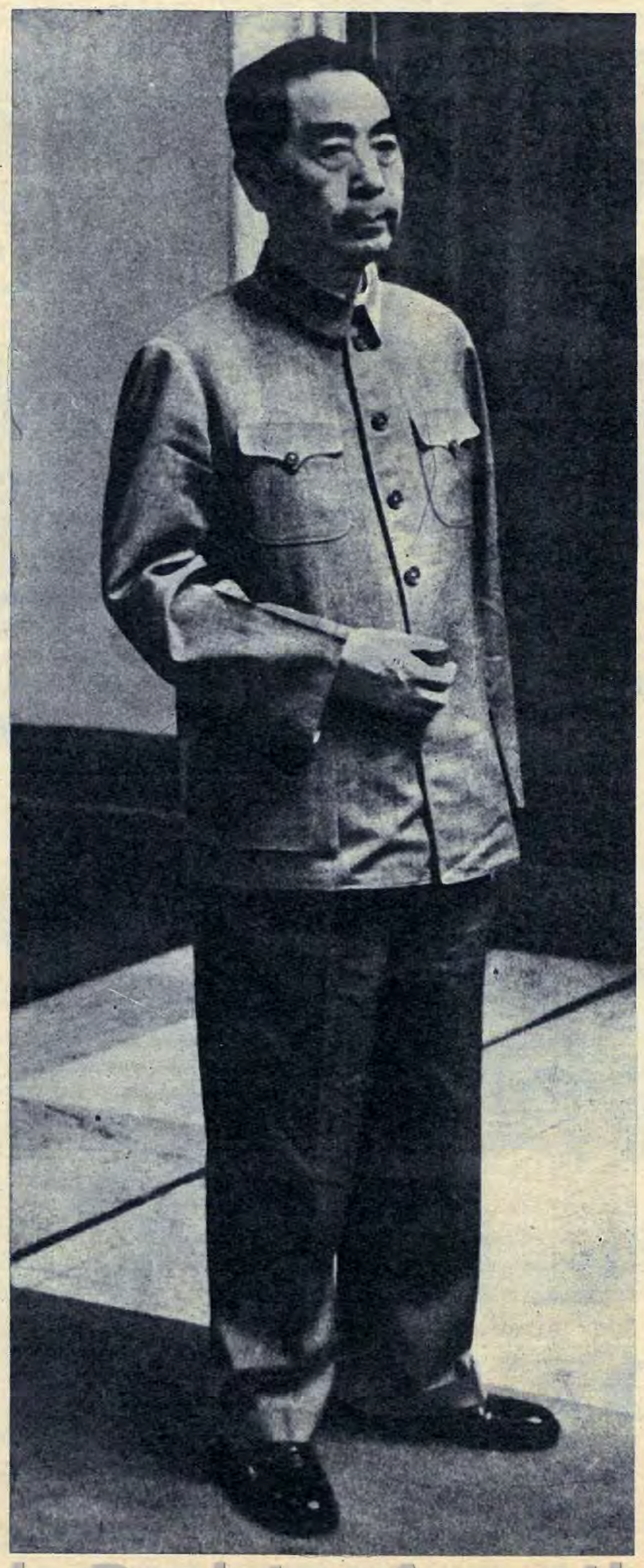
1956. El Movimiento de las Cien Flores — Un comentario de Radio Pekín captado ayer en Tokio informó, con retraso, acerca de un discurso que Mao, de 63 años, habría pronunciado el último 26 de febrero ante una asamblea de maestros. "Dejad que broten Cien Flores, y que se opongan entre sí cien escuelas distintas del pensamiento", exhortó el Dictador. La insistencia con que la emisora oficial difunde esta metáfora permite suponer que el régimen intenta liberalizarse en los aspectos culturales.

Hasta ahora, una creciente represión se cierne sobre las ideas y la vida de los intelectuales que habitan en China. Curiosamente, es de ellos que el Estado comunista debe esperarlo todo. Así es, porque China carece de técnicos y de instructores para afrontar el proceso de industrialización. Recién este año, según informes soviéticos, alrededor de 13.600 chinos se hallan en Moscú con fines de capacitación, mientras crece la cantidad de científicos rusos y checos en las fábricas chinas. Pero desde 1949, el contingente fundamental de sabios era el mismo que se formó en las universidades norteamericanas y europeas. Naturalmente, ellos chocaron con los marxistas que descendían de las montañas de Yennan. Para dominarlos, Mao optó por la "reeducación"; los confinó en las usinas, en las granjas; los resultados no tardaron en aparecer: "Me rindo al pueblo", clamaban los maestros, los médicos, los ingenieros; en un lustro todos ellos optaron por las "confesiones" públicas para salvar el trabajo. "Durante mi vida me dediqué a mis hijos: soy un puerco individualista", reconocía un profesor de literatura. "No me dí cuenta que los estudios botánicos son un arma del imperialismo", admitía con humildad un genetista. "Mi feo rostro de derechista burgués ha sido desenmascarado", confesaba públicamente un entomólogo.

Hasta ayer, sin embargo, la coerción no daba los frutos que el régimen calculó: más dóciles, los intelectuales no fueron por eso más productivos. A no dudar: las Cien Flores que ahora siembra Mao encubren una nueva táctica destinada a captarlos.

Por cierto que no es el único problema del comunismo chino: hace 16 meses, en octubre de 1954, cuando el nuevo zar de Rusia, Nikita Kruschev, viajó a Pekín para recibir la unción de Mao, se produjeron, según versiones no confirmadas, algunos roces entre ambas potencias comunistas. Es cierto que Kruschev entregó oficialmente a China el "enclave" de Puerto Arturo y el Ferrocarril de Manchuria; también es verdad que aportó nuevos créditos por 130 millones de dólares. Aparentemente, no coincidió con Mao en un aspecto ideológico fundamental: el caudillo chino pretende establecer una dirección colegiada del bloque socialista y Moscú no parece dispuesta a otorgarla.

El último de los azotes que caen sobre Pekín es el problema agrario: hasta 1955, el 90 por ciento del campesinado integraba cooperativas. Entonces, Mao comenzó a criticarlas; según él, la eficacia de tales organizaciones resulta dudosa, puesto que la propiedad de la tierra y de los aperos sigue en manos privadas y las oscilaciones de la producción obedecen más al mercado que a una planificación central. ¿Se apresta Mao a un re-examen total de su política económica?



Chu En-lai: Cuando los intelectuales sobrevive.

1959. La "caída" de Mao — Los diplomáticos occidentales intercambian ahora, junto con los tradicionales saludos de Pascua, una buena dosis de asombro ante la defenestración de Mao Tse-tung, ocurrida el 27 de abril: como se sabe, Mao fue sustituido de la noche a la mañana en la Presidencia de la China Popular; su reemplazante, Liu Shao-shi, un intelectual, parece algo mejor dispuesto para el diálogo, sobre todo con Rusia, cuya influencia, sin dudas, precipitó el cambio. Mao, con todo, retiene la Secretaría del Partido Comunista de China.

"Tanto Stalin como su antítesis, Kruschev, consideraron siempre que la Revolución China es un hecho indeseable", comentó ayer en París un vocero del Elíseo. "Y si apenas la toleran, es claro que Kruschev tampoco admitía las pretensiones de Mao por imponer sus propias tácticas al mundo socialista."

Pero la caída de Mao tiene estrecha relación con el fracaso del Gran Salto Hacia Adelante, inaugurado en febrero de 1958, con gigantesca pompa: "Creceremos 20 años en un día", afirmó entonces Mao; su nueva política económica consistía, básicamente, en la socialización total del campo. Un año más tarde, los dirigentes del Gobierno chino comprobaron que no sólo se había frenado el éxito de la cosecha sino que ésta experimentó un rotundo fracaso. Coincidentemente, se hicieron oír las críticas a Mao por parte de los intelectuales a quienes liberó de trabas durante el período de Las Cien Flores. El eco obtenido quizá dio argumento a los jerarcas chinos para insinuar al Dictador que acaso se encuentre un poco viejo.

Que el ostracismo de Mao fue impuesto por Rusia, es algo difícil de negar; las divergencias están a la vista: en febrero de 1956, cuando Kruschev descolgó la figura de Stalin, en el XX Congreso del Partido Comunista, el "Diario del Pueblo" de Pekín se apresuró a homenajear al extinto Dictador. Pese a ello, en octubre de 1957, el Kremlin prometía a China el secreto de la bomba atómica, una colaboración retaceada siete meses después. ¿Por qué? Debido al entredicho de noviembre de 1957: entonces, para acompañar a la URSS en el 40º aniversario de su revolución, Mao viajó a Moscú. Allí expuso su famosa tesis: sostiene que si la Primera Guerra Mundial sumió a unos 200 millones de rusos en el socialismo, y si la segunda aumentó el bagaje con 600 millones de chinos, es tonto temerle a una tercera guerra. Si el socialismo —opina Mao— no lucha ahora contra los capitalistas, luego será aplastado por USA. Lo ilustró con un adagio chino: "Si el viento del Oriente no vence al viento del Occidente, entonces predominará éste sobre aquél". En setiembre de 1958, China puso en práctica su nueva política: bombardeó las islas de Quemoy, en poder de Chiang Kai-shek, una provocación al Pentágono que Moscú desaprobaría.

1964. La bomba atómica china — Ayer 15 de octubre y hoy, dos explosiones igualmente sonoras conmovieron aquí, en Nueva York, el edificio de cristal de las Naciones Unidas: hace 24 horas, la defenestración de Kruschev del máximo sitial de la URSS abrió una serie de interrogantes sobre el futuro de las relaciones entre los dos bloques mundiales. Ahora el estallido de la primera bomba nuclear china parece sugerir que la humanidad es capaz de dividirse en tres sectores de influencia. Cualquiera sea el futuro, algo es cierto: Mao Tse-tung ha vuelto por sus fueros en la política interna de China, desde donde lo desplazaron sus acólitos en la primavera de 1959. El dragón, como se ve, no estaba muerto.

Por cierto que las torpezas de Kruschev ayudaron

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a reanimarlo: en setiembre de 1959, tras la célebre entrevista de Camp David, el demagogo soviético recorrió USA escoltado por los millonarios de Wall Street; de regreso, cometió el error de aterrizar en Pekín, donde no podían recibirlo sino con frialdad. Mao, cuyo sistema de colectividad rural había sido liquidado en agosto de ese año, tuvo así la oportunidad de afear entre los suyos la conducta del ruso, y de su aliado en China, Liu Shao-shi.

Pero hizo más: explotó el tradicional nacionalismo chino al exaltar desde el Partido Comunista, cuya sede mantenía, las reivindicaciones territoriales sobre Alma Ata, el corredor que desemboca en Vladivostok, y la meseta de Aldan; esos territorios habían sido entregados por el Imperio a la Rusia zarista, de acuerdo con los tratados de Aigun (1858), Pekín (1860) e Ili (1881). Consecuencias: a principio de 1960 se registraban los primeros incidentes ruso-chinos, en el Sinkiang. Poco más tarde, en abril, "Bandera Roja" incitaba a la guerra y provocaba al Kremlin: "Sobre las ruinas del imperialismo —escribía Mao— los pueblos victoriosos edificarán una cultura mil veces superior".

Era una agresión suficiente como para que los soviéticos retiraran, desde mayo hasta setiembre de 1960, sus 10.000 técnicos puestos a construir el progreso chino. Pese a todo, en noviembre, una reunión de 81 partidos Comunistas, que se efectuó en Moscú, institucionalizó las diferencias: los intereses nacionales eran sagrados —votó el pleno—, pero los partidos de la órbita comunista podrían, en adelante, discutir sobre aspectos ideológicos. En verdad, la resolución de la conferencia sirvió para agravar la polémica: en adelante, Mao acusaría a Rusia de revisar el marxismo-leninismo. El mote de "revisionistas" cayó desde entonces sobre la troika de Moscú, sin compasión. Desde 1961, los rusos dedicaron sus esfuerzos a aislar a China en la humanidad socialista; cercaron a Albania —un impensado apoyo que Pekín recibió con placer—, y en 1962 apoyaron a la India, cuando China invadió las zonas fronterizas del Himalaya pretextando maltrato a los súbditos chinos allí radicados.

Sin duda, en la concepción de Mao, el marxismo apenas es un instrumento occidental con el cual resulta posible dar una respuesta a los europeos; su éxito notorio consiste en haber logrado la unidad del pueblo chino, antes dividido por los infinitos caudillos locales. Lograrlo, y conseguir a la vez un moderado lugar dentro del concierto humano, quizá sea su meta más inteligible. En 1962, tras la crisis cubana, tuvo otra vez los triunfos en su mano: podía, ahora sí, acusar a Moscú de "capitulacionismo". A la caída de Kruschev, Mao vuelve a postularse como el líder bolchevique de mayor prestigio mundial.



Lin Piao: Una sonrisa que reemplazará a la de Mao.

1969. Sangre sobre el Ussuri — Los encuentros armados de chinos y rusos, en las riberas del río Ussuri, en marzo último, sugieren a los observadores europeos la posibilidad de una guerra total entre ambas naciones. "Sus consecuencias serían desastrosas para la unidad del campo socialista", aventuró un feliz consejero de USA, la tarde de ayer, en los salones del Hotel Crillón, frente a la revolucionaria plaza de la Concordia, en París. Los hechos fueron aprovechados por la delegación norteamericana en la Conferencia de Paz con el Vietnam del Norte, para presionar en favor de una disminución de los efectivos norvietnamitas, en el frente del Sur. En cambio, otros países de la órbita socialista se benefician con el desacuerdo: Rumania, entre ellos, ha acrecentado el volumen de sus exportaciones a China, así como, en la esfera "capitalista", Japón ya orientó hacia allí gran parte de su esfuerzo industrial. A partir de la caída de Kruschev pareció evidente que los dos grandes del universo socialista tenían un par de alternativas para elegir: o coincidían en la administración del potencial atómico común —y en consecuencia, manejaban en común la política del área— o bien reñían. En febrero de 1964, el teórico Froyd Suslov ya estimaba que la coincidencia era imposible, algo que parece reafirmarse ahora. En 1965, sin embargo, Leonid Breznev proponía a los chinos zanjar amablemente su disputa; apenas tuvo tiempo de abrir la boca cuando Mao desató sobre China su famosa "revolución cultural", destinada a extinguir los últimos focos del pacifismo ensayado por Liu Shao-shi. En 1967, las turbas pequinesas sitiaron varios días la Embajada de la URSS en China, y la guerra pareció decidida. En 1968, finalmente, China condenó con severidad la actitud de Ho Chi Minh, al autorizar este último la asistencia de su país a la Conferencia de Paz: si los vietnamitas salvaron el apoyo que les debe China fue porque —según lo explicaron en Pekín— "nuestra presencia en París obedece tan sólo al deseo de probar la mala fe norteamericana". Una vez más, en el escenario asiático, China y Rusia —esto es, Oriente y Occidente— se hallan enfrentadas: la sangre que regó el Ussuri ¿se extenderá sobre todo el continente? ⊖

Solo frente al mundo

por Osiris Troiani

Cuatro veces, en el mes de setiembre, los teletipos pespuntearon dramáticas variaciones sobre el conflicto ruso-chino, que lleva ya doce años de duración: día 11, inesperado vuelo de Kossyguin a Pekín; 17, siniestro artículo de Victor Louis en *Evening News* (con la amenaza explícita de un ataque nuclear sorpresivo); 19, reanudación de los ataques de prensa por ambas partes; 23, irradiación de rumores moscovitas sobre la muerte o incapacidad de Mao (quien no apareció en público durante cuatro meses).

Todo ocurre como si el Kremlin, en vísperas de los festejos veintenales del comunismo chino, hubiera decidido agotar las posibilidades de paz o disponerse a la guerra. En ningún momento fue más real el peligro de una confrontación armada por la supremacía entre quienes leen a Marx en caracteres cirílicos y quienes en herméticos ideogramas.

Las dos superpotencias comunistas están separadas por la más larga frontera del mundo; la más "caliente", también. Oblicua, corre sinuosamente por toda Asia, desde la inaccesible meseta de Pamir —el techo del mundo— hasta los hielos del Pacífico Norte, frente al archipiélago japonés. A través de 7.000 kilómetros, divide pueblos de edad inmemorial; no rusos, no chinos, temen por igual a los unos y los otros. A ambos lados de la frontera hay colaboracionistas y rebeldes; los rebeldes son colaboracionistas del país vecino. Para esos pueblos, el conflicto internacional implica una guerra civil cotidiana.

Irkutsk, en el corazón de Siberia, es la última escala de Aeroflot en territorio soviético; la siguiente, Ulan Bator, la antigua Urga de Gengis Khan, es capital de la República Popular de Mongolia (cuya gente, dominada por el Imperio Manchú hace medio siglo, vive desde entonces bajo la protección rusa); después el jet sobrevuela la Gran Muralla y se interna en la vasta, misteriosa, inaccesible China.

En el cielo gris de Irkutsk, en su río que fluye melancólico, en sus colinas regadas de torvas covachas de leños, perdura el paisaje de Miguel Strogoff. Pero los estudiantes y obreros de ojos rasgados giran ya en el engranaje de la civilización industrial. Ulan Bator, en cambio, es todavía el Asia verdadera, primigenia. Los hombres endosan túnicas de color rojo oscuro que caen lánguidamente sobre unas brutales botas de cuero, y cubren su cabeza afeitada con una especie de solideo blanco, recamado de oro y azul. Las mujeres, vestidas de raso hasta los tobillos —raso púrpura, morado, verde—, caminan ellas también con pesadas botas, pero alivian su rudeza con intrincados collares y con broches de oro en sus negros cabellos.

Reanudado el vuelo, se asciende a través de un espeso polvo dorado. El viento infatigable riza un mar de arena con leves ondulaciones, en el cual, de vez en cuando, un tumulto de rocas hincha el lomo, o unos oblongos cráteres salinos ostentan sus blancas pústulas. Diminutas caravanas rayan el desierto: es la "ruta de la seda"; como hace treinta siglos, transporta géneros, abrigos de piel, alfombras preciosas.

Es el desierto de Gobi el que domina y regula el clima del Asia continental: su arena, barrida por el viento, cubre toda China de una impalpable costra amarilla: por eso, sin duda, el amarillo es el color chino por antonomasia. La Gran Muralla no puede contra esa invasión; detrás de las ásperas montañas, por las que asciende un blanco tajo, los mismos torbellinos de nubes pardas ofuscan al viajero. Luego el paisaje se aplaca, campos y aldeas se suceden entre sus arrugas, y en la gran llanura parda se empinan árboles de un verde tierno y transparente. Por fin aparecen los lagos azules, los techos cóncavos, las blancas torres de porcelana: es Pekín.

La frontera ruso-china consta de cuatro segmentos: éste, que separa la Mongolia Exterior de la Interior, no es sino uno de ellos. Al norte, después de serpentear junto a la férrea y carbonífera Manchuria, erizada de chimeneas desde antes de la ocupación nipona (1931-1945), acompaña a los helados ríos del Lejano Oriente, en una comarca desolada, casi lunar; al sur, parte en dos el Turquestán, el Sinkiang chino.

Es en esta provincia —más exactamente, en Lop Nor— donde está concentrada la industria nuclear de Mao. Los atomistas chinos se educaron en los Estados Unidos, como súbditos de Chiang Kai-shek; luego huyeron uno tras otro y han asombrado a Occidente, que los conocía mal: en un país de tecnología atrasada, hace cinco años consiguieron detonar su primera bomba atómica, y hace dos la de hidrógeno.

Ese arsenal nuclear es naturalmente antisoviético: a falta de aviación estratégica y misiles de largo alcance, no constituirá, antes de muchos años, una amenaza real para los Estados Unidos; en cambio, podría ser orientada contra el principal vecino terrestre. De ahí que la URSS tenga más interés que USA en un ataque relámpago contra Lop Nor; según parece, los rusos han colocado más de mil cohetes balísticos en su frontera oriental.

Victor Louis es un periodista ruso que escribe en un diario inglés, el *Evening Star*; vive habitualmente en Moscú, tan bien informado que en 1964 insinuó la caída de Kruschev con varios días de anticipación. Obviamente, el Politburó lo utiliza para escurrir las noticias que escamotea a los corresponsales extranjeros. Antes que periodista, es un agente confidencial.

Según su última correspondencia, la URSS está preparada para destruir, a título preventivo, las instalaciones de Lop Nor, un elemento extorsivo de política exterior al que conviene eliminar ahora, antes de que los chinos estén en condiciones de causar daño a nadie. "Es sólo cuestión de estrategia y el mundo sólo lo sabría después", auguró.

El general Semyon P. Ivanov advierte en *Estrella Roja*, órgano de las Fuerzas Armadas, que China, siguiendo su tendencia actual, podría "provocar una guerra" con la URSS, y el mariscal Matvei Zakharov, recordando la campaña contra los japoneses en 1945, advertía que cualquier tentativa contra las posiciones soviéticas en el Lejano Oriente o contra "la integridad e inviolabilidad de la República Popular de Mongolia", desataría una respuesta fulminante. Sin duda, la URSS está amenazando con toda franqueza a su antigua aliada y preparando a su pueblo y a la opinión mundial —especialmente a los comunistas— para una continuación militar de la controversia ideológica.

Louis lleva a sus últimas consecuencias la tesis de Breznev acerca de la "soberanía limitada": los países socialistas tendrían derecho a intervenir recíprocamente en sus asuntos internos, en el propio interés del país en cuestión —o de los otros—; esta tesis es válida, a su juicio, aunque se trate de China, que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



En 1957, volviendo de USA, Kruschev visita a Mao: Es el momento en que estalla el antagonismo ideológico.



El 11 de setiembre, este año, Kossyguin aterriza en Pekín: Parece ser la explicación final.

está en condiciones de ofrecer resistencia activa, lo que Checoslovaquia no pudo hacer.

El Gobierno norteamericano, al evaluar este artículo evidentemente inspirado por el Kremlin —el cual, además, habría autorizado ciertas "filtraciones" en beneficio de la CIA—, no perdió la serenidad. El Secretario de Estado Rogers declaró que, a su juicio, los rusos no se lanzarían a un ataque nuclear preventivo. "Por nuestra parte, confiamos en que esto no ocurra". Pero la hostilidad entre Moscú y Pekín "es muy profunda y duradera". Los incidentes fronterizos —más de 600 en el primer semestre, según los rusos— se repetirán a menudo, y "siempre pueden convertirse en algo que nadie se propone".

Pero no hay duda de que el Estado Mayor soviético, como cualquier otro, estudia todas las hipótesis de guerra, y que habrá alertado al poder político sobre la necesidad de tomar alguna medida antes de que —en uno o dos años— el poderío atómico chino trastorne la actual relación de fuerzas en el mundo.

La necesidad de victorias

Hace veinte años, China, generosamente admitida entre los Cinco Grandes, cambió de bando: una abrumadora sorpresa que desconcertó al Gobierno de Washington y a la opinión pública norteamericana. Para unos, los vencedores de la prolongada guerra civil no eran sino patriotas y reformadores agrarios, como los describiera el general Marshall en un cándido informe; para otros, no sólo eran comunistas, sino agentes de la URSS.

La confusión fue tan grande que, mientras Mao entraba triunfalmente en Pekín, el Secretario de Estado Acheson publicó un Libro Blanco acerca de la corrupción e incompetencia del régimen de Chiang (cuyas últimas fuerzas navegaban hacia Formosa en barcos de la VII Flota norteamericana). El que no se equivocaba, al parecer, era Stalin, que más de una vez había ordenado al desobediente Mao hacer las paces con el caudillo nacionalista: créase o no, el Embajador soviético siguió junto a Chiang durante su retirada a Cantón.

Quizás el desconfiado georgiano imaginaba que una China comunista sería demasiado fuerte para tolerar los "tratados desiguales" infligidos por el zarismo al decadente Imperio. De hecho, en 1950, cuando recibió la visita de Mao —que en aquella ocasión salió de su país por primera vez en su vida—, hubo de restituirle valiosos territorios y otros intereses geopolíticos. Es inevitable pensar —como Snow— que su respuesta fue el estallido de la guerra coreana, cuatro meses más tarde. En adelante China quedaría profundamente enemistada con los Estados Unidos y él tendría, además, las manos libres en Europa.

Mao y sus secuaces, efectivamente, no eran simples reformadores agrarios, tampoco agentes de la URSS, sino nacionalistas chinos que, en las circunstancias de la época, creyeron encontrar su camino dentro de la III Internacional, patrocinada por Moscú. Ese camino se redujo a un breve tramo. Necesitaban ayuda; pero, al encontrarla demasiado cara, la rehusaron; los rusos, invocando el "internacionalismo proletario", ellos aprendieron la lección.

Se trataba, en suma, de elevar su país al rango de superpotencia, compartido con USA y URSS. Ese objetivo fue alcanzado en poco más de una década, con la consiguiente distorsión ideológica y moral. El PC Chino, como el ruso, se amuralló frente al mundo exterior; cultivó el extremismo, el fanatismo; la dictadura del proletariado degeneró en la dictadura de una oligarquía, de un hombre.

En los congresos de la Internacional, los chinos militaron siempre en el ala derecha, oportunista, conservadora. Lenin hablaba de una Revolución obrera y campesina; Mao invirtió los términos. Ya había tomado el poder, y todavía preconizaba el pluripartidismo, reservaba un papel importante a la "burguesía nacional". No admitía las purgas, dejaba en paz a los intelectuales y artistas. Así lo conoció Snow en 1936, así se empeñaba en justificarlo en 1963.

Pero el poder absoluto transforma de raíz a su portador, lo aprisiona y lo arroja contra sus propios ideales. Se había opuesto a Stalin, había resistido el "culto de la personalidad"; a la postre, se hizo endiosar hasta los extremos más aberrantes y glorificó a Stalin, sólo para desafiar a sus sucesores. Abomina del "revisionismo" y corrige el marxismo a su guisa. Cuando el Politburó lo pone en minoría —año 1958— subleva una juventud sin principios; la Revolución Cultural terminará por dejar el Partido a merced del Ejército.

Fundador, con Nehru, de la política de no alineación (Conferencia de Bandung, 1955), proclama los Cinco Principios: pacifismo, no ingerencia, soberanía, igualdad de derechos, interés mutuo. Luego agrede a la India, estrella al comunismo indonesio contra la CIA, hace de Albania su satélite europeo, alienta a Fidel Castro a exportar la subversión y se enajena su amistad, como la de los socialistas árabes. Está solo, cada día más solo, solo frente al mundo.

Tiene a sus espaldas, sin duda, la inmensa mayoría de sus 700 millones de compatriotas, que aún no han descubierto la noción de persona y que, por primera vez en su historia, ya no padecen la anual epidemia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de hambre. Los nutre, sobre todo, de orgullo patriótico, desplegando una alucinante coreografía que humilla a Hitler y Stalin, sus precursores en el manejo de masas y el lavado de cerebros.

Uno de ellos fue víctima de su propio delirio; el otro, aunque completó su obra, ha sido derrocado después de muerto. Mao logró, hasta hoy, retener el liderazgo, pero ya no puede brindar a su pueblo ni incentivos materiales ni satisfacciones de prestigio. Sin victorias, un Dictador se torna prescindible.

El dedo en el gatillo

La entrevista de casi cuatro horas entre Kossyguin y Chu En-lai, en el aeropuerto de Pekín, cobra el aspecto de una explicación final entre futuros contendores.

El Primer Ministro ruso llegó a Hanoi para asistir a los funerales de Ho Chi Minh cuando su colega chino ya había partido, con el evidente afán de evitar el encuentro. El testamento político del legendario jefe de guerrilleros reclama angustiosamente la unidad del comunismo internacional; sus herederos —dependientes de rusos y chinos para la provisión de pertrechos militares, y ellos también expuestos al cisma— imploraron un nuevo ensayo de avenimiento.

Kossyguin aceptó en el acto, Chu lo hizo desde Pekín. Sin duda, necesitaba la decisión de Mao (o bien de los otros estadistas que integran el supuesto triunvirato: Lin Piao, Chen Po-ta). El mensaje llegó cuando el jerarca soviético había aterrizado en Tashkent; sin pérdida de tiempo, voló nuevamente hacia el Este; parece que no necesitaba consultar con Breznev y Podgorny. Aunque resultara inútil, los rusos y los comunistas extranjeros aprobarían su empeño.

Ambas partes suspendieron abruptamente su propaganda hostil; una semana más tarde la reanudaban, con timidez al principio, después con renovada furia.

Dos millones de soldados se acechan de cerca, el dedo en el gatillo de los mismos fusiles: los chinos conservan los Kalashnikov suministrados por "la gran hermana" y, desde la ruptura, fabrican sus armas según el modelo soviético. La frontera es simbólica: ondula entre valles y montes; los pocos hitos de madera sirven a los nómades para calentar su té.

Es fácil crear incidentes, difícil evitar que se amplifiquen en feroces combates, como los del río Ussuri en el Lejano Oriente y los del Sinkiang. Los chinos han sido notificados: su polígono nuclear de Lop Nor dista apenas dos horas de las bases soviéticas en Kazakhstan, y su industria pesada de Manchuria puede ser reducida a escombros por los submarinos atómicos que patrullan frente a Vladivostok. En la revista *Politika*, de Varsovia, el general polaco Dyonizy Piotrovski escribe: "Las Fuerzas Armadas chinas no están en condiciones de emprender un ataque de gran envergadura"; les faltarían aviones y tanques, combustible, vectores para transportar las diez o doce bombas H de que dispone Mao.

Él piensa que los norteamericanos son "tigres de papel"; nunca lo ha dicho de los rusos: los conoce

Si bien se mira, la elevación de China al rango de superpotencia fue prematura e injustificada; lo es todavía: su desarrollo industrial, realmente asombroso, se ha logrado por medios insólitos, más o menos artesanales, y no alcanza a disimular las carencias, la improvisación, un denodado voluntarismo que no tiene en cuenta la rentabilidad.

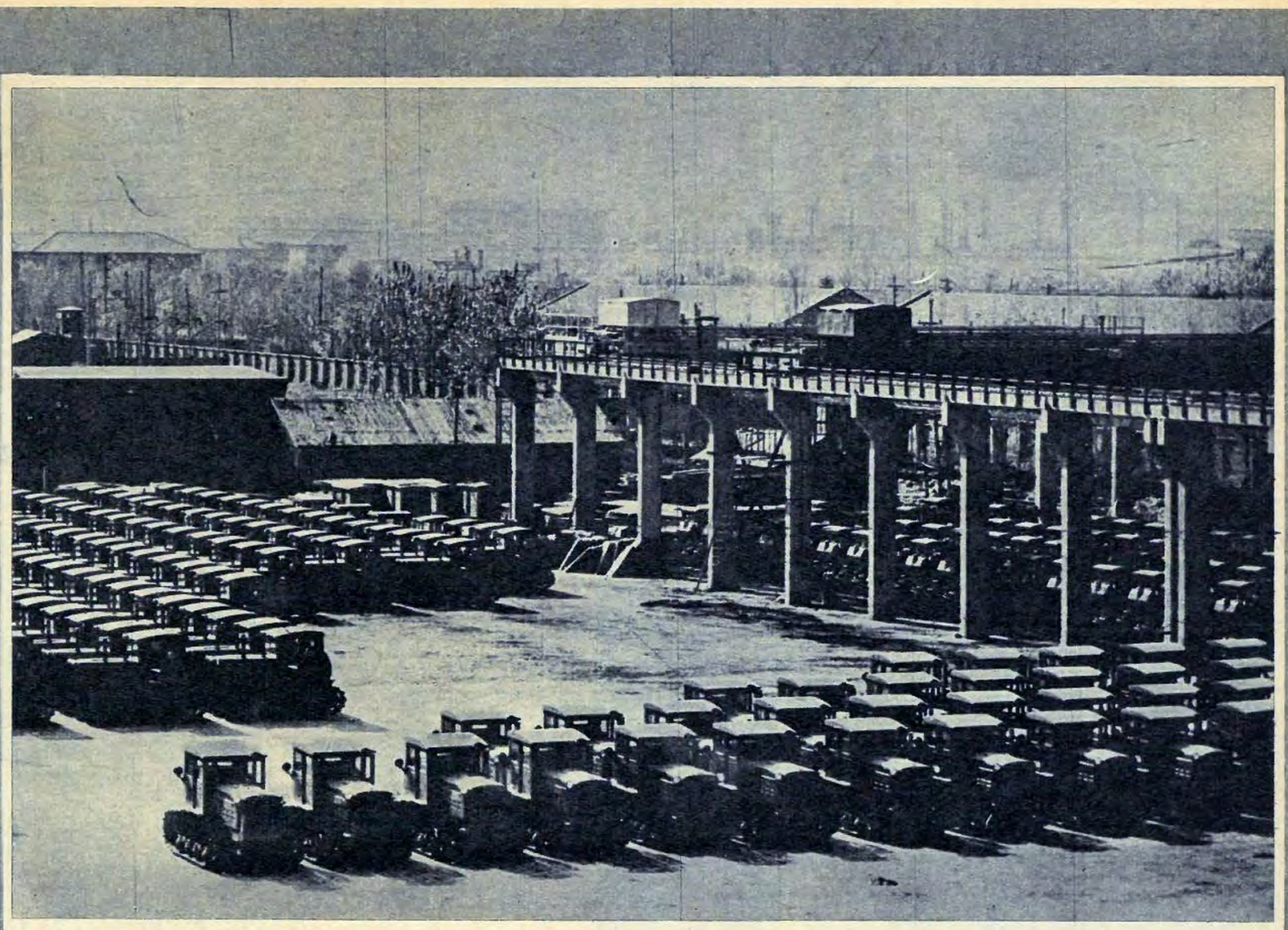
Los dirigentes chinos saben perfectamente que el desarrollo forzado, tarde o temprano, se estrangula. Chiang Kai-shek, por su parte, entiende que en algún momento hará crisis, que es imprescindible la inversión extranjera. Si la suya es una China "americanizada", los opositores internos de Mao vislumbran otra "rusificada". Han sido alejados del poder, desde el mariscal Peng Teh-huai, antiguo jefe en la guerra coreana, y tal vez el mitológico Chu Teh, creador de la doctrina militar del régimen, hasta el Presidente Liu Shao-sing, destituido en el último Congreso y ex Secretario General del partido.

Ellos comparten, tal vez, la crítica maoísta al revisionismo soviético; esto es, a la "fatiga revolucionaria" que el paciente pueblo ruso inoculó al demagógico Kruschev. Sin embargo, no creyeron que China pueda enfrentárse a la vez al capitalismo y al comunista.

¿Lo cree Mao de veras? ¿Y los que siguen junto a él: Lin Piao, Chu En-lai, los otros? Nadie podría asegurarlo. Hace unos años, él mismo confesó —a Snow, precisamente— su desaliento por la indiferencia de la juventud en lo que atañe a la empresa revolucionaria; a su muerte —aventuró— esta generación renegaría tal vez de su misión histórica, para gozar simplemente del bienestar logrado.

Luego ha desatado, sin embargo, la Revolución Cultural, prometeica tentativa de reavivar la antorcha, una vez y otra, a despecho de las flaquezas de la condición humana. Cada individuo es un grano de arena del desierto de Gobi; su destino, fundirse con los demás en un polvo dorado que seguirá esmaltando la interminable historia del pueblo chino.

Esta insensata utopía no podrá sobrevivirle, ciertamente, a menos que sea algo más que un político: un líder religioso, un profeta. ○



Las fábricas de tractores alteran vertiginosamente la vida rural.



La construcción se acelera con las viviendas prefabricadas.



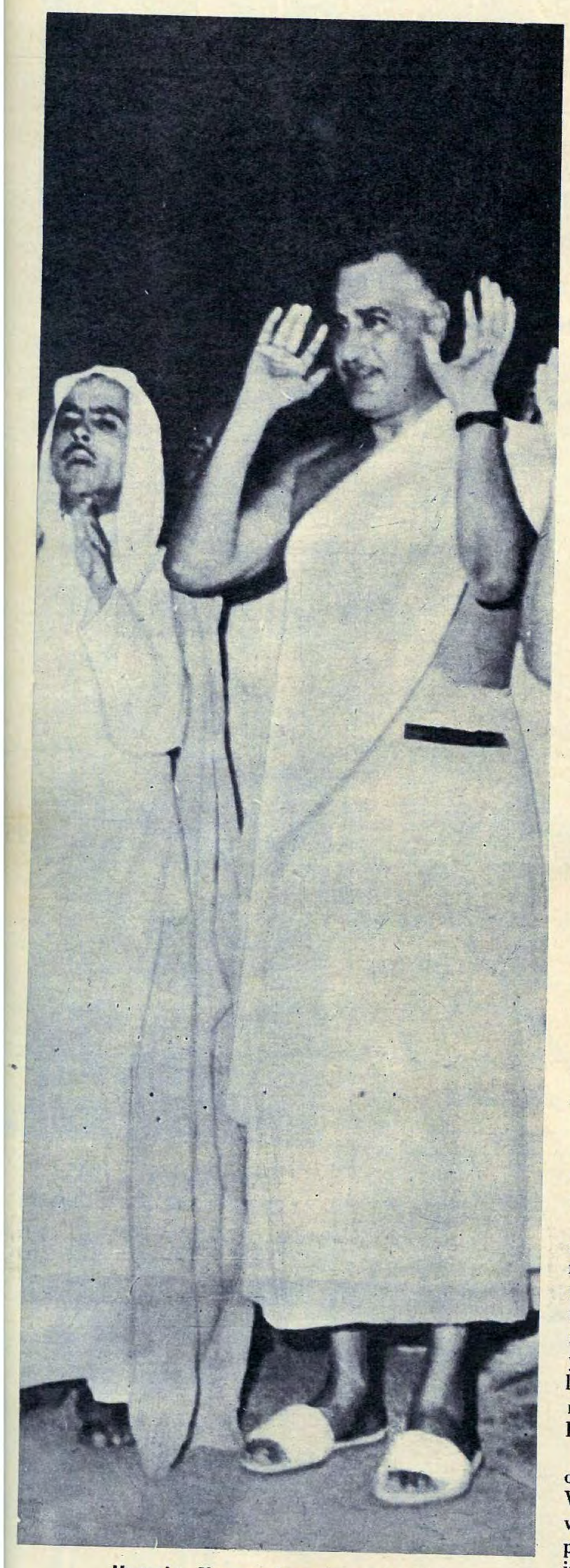
Crece año por año el tonelaje del acero chino.



La industria pesada oscurece el cielo de Shanghai.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MUSULMANES



Hussein, Nasser: La gripe salvadora.

En Rabat, durante cuatro tormentosos días, 25 naciones del Islam se debatieron entre la religión y la política; un enviado de Periscopio cuenta los vaivenes de la asamblea.

Para llegar hasta el hotel, en las afueras de Rabat, el automóvil dejó a un lado la Chellah, una fortificación de hace siete siglos, y bordeó las terrosas e interminables murallas del palacio real Dar Es Salam (Puerta del Cielo), por una avenida cuajada de soldados con metralletas.

En la plaza del Rabat Hilton ondeaban 25 banderas; la Guardia Real, con fez verde y uniforme blanco —bombacha de cien pliegues—, presentó armas. Al detenerse el automóvil frente a la extensa alfombra, se abrieron las puertas del negro Citroën DS 19 que lo seguía y, sin esperar a que frenara, cuatro hombres saltaron para rodear al Jeque Iriani, la mano derecha dentro del saco, presta a desenfundar la pistola. Fue el jueves último, a la tarde.

El Presidente del Yemen, con su áureo alfanje cruzado en la cintura, saludó al Rey Hassan II de Marruecos, que se adelantaba a recibirlo. Un ralo mechón de pelo caía sobre su frente: Hassan había perdido la majestuosa serenidad de otros momentos. Iba a dirigir la ceremonia de clausura de la Primera Conferencia Cumbre del Islamismo, que llevaba cuatro días reunida, desde el 9 rajab de 1389, según el calendario musulmán. En toda cumbre hay ventisca, pero la del miércoles casi hundió la asamblea.

Citada a fines de agosto, tras el incendio de la mezquita El Aksa *, fue necesaria la habilidad negociadora del huésped, Hassan II, para que la Conferencia se celebrase y no terminara en una riña.

Los frutos obtenidos no brillan, como querían los más radicales, por su extremismo: los países musulmanes no árabes mantendrán sus relaciones diplomáticas y económicas con Israel. Desde luego, la declaración final condena la política del Estado hebreo, exige el retiro de las tropas judías de los territorios ocupados, y apoya la "lucha de liberación nacional de los palestinos". Es todo cuanto podía esperarse; o mucho más, si se advierte que varias naciones amigas de Israel —y de USA— suscriben el documento.

De los 35 países mahometanos, diez faltaron a la cita. Gamal Abdel Nasser se hizo representar por el Vicepresidente de Egipto, Anwar El Sadate, que volvió a El Cairo sin asistir a la sesión de clausura. Después de haber respaldado la idea del cónclave, Nasser intentó sabotearlo: una gripe le dio el último pretexto para no concurrir (página 47). Siria e Irak rechazaron la invitación; el ala revolucionaria de los árabes sólo contó con un líder: el coronel Huari Bumedienne, Presidente de Argelia. Como es obvio, tenían que vencer los moderados.

No terminaron allí los tropiezos de la asamblea. El lunes 22 por la noche, el Rey Faisal de Arabia Saudita solicitó que la India participara de las deliberaciones. "Con 50 millones de fieles, es la tercera nación musulmana; tiene tantos fieles como todas las naciones árabes juntas", recordó el monarca. El Gobierno de Nueva Delhi había sugerido que, si bien



Hassan II: Un esforzado huésped.

* La mezquita El-Aksa, uno de los tres mayores santuarios del Islam, se alza en la parte vieja de Jerusalén, cerca de la roca desde la cual Mahoma subió al Paraíso, conforme a la tradición musulmana. Construida hace 1.300 años, ha sobrellevado terremotos y la ocupación cristiana; en su interior fue asesinado en 1951 el abuelo de Hussein, el Rey Abdullah de Jordania. El 21 de agosto último un fuego intenso destruyó un sector del edificio. Las autoridades judías detuvieron al australiano Michael Rohan y lo acusaron del atentado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DEL MUNDO, UNIDOS

por Armando R. Puente

la India no es un Estado islámico, refrendaría cualquier compromiso que adoptase la Conferencia.

Resultaba tentador para el universo mahometano inclinar hacia su lado el peso diplomático de la India, sus conexiones e influencias. La propuesta quedó aceptada y la delegación india, encabezada por el Ministro de Industria, Fahruddin Ali Ahmed, salía poco más tarde de Nueva Delhi, con destino a Rabat.

El miércoles por la mañana, el Presidente de Pakistán, general Yahya Khan, no acudió al Hilton. Nueve Reyes y Jefes de Estado lo aguardaron largo rato. Por fin, llamaron por teléfono a la residencia del Embajador Ahmed Balafrej, en el aristocrático barrio de Souissi, donde se alojaba Kahn. "El general está ocupado y no puede atender a nadie", contestó uno de los secretarios. El teléfono sonó una docena más de veces, con el mismo resultado negativo.

Entonces, Hassan, junto con el Cha de Irán y el Rey Hussein de Jordania, visitaron al irreductible militar. "Hace sólo tres meses que asumí el poder —les dijo—. Si me siento al lado de la India en la Conferencia, en un momento en que los indios acaban de asesinar a centenares de pakistanos en Ahmedabad, no duraría un minuto en el Gobierno".

Uno de los miembros de la delegación pakistana argumentaba, en el bar del Hilton:

—Es cierto que en la India viven, y son perseguidos, 50 millones de musulmanes, pero si se resuelve aceptarla porque cuenta con una fuerte minoría de creyentes, habría que invitar a la Unión Soviética, que tiene 30 millones de mahometanos; a la China de Mao, donde hay más de 10 millones; a Yugoslavia, con 2 millones, a las Filipinas, Albania... Para colmo de males, también deberíamos permitir el ingreso de Israel, que tiene 200.000 musulmanes.

La Conferencia se encontraba en un punto muerto y el Comité de Recepción hacía filigranas para impedir que la misión india, ya instalada en Rabat, entrara en la sala de debates. Ese miércoles estaba prevista la clausura de la asamblea y la zozobra cundía.

Hasta entonces se habían discutido cuestiones de procedimiento: fue admitida, en calidad de observadora, la delegación de OLP (Organización de Liberación de Palestina) y se trató de fijar un orden del día. El Cha de Irán, Reza Pahlevi, los Primeros Ministros de Afganistán y Malasia y los Cancilleres de Turquía y Senegal, sostenían en las negociaciones de pasillo que era necesario ajustarse a los temas fijados en la invitación: "La catástrofe de la mezquita de El Aksa y el problema de la Ciudad Vieja de Jerusalén". Faisal y el Emir El Sabah, de Kuwait, hablaban de lanzar un llamamiento al *Chihad* (Guerra Santa). Los libaneses sugerían una "supercumbre" que agrupara a las naciones cristianas y musulmanas, para defender los Santos Lugares. Boumedienne y los enviados de Sudán, Libia, la RAU y Guinea, se empeñaron en politizar la Conferencia, sin éxito ninguno.

Entre unos y otros, Hassan II desplegaba todas sus dotes conciliadoras. Llevaba cuarenta y ocho horas sin abandonar el hotel e incluso dormía allí, en lugar de ir a palacio. Había salido para acoger a los huéspedes; incluso, esperó en el aeródromo al Presidente de Mauritania, Mokhtar Ould Daddah, y le ofreció la leche y los dátiles, a pesar de que Marruecos se niega a reconocer la existencia de esa República, a la cual considera parte integrante de los territorios del Sur.



Boumedienne: El solitario radical.

"Pretender limitar el temario a cuestiones estrictamente religiosas, no tiene sentido. El sacrilegio de la mezquita es consecuencia directa de la ocupación del suelo palestino por los israelíes", comentó un delegado argelino. Khaled El Hassan, titular de la misión de OLP, apoyó estas palabras con energía: "No nos interesan las cuestiones religiosas, porque nuestro movimiento es laico, pero aquí se habla de Palestina y por eso hemos venido. Esperamos que la Conferencia tome medidas concretas y eficaces: que nos den armas y dinero, que las naciones musulmanas rompan sus relaciones diplomáticas y comerciales con Israel."

El miércoles al anochecer, el general Khan anunció que si la India no era excluida de las deliberaciones, él regresaría inmediatamente a su país. Hussein declaró que haría lo mismo. "La delegación india fue invitada a no asistir físicamente a las reuniones", explicó el elegante Ministro de Relaciones Exteriores de Marruecos, Ahmed Laraki, portavoz de la Conferencia. Mientras jugaba con los lentes oscuros, precisó: "No ha sido expulsada de la asamblea. Se le pidió que no interviniera en los debates."

Horas después, en la sesión de clausura, un hecho simbólico lo desmentía: una de las 26 banderas que adornaban la sala de reuniones —la india— había sido retirada. A la mesa, en forma de herradura, se sentaron 25 misiones; sin embargo, en el documento final, aparece una "Comunidad Musulmana de la India", junto a los nombres de 25 naciones.

Hasta la propia sesión de clausura estuvo a punto de naufragar. Empezó con una hora y media de retraso, luego de un conciliábulo a puerta cerrada que mantuvieron los jefes de delegaciones; la noticia de que en Egipto acababa de estallar una seria crisis de Gobierno, vino a aumentar la tensión existente.

Cuando Hassan II ocupó su sitial de presidente, parecía agotado: había realizado un esfuerzo que sorprendió a todos. Fue él uno de los que con más energía apoyó la presencia de los emisarios palestinos en la Conferencia. No bastó para volcar en favor de ellos a la mayoría de las delegaciones, que prefirieron atenerse a los aspectos religiosos, y no a los políticos, del conflicto entre árabes y judíos.

Por eso bloquearon un proyecto de Hassan II: redactar una "carta islámica" y sentar las bases de una organización permanente. Sólo admitieron que el tema fuese tratado dentro de siete meses, en una reunión de Cancilleres musulmanes a celebrarse en Jeddah, Arabia Saudita. Ni siquiera se leyó, en los debates, un telegrama de Pablo VI al Rey Hassan.

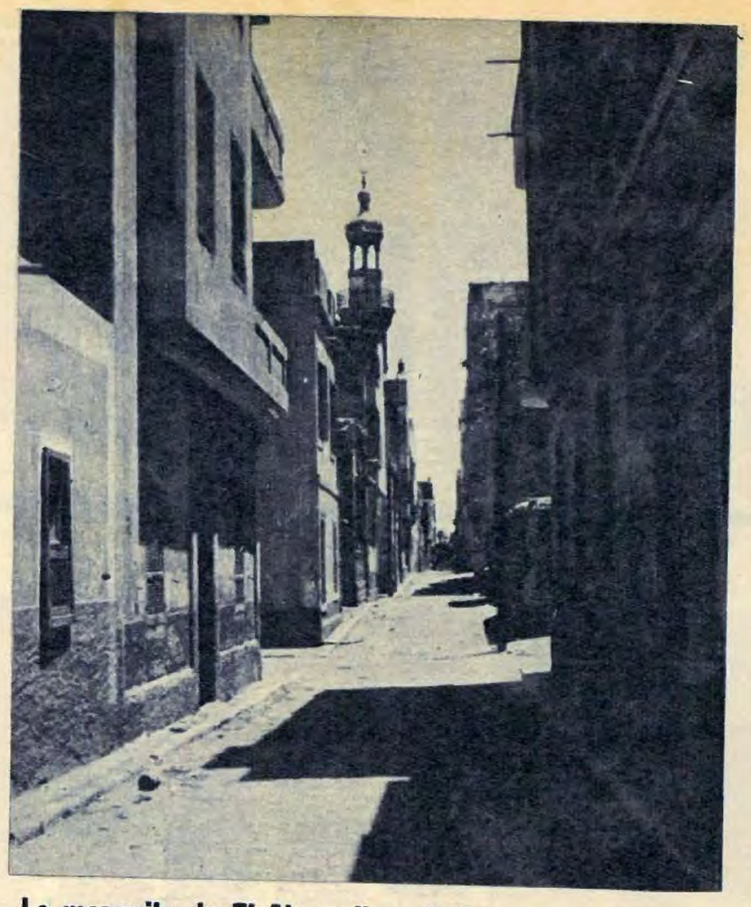
La voz del monarca era ronca e interrumpida constantemente por una tos nerviosa cuando en árabe clásico pronunció las últimas palabras de la Conferencia: "Gracias a Alá, el Todopoderoso, y salud a Mahoma, su Profeta. Gracias a Alá que nos ha ayudado y enseñado el camino a seguir para lograr la unión de todos los hermanos." Un viejo artesano —chilaba y turbante— dejó de sorber su té con menta, en la plaza del Mercado, y me dijo, con alegría:

—Alá se ha dignado darnos una ocasión de unirnos. El Todopoderoso nos guiará para que el Islam recobre la gloria de antaño y sea fuerte desde donde nace el sol hasta el ocaso.

Era una estampa antigua, parada en el tiempo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

500 MILLONES Y UNA SOLA FE



La mezquita de El Aksa, dinamitada.

LOS RADICALES GANAN POSICIONES

Venían, a lomo de camello, del país de Aribi, entre Siria y la Mesopotamia, y uno de sus Reyes, Gindibu, en 854 antes de Cristo, ofreció un militar de esos animales a Biir-ichi, de Damasco, que combatía al Imperio de Salmansar III. Eran beduinos, nómades de la arenosa península a la que darían su nombre, Arabia, y combatieron tercamente durante muchos siglos por la posesión de las rutas comerciales del Golfo Pérsico. Herodoto los menciona; sirvieron a Alejandro Magno; en las guerras civiles fueron una deslumbrante caballería.

Todo esto constituye la historia pre-islámica de los árabes. El Islam (que significa "sumisión a la voluntad divina") es la religión predicada por Mahoma (en árabe: Muhamad, El Alabado), a principios del siglo VII de la Era Cristiana. Su libro, el Corán, conserva las revelaciones que Dios se sirvió dispensarle, y el Arcángel Gabriel fue su mensajero; Jesús es un Profeta, como él y como Abraham.

En estos doce siglos, sus adeptos —duchos en poesía, filosofía y todas las ciencias— oran cinco veces por día en dirección al sol, ayunan durante el mes de Ramadán, y una vez en su vida, al menos, peregrinan a La Meca, actualmente una ciudad saudita. Sobre ellos —que suman unos 500 millones en los cinco continentes— pesa el deber de defender el territorio islámico, si es necesario con la Guerra Santa.

Esos 500 millones se distribuyen entre 35 países. Catorce forman la Liga de Estados Árabes, forjada en 1945; el más poblado, *Egipto* o (República Árabe Unida), cuya capital es El Cairo, cuenta con 31.000.000 de habitantes diseminados en una superficie de 1 millón de kilómetros cuadrados.

Abolida la monarquía en 1953, se instituyó un sistema de Gobierno constituido por dos poderes: el Ejecutivo, a cargo de un Presidente elegido por la Asamblea Nacional y confirmado por referéndum popular; y el Legislativo, que reposa en la Asamblea, elegida por voto directo. La Constitución de 1964 proclamó el "Estado socialista"; la anterior, dictada en 1956, fue aprobada en un plebiscito que, además, llevó a Nasser a la Presidencia.

Marruecos, con 14.140.000 habitantes y una superficie de 445.050 kilómetros cuadrados, es una monarquía hereditaria. Independiente desde 1956, ocupa el trono en 1961 el Rey Hassan II: es él el Jefe del Estado, con facultades para designar al Primer Ministro, promulgar leyes y ratificar tratados. Lo secundan un Gabinete de 19 Ministros y un Parlamento bicameral.

Sudán adoptó la forma republicana de Gobierno en 1956; el 25 de mayo último, un golpe militar derribó a las autoridades en ejercicio: un Presidente, un Primer Ministro y un Gabinete con 15 carteras. Es el tercer país, en cuanto a población, de la Liga Arabe, con más de 14 millones de almas. La capital: Kartum. Le sigue *Argelia*, con 12,540 millones y una superficie de 2.381.741 kilómetros cuadrados. Independiente desde 1962, la Constitución de 1963 estableció una República presidencialista, con partido único (el Frente de Liberación Nacional); una Asamblea Nacional de 196 miembros, elegidos por 5 años (duración del mandato presidencial), ejerce el Poder Legislativo, y una Corte Suprema el Judicial. El 19 de junio de 1965, dos años después de asumir la Jefatura del Estado, Ben Bella fue depuesto.

Arabia Saudita (8.000.000 de habitantes, 2 millones de kilómetros cuadrados) es una monarquía absolutista; el Rey Faisal ocupa el trono desde noviembre de 1964, cuando renunció a la corona su hermano Saud. Monárquica, *Jordania* (1,976 millones de almas, 90.185 kilómetros cuadrados) es gobernada por Hussein desde 1952; lo asisten un Primer Ministro y un Consejo de Ministros. El Poder Legislativo reside en un Congreso bicameral.

La República de *Irak*, con 8.610.000 habitantes y 444.442 kilómetros cuadrados, fue Reino hasta julio de 1958, cuando el Ejército se apoderó de Bagdad, la capital, y asesinó al monarca. El año pasado, una nueva revolución militar dejó la Presidencia en manos del general El Bakr. En *Siria*, como en Irak, domina el Partido Baas, aunque difieren sus tendencias en cada país. Con 5.600.000 almas y 185.180 kilómetros cuadrados, Siria, cuya independencia data de 1941, es presidida por Nureddin El Atassi.

Completan la Liga Árabe: República del Yemen (5.400.000 habitantes, 195.000 kilómetros cuadrados); República de Túnez (4.630.000, 164.150 km²); República del Líbano (2.520.000, 14.400 km²); Libia, donde se abolió la monarquía el 1º de setiembre último (ver página 47); República Popular del Yemen Meridional (1.250.000 almas, 303.271 km²); y el Sultanato de Kuwait (475.000, 15.540 km²).

En el resto del Islam hay sólo cuatro naciones importantes: Pakistán (107 millones de habitantes) e Indonesia (97 millones), dos Repúblicas; y el Irán (26.284.000), una monarquía. Además, la India, donde si bien minoritaria, la comunidad musulmana asciende a 50.000.000 de personas; la religión hinduista tiene unos 370 millones de fieles.

No existen huellas oficiales de su paso por Rabat, la semana última. Un periodista juró haberlo visto en el aeródromo, cuando subía a un avión militar; pero el aeródromo estaba cerrado al tráfico normal y a los curiosos, fueran o no periodistas. Un funcionario marroquí sostuvo, sin aducir pruebas, que se entrevistó con el Rey Hassan.

Con todo, la presencia de Yasser Arafat se hizo sentir en la Conferencia Islámica; los enviados de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) participaron de los debates en calidad de observadores. En la declaración final de la asamblea, puede leerse una frase de aliento a los guerrilleros palestinos, que tienen en Arafat a su líder más popular.

La contienda árabe-israelí trajo como consecuencia el florecimiento de la guerrilla palestina, que ha terminado por minar la estabilidad de Jordania y Líbano, sus dos refugios principales. Pero mientras crecían sus fuerzas y su violencia, los resistentes vieron estallar un cisma. Hoy, los dos grupos más activos, la OLP (de la que forma parte El Fatah, cuyo jefe es Arafat) y el Frente Popular (FPLP), trabajan por separado: razones ideológicas los distanciaron.

El FPLP, que dirige George Habach, sintetiza su credo en tres puntos: 1) asentar la revolución palestina en la unidad de obreros y campesinos contra la burguesía; 2) denunciar al "imperialismo mundial encabezado por los Estados Unidos y a las naciones árabes reaccionarias", como los máximos opositores de la revolución palestina; 3) crear un partido auténticamente revolucionario, para lo cual es imprescindible dotarlo de una ideología: la única válida, el marxismo.

El Fatah, en cambio, no aspira al choque de los sectores sociales: cree que todos pueden y deben colaborar en la reconquista de Palestina. Arafat, jefe virtual de la OLP, arguye que es ilógico hablar de lucha de clases si antes no se cuenta con una patria, un Estado, un territorio donde ellas puedan litigar.

Arafat piensa que la guerrilla debe alcanzar sus objetivos sin afectar por ahora los intereses extranjeros, en especial los norteamericanos. El 31 de mayo, cuando un comando destruyó parte de la red de oleoductos en las colinas de Golán, El Fatah se sumó a la Arabia Saudita en la condena del atentado.

En cuanto a la necesidad de un partido revolucionario, desea que los palestinos y quienes los apoyan elaboren, en el curso de la "guerra de liberación", una ideología propia, no sectaria, que sirva a todos los resistentes. Aun así, Arafat no se encasilla en posiciones retrógradas: una nota suya elevada a la Con-



Hassan II recibe a los prohombres del Islam.



Rabat: Antes eran los minaretes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL ECLIPSE DE NASSER



Arafat: ¿Para qué la lucha de clases?



Sabry: Habría caído en desgracia.

El *diván* que Gamal Abdel Nasser dejó vacío en la Conferencia de Rabat, simboliza algo más que una fortuita rencilla en el corazón del bloque islámico, algo más que el ocaso físico de un hombre. La ausencia del máximo caudillo, en Marruecos, sugiere que su política ha entrado en crisis definitiva.

Hace 25 años, para combatir la teocracia israelí, los musulmanes desempolvaron su trasnochado Panarabismo: a los versículos del Talmud opusieron las suras del Corán. Pero esa quimera no obedecía a una realidad económica y social: en verdad, había sido inventada por el Foreign Office, a fin del Siglo XIX, cuando apoyaba a los Jeques locales en sus intentos victoriosos, de pulverizar al Imperio Otomano.

La antítesis religiosa del mesianismo israelí pareció demasiado endeble: en tren de oponer a los judíos una respuesta más consistente, en los años 50 varias naciones árabes decidieron adoptar el marxismo, sin haber atravesado jamás una etapa industrial. Para la propaganda "nasserista" bastaba identificar a Israel con el Occidente explotador.

Primera consecuencia: los pueblos árabes se muestran hoy tan divididos como hace 25 años entre un ala derecha integrada por la reyecía (tributaria de los petroleros texanos) y la izquierda musulmana revolucionaria. Segunda: los islamitas no han elaborado modernas fórmulas de convivencia ni una estrategia común para el desarrollo regional; toman prestado de la antigua leyenda coránica o se resignan a ser peones de la Unión Soviética en la guerra fría. Unico consuelo: también Israel debe limitarse a servir de frontera al capitalismo, porque ésa es la suerte de las comunidades edificadas sobre la religión o la raza, y no sobre los intereses comunes de trabajo.

Durante la última quincena, Egipto sufría las consecuencias de tales vaivenes. El 9 de setiembre, la incursión judía más allá del Canal de Suez enervó a la joven oficialidad del Ejército; tal vez para frustrar un golpe militar, Nasser despidió al comandante del arma, Ahmed Ismail, y al almirante de la escuadra, Fuad Zati. Hizo algo más: redobló sus pedidos de armamento a la URSS, que los negó juiciosamente.

El jueves 18 de setiembre, el matutino *Al Jarida*, de Beirut, pregonaba que el Rais había descubierto, además, una conjura pro soviética. Los indicios: la detención domiciliaria de Ali Sabry, un consejero de Nasser a quien llaman "El hombre de Moscú".

¿Qué sucedía? Según las interpretaciones más prudentes, el ala filosoviética intentaba sosegar los desplantes bélicos de Nasser: es que el Kremlin desea mantener a todo precio la coexistencia pacífica, y no vacila para ello en humillar al Rais. En la alternativa, Nasser podría liberarse de la tutela rusa y desencadenar una ofensiva general sobre Israel, como se lo piden los radicales de Siria, Irak, Sudán y Argelia; o acentuar sus vínculos con los conservadores Reyes de Arabia y Jordania. Optó por neutralizar a Sabry.

Para peor, el nuevo régimen militar instalado en Libia, comenzaba por esos días a mostrar su índole: acrece la línea dura, comandada por Bumedienne, animoso rival de Nasser dentro del bloque.

En estas circunstancias de inseguridad doméstica, el Presidente de la RAU debía afrontar la Conferencia Islámica, que él auspició el 26 de agosto. Su plan de entonces consistía en reunir a las 35 naciones mahometanas, proponerles un comando militar unificado, y con ello presionar a Washington para que impusiera mesura a los judíos. El 18 de setiembre, advertido por sus consejeros, Richard Nixon dijo en las Naciones Unidas que no propicia ningún cambio en el *status* del Medio Oriente. La asamblea de Rabat, para Nasser, perdía mucho de su sentido original.

Debido a los conflictos internos de Egipto, la organización del encuentro recayó en los monarcas Faisal, de Arabia Saudita, y Hassan II, de Marruecos; en verdad, Nasser les cedió la iniciativa, para que su gesto le valiera luego, como retribución, un apoyo económico más firme de Faisal. Por otra parte, si él encabezaba la marcha hacia Rabat, muchas naciones no árabes hubiesen desistido de seguirlo. Sin embargo, al entregar la delantera, el Rais entregó también la posibilidad de dominar el cónclave.

El 16 de setiembre trascendía su deseo de postergar la Conferencia hasta octubre: solicitaba reunir previamente a los Cancilleres en Washington para estudiar las disposiciones del Departamento de Estado. Nadie le hizo caso, empezando por Hassan II, y las comitivas prepararon sus valijas. El 19, desairado, se metió en cama, enfermo de gripe, según anunciaron sus amanuenses. No es un secreto que tiene diabetes.

Que la Conferencia Islámica se haya diluido en un mar de declaraciones pomposas, pero ineficaces, indica —de momento— el triunfo de los conciliadores Faisal y Hassan. Algo más llamativo: el jueves pasado, en las Naciones Unidas, el Canciller Riad, de Egipto, sugirió que su Gobierno negociaría con Israel, sin retiro previo de las tropas judías. Fue desmentido en El Cairo, como si una indecisa situación interna perturbara su diplomacia. [R. A.]

ferencia de Rabat pedía que se adoptase una actitud enérgica ante "el colonialismo norteamericano".

No obstante el divorcio, las organizaciones palestinas tienen una meta común: destruir el Estado judío. Con el tiempo han ganado influencia y adeptos; extremistas, dejaron atrás a Egipto —cuyo Gobierno se debate en las indefiniciones—, hasta convertirse en la punta de lanza del nacionalismo árabe. No les faltan aliados: Siria e Irak, dos países regidos por otras tantas facciones disidentes del Baas, un partido socialista, también se radicalizaron.

Si Nasser era el polo opuesto al conservatismo de las monarquías árabes (Arabia Saudita, Jordania), ese lugar ha sido ocupado desde 1967 por los resistentes palestinos, por Siria e Irak. El nacimiento de este sub-bloque figura, también, entre las consecuencias más notables de la Guerra de los Seis Días. Sus integrantes ya no reconocen en el Presidente de Egipto al caudillo del nacionalismo árabe; hoy los atrae, más bien, el coronel Bumedienne, de Argelia.

En los últimos meses, el sub-bloque extremista recibió a otros dos socios: Sudán y Libia, donde el poder se halla en manos militares socialistas. El 25 de mayo, un golpe liderado por el general Gaafar El Nemeiry depuso al Gobierno de Ismail El Azhari, Presidente interino de Sudán (2.505.805 kilómetros cuadrados, 14.355.000 habitantes). Desde entonces, el Primer Ministro, El Sayed Abou Bakr Awadalla, se ha lanzado a corregir el caos económico heredado del régimen anterior y la no menos honda injusticia social; también asumió las responsabilidades del Sudán para con el mundo árabe.

El 1º de setiembre, otra revolución militar derribó el trono, mientras el octogenario Idris I pasaba sus vacaciones en Turquía. Independiente desde 1951, Libia (1.759.540 kilómetros cuadrados, 1.820.000 habitantes) es el quinto productor de petróleo en el mundo, el primero de África y el tercero entre los países árabes: este año llegará a 150 millones de toneladas. El Consejo Revolucionario, que preside el coronel Saad Eddin Abú Chuireb, proclamó el "Estado socialista y musulmán" y entregó la conducción del Gobierno al doctor Mahmud Soliman.

Francia, Gran Bretaña, los Estados Unidos y Rusia se apresuraron a reconocer a los nuevos mandatarios. La revista *Jeune Afrique* los retrata así: "Jóvenes, rebosan de idealismo. Alzados contra un régimen vetusto y corrompido son, por lo tanto, progresistas. Su modelo es Nasser; pero no el de 1969, vencido por Israel, sino el de 1952". [J. P. L.]



Guerrilleros de Palestina.



La muchedumbre marroquí acoge a los estadistas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nos propusimos hacer el mejor coche del país.

en Nürburgring demostramos que además, es uno de los mejores del mundo.



TORINO es un producto

IKA RENAULT

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la clase internacional demostrada en Nürburgring.